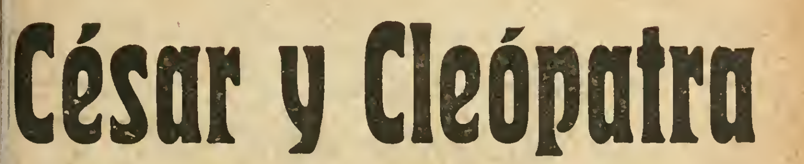
BERNARD SHAW



César y Cleópatra

COMEDIA HISTÓRICA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1909

CÉSAR Y CLEÓPATRA

BERNARD SHAW

CÉSAR Y CLEÓPATRA

COMEDIA HISTÓRICA

en cinco actos y en prosa

TRADUCIDA DEL INGLÉS AL ESPAÑOL POR

JULIO BROUTÁ



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.

Teléfono número [illegible]

1909

PERSONAJES

CÉSAR.
CLEÓPATRA.
PTOLOMEO, su hermano.
RUFIO, jefe en el ejército romano.
BRITANO, secretario de César.
POTINO, ayo de Ptolomeo.
TEODOTO, preceptor de Ptolomeo.
AQUILAS, caudillo egipcio.
FTATATITA, jefa de las esclavas, aya de Cleópatra.
APOLODORO, siciliano.
BELZANOR, jefe de la guardia de Cleópatra.
BEL-AFFRIS, un guarda del templo.
UN PERSA, en la guardia de Cleópatra.
LUCIO SÉPTIMO, tribuno.
CHARMIAN, esclava favorita de Cleópatra.
IRAS, ídem íd. íd.

Una harpista, un viejo músico, funcionarios de palacio, sacerdotes, portadores, guardias y centinelas romanos, nubios y egipcios. Escolta y servidumbre de Cleópatra. Escolta de Ptolomeo, soldados romanos, esclavos y pueblo

Lugar de la acción: Egipto.—Época: 48 y 47 antes de J. C.

PREFACIO

«El que espere en estas páginas encontrar á Cleópatra con carácter de Circe y á César convertido en cerdo, hará mejor en no leer mi libro y ahorrarse un desengaño.» Así dice Bernard Shaw en el largo prefacio que puso al tomo intitulado *Tres piezas para puritanos* y que comprenden las piezas siguientes: *El discípulo del diablo*, *César y Cleópatra* y *La conversión del capitán Brassbound*. Al dar á conocer al público español *César y Cleópatra*, creo necesario llamarle la atención sobre algunas ideas filosóficas y estéticas del genial autor irlandés. Shaw, en el mencionado prefacio, dedica largos párrafos á la exposición de las mismas y afirma, sin miedo á ser tachado de inmodesto, que su drama, mirado bajo el prisma de las ideas hoy imperantes, es mejor que *Julio César* y *Antonio y Cleópatra* de Shakespear. El derecho de criticar á Shakespear—dice—no implica el poder de escribir mejores dramas que él, ni yo tengo esa pretensión. Pero la filosofía, el concepto de la vida, cambia sin cesar en el transcurso del tiempo; no podemos ver las cosas del mismo modo que las vieran los hombres de otros siglos, y los espectadores hodiernos pueden con razón exigir que los hechos y

personajes históricos séanles presentados bajo la luz de su propia época, por más que Shakespear ú otros autores los hayan presentado ya bajo la luz de la suya. Hoy el autor más humilde tiene algunas cosas que decir que ni Shakespear ni otros de centurias pretéritas pudieron decir. Cuando Shakespear retrató en sus obras á Julio César, lo hizo en consonancia con su propio caballeresco concepto de un gran general y hombre de Estado. Pero la ciencia histórica de un Mommsen y un Carlyle nos ha demostrado que ese ideal estuvo bastante lejos de la realidad. Shaw se cree con derecho á mostrarnos la figura de César como él la ve al través de sus conocimientos y de su temperamento, sin por ello tener siquiera la pretensión de ser original, pues lo que el mundo llama originalidad, según dice nuestro autor, no es sino la manera desusada de producirle cosquillas.

Con motivo del estreno de una de sus piezas *The admirable Bashville* en el gran His Majesty's Theatre de Londres, ocurrido hace pocos días y con motivo del cual dice la prensa británica que se ha desplegado un lujo de decoraciones, trajes y maquinaria como nunca se ha visto en ninguna parte del mundo, Shaw ha explicado nuevamente, en una entrevista con un redactor del *Daily Telegraph*, su modo absolutamente inconvencional de enfocar dramáticamente los asuntos históricos. Afirmó sin rebozo que había con esta nueva obra querido demostrar que posee á fondo la técnica de Shakespear, la que según él, es la técnica más fácil del mundo. Su mérito, según ya dijo en el repetido prefacio, consiste únicamente en ver hechos antiguos con ojos modernos. Técnicamente, no se siente capaz de proceder de modo diferente que los

dramaturgos de otros tiempos, *mutatis mutandis*. «En verdad—dice—mis piezas echan mano de los últimos adelantos mecánicos. La acción no se desarrolla en medio de inverosímiles soliloquios y apartes, y mis personajes entran y salen sin necesitar cuatro puertas en un cuarto que en la vida real solo tendría una. Pero mis asuntos son los de siempre; mis caracteres son los conocidos de Arlequín y Colombina, Polichinela y Pantalone; nótese el salto de Arlequín en el tercer acto de *César y Cleópatra*; mis artificios y chistes, mis maneras de dejar suspenso y de amedrentar al espectador son idénticas á las que estaban en boga cuando yo era niño, cuando mi abuelo estaba cansado de ellas; los jóvenes que por primera vez me leen ó me ven representar, tal vez encuentren novedades, como los que nunca han visto representar *Punch* toman por una novedad la nariz de Cyrano, mientras que con respecto á los espectadores de más edad, lo inesperado de mi intento de sustituir una ética convencional y una lógica romántica por la *Historia natural* tal vez transfigure los eternos muñecos teatrales y sus inevitables conflictos, en tal manera, que su identificación se haga imposible por el pronto. Si así sucede, mejor para mí; quizás disfrute algunos años de inmortalidad.»

Propóngome en una edición ulterior, revisada y completada de las obras de Shaw, publicar íntegros los prefacios del original, acompañados de notas propias.

Por hoy me limito á reproducir lo que escribieron á raíz del estreno de *César y Cleópatra* en Londres, dos eminentes escritores, el corresponsal londinense de *La Correspondencia de España*, Ramiro de Maeztu,

y la primera figura del teatro español contemporáneo, Jacinto Benavente.

He aquí lo que dice Maeztu en *La Correspondencia* del 6 de Diciembre de 1907.

«Es un vicio, si ustedes quieren, pero el cronista adora á Bernard Shaw y no pierde ocasión de ir al teatro á ver sus obras. Anoche se puso en escena en el Savoy su *César y Cleópatra*, y los espectadores salimos encantados.

El César de Bernard Shaw, no tiene nada que ver con el que la gente conoce por sus lecturas históricas. La Historia ha creado un César de cartón, un fantoche que gana batallas y que sólo habla dos voces en su vida, para decir con voz de gramófono: *Veni, vidi, vici* y *Tu quoque, Brute*.

Este César es más bien el propio Bernard Shaw, con las mismas vanidades que un literato de nuestro tiempo.

Cleópatra le llama en una ocasión *anciano caballero*, y César la rectifica, diciendo que es sólo un señor de edad madura. Cuando se habla del incendio de la Biblioteca de Alejandría, César comprende el desastre porque *él también es escritor*. Y los que hemos leído algunas páginas de sus *Comentarios*, añadimos que *escritor, sí, pero pesado*.

Cuando Cleópatra ordena á sus esclavos que sirvan á César vino de Lesbos ó Chios, don Julio pide que le den su agua de cebada, como si se tratase de uno de los abstemios de las modernas Sociedades de templanza.

Y hay también en la obra un esclavo inglés que se precia de su *respetabilidad* y califica de *impropias* ciertas costumbres matrimoniales del Egipto. Y los

cortesanos de Ptolomeo lanzan el grito de *Egipto para los egipcios*, ó, lo que es lo mismo, *Egipto para nosotros;* con el mismo fervor con que actualmente lo profieren los diputados irlandeses.

Bernard Shaw explica todo esto diciéndonos en escena que el mundo del año 46, antes de Jesucristo, se parecía mucho al de 1907, y que Julio César no era más que uno de los hombres laboriosos é inteligentes que actualmente llevan sobre sus hombros al Imperio británico.

Pero no hacían falta esas explicaciones; ¡se sentía uno tan á gusto en el Savoy al tratar tan familiarmente á Julio César! ¡Y al pensar en el modo solemne é inflado con que otro dramaturgo habría abordado semejante tema!

Pero todo ello no era una mera farsa histórica. A pesar de sus pequeñas vanidades, el César de Bernard Shaw resulta grande porque es uno de los hombres que ejecutan su voluntad, y porque esa voluntad se motiva por móviles objetivos. No hay en él pasiones, porque su única pasión es la justicia, y no se deja llevar nunca por pequeñas irritaciones.

La escena entre César y la Esfinge es definitiva: «Tú eres el símbolo de mi genio—dice á la Esfinge: —en parte, busto; en parte, mujer, y en parte, Dios. No hay nada de hombre en mí.»

También es magnífica otra escena en que César enseña á Cleópatra á ser reina, y la reprende por haber permitido el asesinato de Potinus, con estas palabras: «Y así, hasta el fin de la Historia, el asesinato criará asesinatos, siempre en nombre del derecho y del honor y de la paz, hasta que los dioses se cansen de sangre y creen una raza que pueda comprender.»

Con estas líneas descosidas no os podréis formar idea de lo que es la obra de Bernard Shaw, aunque tampoco os la podríais formar de otro modo que leyéndola ó asistiendo al Savoy Theatre, porque ella es ya descosida de suyo, y es seguro que todos los críticos latinos negarían aptitudes teatrales á este autor, que es, sin embargo, el favorito en los públicos de Alemania, Estados Unidos é Inglaterra.

Pero teatral ó no teatral, ¿verdad que un teatro así tiene que ser mucho más interesante que el de París, Roma y Madrid?»

El artículo que Jacinto Benavente dedicó en el *Heraldo de Madrid*, dice así:

«*César y Cleópatra* es la última obra de Bernard Shaw, estrenada en Londres, pero publicada mucho tiempo antes, y representada ya, en los Estados Unidos.

El caso no es único en este escritor. Casi todas sus obras han sido publicadas antes de representarse, algunas han sido juzgadas antes por los norteamericanos que por los ingleses, y alguna *(La profesión de Mrs. Warren)* sólo fué representada privadamente por una compañía especial formada para ello, que, por falta de local adecuado, tuvo que ensayar de una parte en otra y á las horas más inverosímiles.

Bernard Shaw ha sido de esos autores que se hacen su público y que el público por fin impone á la crítica, cuando parecía más lógico lo contrario. Pero el arte dramático es el más apegado á las tradiciones convencionales, y la crítica dramática, con raras excepciones, es más conservadora que revolucionaria.

Casi todos los innovadores, en forma ó fondo (y en forma y fondo toda innovación es más aparente que

verdadera), han tenido siempre que vencer mas resistencias del público que de la crítica, y del público letrado que del buen público, sin preocupaciones ni preferencias estéticas; ese público sano que sólo responde á la emoción, venga por donde venga.

Bernard Shaw no es un cultivador del teatro por el teatro. Considera la escena como la tribuna, el púlpito más apropiado á la vida moderna, y la obra dramática es para él la forma de propaganda de sus ideas.

Su campaña de crítico en *La Revista del Sábado*, fué toda encaminada á defender el teatro de Ibsen, y á combatir el viejo teatro de intrigas y combinaciones artificiosas. El mismo Shakespear, atrevimiento grande en Inglaterra, no se libró de sus censuras.

En *César y Cleópatra*, no obstante, el artista se sobrepone al hombre de ideas, y la influencia de Shakespear aparece á cada instante. Es el Shakespear de *Troilo y Cresida* —la obra más admirada por Shaw —el Shakespear de algunas escenas de *Antonio y Cleópatra*, el que despoja á los héroes de la Historia de todo empaque trágico y los muestra en toda su indecorosa humanidad. ¿No han creído muchos hallar en *Troilo y Cresida*, la primera obra bufa, precursora de aquella *Bella Elena* y aquel *Orfeo*, regocijo del segundo Imperio napoleónico? Y aun más allá pudiera hallarse el origen de lo bufo, en algunas tragedias de Eurípides y acaso en la misma Iliada.

Los crítícos clásicos han hallado la mayor censura para la obra de Shaw, en esto que ellos creen falta de decoro trágico. ¡César! ¡Cleópatra! ¿Es posible imaginárselos tan familiares? Pero lo cierto es que después de la obra de Shaw, no será posible figurárselos de otra manera.

Es, en mi opinión, esta obra admirable, que acaso su autor no estime en tanto, la mejor obra del único autor dramático inglés que en los tiempos modernos es digno de interés y de estudio.

Por esta obra pudo decirse sin jactancia lo que Shaw escribió una vez, con escándalo de los que pusieron límite al entendimiento humano en dos siglos atrás por lo menos: ¿Mejor que Shakespear? Tan bueno por lo menos.

He aquí una obra que bien merecería los honores de la traducción sin protesta de nadie, los cuidados de una *mise en scene* irreprochable y de una interpretación modelo.

Suponemos que nada de esto habrá faltado en Londres, donde Bernard Shaw es hoy el autor favorito é indiscutible, admirado, en primer término, por las clases aristocráticas, á pesar de sus rudos ataques al militarismo, al capital, á todo lo que es fuerza de esas clases. Y es que la verdadera fuerza no se asusta de nada. Entre nosotros basta agitar un cascabel para que muchos tiemblen como si amenazara un terremoto.

¡Dichosos los pueblos fuertes que pueden tener un Arte fuerte también!»

El modesto traductor se retira por el foro.

JULIO BROUTÁ

Madrid, Febrero de 1909.

ACTO PRIMERO

Una noche de Octubre en la frontera siria de Egipto, hacia fines de la trigésima tercera dinastía, en el año de 706 de la era romana, ó sea el año 48 antes de Jesucristo.

Al levante se vislumbra un resplandor plateado, el reflejo de la luna que surje lentamente. Los astros y el cielo sin nubes alumbraban por entonces dos notables rémoras de toda civilización: un palacio y unos soldados. El palacio, un edificio siriaco antiguo, bajo, enjabelgado no es tan feo como el palacio de Buckingham, y los oficiales en el patio son mucho más cultos que los modernos oficiales ingleses. Por ejemplo, no serían capaces de amontonar los cadáveres de sus enemigos para despedazarlos, como hicieron los ingleses en tiempos de Cromwell y, más tarde, en la guerra contra el Mahdi.—Forman dos grupos distintos. Uno de ellos tiene fija la atención en el juego del capitán Belzanor, un guerrero de unos cincuenta años, que está jugando, á los dados con un joven recluta persa, de aire astuto; su venablo está hincado en tierra, junto á su rodilla. El otro grupo rodea á un alférez noble que está de guardia y acaba de contar una historia obscena como las que todavía hoy se cuentan en los cuarteles ingleses. Ha producido con ella una carcajada estrepitosa. Los oyentes son unos doce; son jóvenes guardias pertenecientes á la alta aristocracia egipcia, como denotan sus escudos y corazas. En este incómodo atavío, preséntanse arrogantes y marciales, como presumiendo no poco de su casta militar.

Belzanor es un veterano típico, tenaz y testarudo, vivo, listo é inteligente donde la fuerza bruta es menester, pero torpe y sin recursos ante empeños distintos; un soldadote de cuerpo entero, pero aunque vale poco para papeles de director y de dictador, es seguro que, si tuviese la suficiente protección, precisamente en tal cualidad sería empleado. Con todo, es digno de lástima, debido á la circunstancia de que Julio César acaba de invadir á su patria. Sin mayores preocupaciones sigue con atención sostenida su juego con el persa, á quien, como á extranjero, considera muy capaz de hacer trampas. Sus subordinados son guapos muchachos, cuyo interés está reconcentrado en aquel juego y en aquel chascarrillo. Sus lanzas están apoyadas en las paredes ó yacen en tierra, cerca de ellos. Esta parte del patio es un triángulo, que un lado lo forma la fachada del palacio con un pórtico, y el otro una tapia con una poterna. El grupo de la historieta, está por el lado del palacio; el del juego, por el de la tapia. Cerca de la poterna, hay un poyo bastante alto para permitir á un centinela, subido en él, la vista por encima de la tapia. El espacio está iluminado por una antorcha de resina.—Al cesar de repente la risa del grupo que circunda al del cuento, el persa, colocado de rodillas, que acaba de ganar, recoge del suelo su ganancia.

BEL. — Por Apis sagrado, persa, tus dioses te son propicios.

PERSA. — Prueba otra vez la suerte; echemos el resto.

BEL. — No quiero. Tengo mala suerte hoy.

CEN. — (Mueve su lanza al mirar por encima de la tapia.) ¡Alto! ¿Quién va? (Todos levantan la vista y escuchan.)

VOZ — (De fuera.) Un portador de malas nuevas.

BEL. — (Dirigiéndose al Centinela.) Déjale entrar.

CEN. — (Baja la lanza.) Entra, pues, portador de malas nuevas.

BEL. — (Recoge y guarda los dados y empuña su dardo.) Recibamos con honores á ese hombre, pues nos trae malas nuevas.

(Los guardias cogen sus lanzas, miran hacia la cancela y dejan libre una calle estrecha para el paso de mensajero.)

PERSA (Abandonando su posición arrodillada.) ¿Hay acaso que honrar á malas nuevas?

BEL. Entérate, bárbaro persa. En Egipto es costumbre sacrificar á los dioses en holocausto y señal de agradecimiento al portador de buenas nuevas, mas ningún dios aceptara la sangre de un portador de malas nuevas. Cuando son buenas las nuevas que tenemos que mandar, nos valemos del esclavo más abyecto que hallar podemos. En cambio, las malas nuevas son transmitidas por medio de jóvenes de abolengo, deseosos de distinguirse. (Se incorporan á los demás delante de la puerta.)

CEN. Entra, efebo, y dobla la cerviz ante el palacio de la reina.

VOZ Nubio amigo, aconséjote que untes la lanza con grasa de puerco, pues antes de que despunte el día los romanos te habrán obligado á tragártela hasta el regatón.

(El que acaba de hablar, un joven elegante y presumido vestido de modo diferente, pero no menos extravagante que los guardias, entra riendo por la puerta. Parece salir de un combate, y su brazo izquierdo sale vendado de una manga rota. En la diestra empuña una espada romana metida dentro de su vaina. Entra en el patio, dejando á su derecha al Persa, á su izquierda á Belzanor, el tropel de los guardias detrás.)

BEL. ¿Quién eres, que te atreves á reirte en la mansión de Cleópatra la reina, y en las barbas de Belzanor, el capitán de sus guardias?

R. LLEG. Soy Bel Affris, descendiente de los dioses.

BEL (Ceremonioso.) ¡Salud, hermano!

TODOS (Excepto el Persa.) ¡Salud, hermano!

PERSA Todos los guardias de la excelsa reina, excepto yo, descienden de los dioses. Yo soy persa y descendiente de muchos reyes.

AFFRIS (A los Guardias.) Salud, hermanos. (Al Persa, condescendiente.) Salud, mortal.

BEL. Habéis estado en la pelea, Bel Affris. Sois un guerrero entre guerreros. No querreis que las esclavas de la reina sean las primeras en saber las noticias.

AFFRIS No traigo noticia alguna, sino la de que en

breve nos cortarán el cuello á los guerreros, á las mujeres, á todos.

PERSA (A Belzanor.) Ya lo dije yo.

CEN. (Habiendo escuchado.) ¡Ay de nosotros!

AFFRIS (Al Centinela.) Tranquilízate, pobre etiope. La suerte está en manos de los dioses que te pintaron de negro. (A Belzanor, señalando al Persa.) ¿Qué te dijo ese mortal?

BEL. Dijo que el romano Julio César, quien desembarcó en nuestras playas con un puñado de secuaces, logrará hacerse el dueño de Egipto. Los soldados romanos le asustan. (Los Guardias se ríen bravucones.) ¡Esos gañanes que se han criado para asustar urracas y andar detrás del arado! ¡Hijos de herreros y molineros y curtidores! Mientras nosotros, nobles, consagrados á las armas, descendemos de los dioses.

PERSA Belzanor: los dioses no tratan siempre bien á sus parientes pobres.

BEL (Acaloradamente.) Hombre contra hombre, ¿no valemos tanto como los esclavos de César?

AFFRIS (Interponiéndose entre los dos.) Escucha, hermano; hombre contra hombre, nosotros los egipcios, somos como dioses por encima de los romanos.

GUARDIAS (Alborozados.) ¡Ah!

AFFRIS Pero ese César no pelea hombre contra hombre: allí donde más débil estás te mete una legión como se tira un peñasco con una catapulta; y esa legión es como un hombre con una cabeza, con mil brazos y sin temor. Yo he peleado con ellos y sé á qué atenerme.

BEL. (Burlón.) ¿Y te asustaste, hermano? (Los Guardias ríen estrepitosamente y sus ojos chispean por la bizarría de su capitán.)

AFFRIS No, hermano, y, sin embargo, fuí vencido. Ellos se asustaron, tal vez, pero nos dispersaron como el tamo al soplo del viento. (Los Guardias, desalentados, profieren exclamaciones de disgusto.)

BEL. ¿No podías morir?

AFFRIS No, eso era demasiado fácil para ser digno

de un descendiente de dioses. Además, no había tiempo para ello; todo pasó en un vuelo. El ataque vino, precisamente, cuando menos lo esperábamos.

BEL. Esto solo prueba que los romanos son unos cobardes.

AFFRIS No se preocupan de la cobardía esos romanos. Ellos pelean para vencer, nada más. El honor y la gloria de la guerra no les importa nada.

PERSA Cuéntanos como fué la batalla. ¿Qué pasó?

GUARDIAS (Arrimándose con curiosidad á Bel Affris.) ¡Ah, sí, cuéntanos!

AFFRIS Sabed, pues, que soy un novicio en la guardia del templo de Ra en Memfis. No sirvo ni á Cleópatra ni á su hermano Ptolomeo, sino solo á los altos dioses. Hicimos un viaje con objeto de inquirir de Ptolomeo por qué había expulsado á Cleópatra á Siria, y cómo los egipcios teníamos que tratar con el romano Pompeyo, recién llegado á nuestras playas después de su derrota por César en Farsalia. ¿Qué creeis que tuvimos que escuchar? Pues que César está llegando en seguimiento de su enemigo, y que Ptolomeo mandó matar á Pompeyo y tiene preparada su venerable cabeza para ofrecerla al vencedor. (Sensación entre los guardias.) Es más; supimos que César ya había desembarcado, pues no habíamos andado media jornada de nuestro retorno, cuando topamos con la gente de la ciudad que huía delante de sus legiones y en vano había tratado de impedir el desembarco.

BEL. Y tú, el guardián del templo, ¿no te opusiste á esas legiones?

AFFRIS Hicimos lo humanamente posible. Pero sonó una trompeta que fué como el bramido de una montaña negra. Entonces vimos una muralla movediza de escudos viniendo hacia nosotros. Ya sabéis cómo late el corazón en el asalto de un muro fortificado; ¡qué será cuando el muro es el que viene para asaltaros!

PERSA (Alegrándose de haber hablado.) ¿No lo dije?

AFFRIS Cuando el muro estuvo cerca, se trocó en un tropel de hombres, individuos bastante ordinarios, con cascos, sayas de cuero y corazas. Todos tiraron sus jabalinas; una que vino sobre mí atravesó mi adarga como si hubiese sido de papiro. ¿Veis? (Señalando su brazo izquierdo vendado.) y me hubiera atravesado el cuello si yo no hubiese bajado la cabeza á tiempo. Luego se dieron más prisa aún y se precipitaron sobre nosotros empuñando unas espadas cortas. Cuando se tiene cerca un hombre con una tal espada, no puede uno hacer nada con sus armas; todas son demasiado largas.

PERSA ¿Qué hiciste?

AFFRIS Cerré los puños y le dí á mi romano un puñetazo tremendo en la mandíbula. Al fin era mortal: cayó atontado, le cogí la espada y con ella le maté. (Sacando la espada.) Mirad, una espada romana con sangre romana en ella.

GUARDIAS (Aprobando.) ¡Muy bien! (Cogen la espada y la pasan de uno á otro, examinándola con curiosidad.)

PERSA ¿Y tus hombres?

AFFRIS Huyeron, dispersáronse como un rebaño de carneros.

BEL. (Furioso.) ¡Cobardes esclavos! ¡Dejando acuchillar á los descendientes de los dioses!

AFFRIS (Con agria frialdad.) Amigo, los descendientes de los dioses no esperaron á ser acuchillados. Allí no se trató de ganar una batalla, sino una carrera. Los romanos que no disponen de carros de guerra, mandaron una nube de hombres á caballo en persecución nuestra é hicieron una matanza horrenda. Entonces nuestro adalid, el gran sacerdote, replegó como una docena de descendientes de los dioses y nos exhortó á morir matando. Dije para mí que sin duda era más seguro parar que perder el aliento y ser acuchillado por la espalda; paré, pues, y reuníme con nuestro caudillo. Entonces los romanos nos tuvieron respeto, porque nadie

ataca un león cuando el campo está lleno de carneros, como no sea por la gloria de la guerra, de la que esos romanos no saben nada. Así escapamos con vida, y yo he venido para aconsejaros que abrais vuestras puertas á César, pues su vanguardia me sigue á una hora de distancia, y ni un guerrero egipcio hay interpuesto entre vosotros y sus legiones.

CEN. ¡Ay, de nosotros! (Arroja en tierra la lanza y huye dentro del palacio.)

BEL. Clavadle en la puerta, presto. (Los guardias corren en pos suyo blandiendo sus lanzas, pero él corre tanto que se les escapa.) Ahora la noticia correrá por palacio como fuego por rastrojera.

AFFRIS ¿Qué haremos para salvar á las mujeres de manos de aquellos bárbaros?

BEL. ¿No sería mejor matarlas?

PERSA No, porque tendríamos que pagar multa de sangre por algunas de ellas. Mejor será dejar á los romanos matarlas, resultará más barato.

BEL. (Con admiración.) Admiro tu listeza. Tienes razón.

AFFRIS ¿Pero vuestra reina?...

BEL. Es verdad. Tenemos que poner en salvo á Cleópatra.

AFFRIS ¿No quieres esperar sus órdenes?

BEL. ¡Sus órdenes! ¡De una doncella de dieciseis años! Jamás. En Memfis la reputais reina, aquí sabemos á qué atenernos. La llevaré en la grupa de mi caballo. Cuando los guerreros la hayamos quitado del alcance de César, los sacerdotes, las ayas y demás podrán de nuevo afirmar que es una reina é inspirarle las órdenes que quieran.

PERSA Escúchame, Belzanor.

BEL. Habla, pues eres más listo que de tus años se podría esperar.

PERSA El hermano de Cleópatra, Ptolomeo, está en guerra con ella. Vendámosla á Ptolomeo.

GUARDIAS ¡Cuánto talento tienes, persa!

BEL. No nos atrevemos. Descendemos de los dioses, pero Cleópatra desciende del río Nilo, y

las tierras de nuestros padres no criarían trigo si el Nilo no los regara con sus aguas. Sin los dones de nuestros padres viviríamos una vida de perros.

PERSA — Es verdad, la guardia de la reina no puede vivir con su sueldo. Pero escuchadme otra palabra, parientes de Osiris.

GUARDIAS — Habla, habla, sátrapa.

PERSA — ¿Díjeos antes la verdad hablando de César, cuando pensásteis que me burlaba de vosotros?

GUARDIAS — Sí, sí, es verdad, tuviste razón.

BEL. — (Cediendo con repugnancia.) Según cuenta Bel Affris.

PERSA — Pues escuchadme más. Ese César es muy aficionado á las mujeres; las hace sus amigas y consejeras.

BEL. — ¡Ay, ese entrometimiento de mujeres será la ruina de Egipto!

PERSA — Di más bien la ruina de Roma. César se va haciendo viejo; pasa ya de los cincuenta y tiene la cabeza llena de trabajos y batallas. Es demasiado viejo para mujeres jóvenes, y las mujeres viejas son demasiado sabias para hacerle caso.

AFFRIS — Ten cuidado, persa, que en este momento César está al alcance del oído.

PERSA — Cleópatra no es mujer todavía, ni tampoco es sabia. Pero ya trastorna á la sabiduría de los hombres.

BEL. — ¡Ah, eso es debido á que desciende del río Nilo y un gatito negro del sagrado Gato Blanco! ¿Qué más?

PERSA — Pues véndela secretaménte á Ptolomeo y luego ofrécenos á nosotros á César como voluntarios para pelear por el destronamiento de su hermano y la restauración de nuestra reina, la nieta del Nilo.

GUARDIAS — Es más listo que todos ese persa.

PERSA — Tened por seguro que nos escuchará si le describimos á la reina. Vencerá y matará al hermano de esta y reinará en Egipto al lado suyo, y nosotros seremos los guardias del palacio.

GUARDIAS Hablas de perlas, talento sin igual.

AFFRIS Se nos vendrá encima antes de que ceses de hablar; parlauchín.

BEL. Es verdad. (Una gritería espantosa en el palacio le interrumpe.) Pronto empieza la huída, guardad las puertas. (Se precipitan hacia la puerta y forman un cordón delante de ella con sus lanzas alzadas. Un tropel de criadas y ayas sale precipitadamente. Las que van delante retroceden ante las lanzas erizadas gritando á los que vienen detrás, que paren. La voz de Belzanor domina el barullo, gritando:) ¡Atrás! adentro otra vez, rebaño inútil.

GUARDIAS ¡Atrás, las hembras!

BEL. Decid á Ftatatita, la jefa de las siervas, que salga.

MUJERES (Gritando hacia el palacio) ¡Ftatatita, Ftatatita! Ven, ven, que Belzanor te quiere hablar.

MUJER ¡Atrás! ¡Ay, que me estais empujando en las puntas de las lanzas!

(En el umbral aparece una mujer formidable. Su cara está surcada de arrugas en todos sentidos; sus ojos son de vieja, grandes y listos. Es alta, fuerte y tiene manos enormes. Su boca es la de un dogo y sus mejillas semejan las carrilleras de un braco. Viste cual dama influyente de la corte y mide á los guardias con miradas descaradas.)

FTAT. ¡Paso al aya mayor de la reina!

BEL. (Con arrogancia solemne.) Ftatatita, yo soy Belzanor, el capitán de los guardias de la reina, vástago de los dioses.

FTAT. (Devolviendo con creces la arrogancia.) Belzanor, yo soy el aya mayor de palacio, y tus antepasados divinos tuvieron á gala ser retratados en los muros de las pirámides de los reyes á quienes sirvieron mis progenitores. (Las mujeres se rien orgullosamente.)

BEL. (Con humor de pocos amigos.) Ftatatita, hija de un camaleón de lengua larga y ojos bizcos, escúchame: los romanos están al llegar. (Las mujeres lanzan un grito de terror y quieren huir, pero las lanzas las detienen.) Ni aun los descendientes de los dioses pueden resistirles, porque tiene cada uno siete brazos, y cada brazo lleva siete dardos. La sangre en sus venas

es azogue hirviente. Sus mujeres paren á las tres horas de concebir y al día siguiente son degolladas y comidas.

(Las mujeres se estremecen de horror. Ftatatita las mira con desprecio, se burla de los soldados, se abre camino por entre la multitud y sin miedo alguno se pone en frente de las lanzas.)

FTAT. Huid, pues, y poneos en salvo, hijos cobardes de los dioses de barro baratos que se venden á los pescaderos y dejadnos solas á nosotras componérnoslas.

BEL. No antes de que hayas hecho lo que pedimos. ¡Oh, terror de los varones! Tráenos acá á la reina Cleópatra y luego vete á donde quieras.

FTAT. (Con risa desdeñosa.) Ahora sé por qué los dioses nos la quitaron de las manos. (Los guardias se miran entre sí con sorpresa.) Has de saber torpe, soldadote, que la reina desapareció desde la puesta del sol.

BEL. (Furioso.) Bruja, la tienes escondida con objeto de venderla á su hermano ó á César. (La agarra de la muñeca izquierda y la arrastra, ayudado por algunos guardias, hacia el centro del patio, en donde, después de haberla hecho caer de rodillas, saca un cuchillo descomunal.) ¿Dónde está? ¿Dónde está? Dilo al momento, si no... (Blande el arma como para cortarle el cuello.)

FTAT. (Ronca.) Mátame, perro, y el Nilo no bañará tus campos, en siete veces siete años de hambre.

BEL. (Asustado, pero desesperado.) Ofreceré sacrificios, pagaré para aplacar á los dioses. Pero ahora se me ocurre. (Al persa.) Oye, tú, hombre astuto, los campos de tus padres están situados lejos de las orillas del Nilo. Mátala tú.

PERSA (Amenazandola con el cuchillo.) Persia tiene un solo dios, pero gusta de la sangre de las viejas. ¿Dónde está Cleópatra?

FTAT. Persa, no lo sé, como vive Osiris. La reprendí por irritar al hado hablando con los gatos sagrados de los sacerdotes y tomándolos en sus brazos. Le dije que la dejaríamos sola aquí cuando viniesen los romanos, en casti-

go de su desobediencia. Y ahora se ha marchado, se escapó, está oculta. Digo la verdad. Osiris es mi testigo.

MUJS. (Interponiéndose.) Dice la verdad, Belzanor.

BEL Habéis asustado á la niña: ahora se esconde. Vamos á buscarla, pues, á prisa, en palacio, por todos los rincones.

(Los guardias, guiados por Belzanor, penetran en el palacio abriéndose paso por la muchedumbre de las mujeres fugitivas que salen corriendo por la puerta del patio.

FTAT. (Gritando.) ¡Sacrilegio! ¡Hombres en los aposentos de la reina! ¡Sa .. (Su voz se extingue al acercar el Persa el cuchillo á su cuello.)

AFFRIS (Poniendo una mano en el hombro izquierdo de Ftatatita.) Perdónala un momento, persa. (A Ftatatita en tono muy significativo.) Abuela, tus dioses duermen ó están de caza, y junto á tu garganta hay un cuchillo. Llévanos á donde está la reina y salvas tu vida.

FTAT. (Despreciativa.) ¿Quien detendrá el acero en la mano de un insensato si los dioses se lo confiaron? Escuchadme, jóvenes sin juicio. Cleópatra me teme, pero más aún teme á los romanos. Para ella no hay más que un poder superior al enojo del aya mayor y la crueldad de César; y es el poder de la esfinge sentada en el desierto y vigilando el camino del mar. Lo que ella quiere que sepa la esfinge se lo dice al oido á los gatos sagrados, y en su natalicio le ofrece sacrificios y adórnala con flores de adormideras. Id, pues, al desierto y allí buscad á Cleópatra á la sombra de la esfinge, y, por vuestras vidas procurad que ningún daño le acontezca.

AFFRIS (Al Persa.) Dí, tú, que eres tan listo, ¿hemos de creerla?

PERSA ¿Por donde vienen los romanos?

AFFRIS Por el desierto, desde el mar, por delante de la esfinge.

PERSA (A Ftatatita.) ¡Vieja taimada! ¡Lengua de serpiente! Has inventado esa historia para que ese y yo vayamos al desierto y perezcamos

bajo la cuchilla de los romanos. (Levantando su cuchillo.) Ahora mismo vas á morir.

FTAT. No serás tú quien me mate, criatura. (Le agarra del tobillo, le hace caer en tierra y huye agachada á lo largo de la pared, desapareciendo e la oscuridad. Bel Affris lanza una carcajada estrepitosa al ver al persa caer. Los guardias con Belzanor y un tropel de fugitivos cargados de envoltorios salen corriendo del palacio.)

PERSA ¿Habéis hallado á Cleópatra?

BEL Fuese. Buscamos en todos los rincones.

CENT. (Nubio; apareciendo en la puerta del palacio.) ¡Ay, ay de nosotros! ¡Huyamos!

BEL ¿Qué pasa ahora?

CENT. ¡Han robado el sagrado gato blanco!

TODOS ¡Ay, ay de nosotros! (Pánico general. Todos huyen con gritos de consternación. La antorcha se cae y se apaga. Oscuridad. El ruido de los fugitivos se extingue. Silencio mortal. Pausa. Luego las tinieblas y el silencio se transforman suavemente en una niebla argentina producida por la luna, que surge en el horizonte y las extrañas armonías vibratorias de la columna de Memnón. La luna se levanta en todo su esplendor por encima del desierto, y aparece á la vista un amplio horizonte, cortado por una mole colosal. Es una esfinge que, en su zócalo, se destaca de la vasta extensión arenosa. Clarea cada vez más, y los ojos de la esfinge miran serenamente un montón enorme de adormideras entre sus zarpas, en el que yace sin movimiento una joven. Sólo se levanta y baja suavemente la túnica de seda bajo el aliento plácido de la dormida virgen cuyo rizado cabello rutila bajo los rayos de la luna como las plumas de un pájaro.

De repente estalla de lejos un estruendo horrísono (parece el mugido de un minotauro atenuado por la distancia), y la música de la columna de Memnón enmudece. Silencio. Luego unos sonidos de trompas que poco á poco van aumentando su intensidad. Otra vez silencio. Desde el Sur viene andando un hombre á paso lento. Parece encantado del misterio de la noche esplendorosa y se queda parado, absorto, enfrente del lado izquierdo de la esfinge, cuya masa imponente se le oculta por su hombro enorme.)

HOMBRE Salud, esfinge. Julio César te saluda. Muchas tierras he visitado buscando las igno-

tas regiones de las que mi venida á este mundo me desterró y la compañía de personas que se me parecieran. Encontré rebaños y pastos, hombres y ciudades, pero no á otro César, no un lugar que pudiese considerar como patria mía, ningún hombre semejante á mí, ninguno que pudiese obrar las obras de mis días ó pensar los pensamientos de mis noches. Allá en el mundo pequeño ¡oh, esfinge! mi posición es tan alta como la tuya en este gran desierto. ¡Solo que yo viajo y tú te estás quieta! Yo conquisto y tú aguantas; yo obro y causo admiración, tú vigilas y esperas; yo levanto los ojos y me quedo deslumbrado, los bajo y se me nublan, miro á mi alrededor y me lleno de confusión, mientras tus ojos no cesan de escudriñar el horizonte, de mirar la lontananza, hacia las ignotas regiones... la patria de la que venimos extraviados. Esfinge, tú y yo, ajenos á la raza de los hombres, no, no somos ajenos uno á otro. ¿No me acordé de tí y de este sitio desde que nací? Roma es el sueño de un loco, ésta es mi realidad. La luz de tus astros que divisé de lejos en Galia, en Britania, en Hispania, en Tesalia, me señaló al eterno centinela que aquí se yergue y cuya situación nunca podía hallar. Y por aquí, aquí te encuentro, el símbolo de la parte constante é imperecedera de mi vida. Silenciosa, henchida de pensamientos, ocupas tu trono solitario enmedio del desierto de plata. Esfinge, esfinge: de noche subí á las montañas por escuchar de lejos el vago murmullo de los vientos que con tus arenas retozan. El hado mío es el que acá me trajo, porque soy aquel de cuyo genio eres el símbolo: en parte un bruto, en parte mujer, en parte dios; nada de hombre hay en mí. ¿He sabido descifrar tus enigmas, esfinge?

JOVEN (Que se despertó y se levanta con precaución para ver quien habla.) Anciano.

CÉSAR (Avanza vivamente un paso y saca la espada.) ¡Dioses inmortales!

JOVEN — Anciano, no eches á correr.

CÉSAR — (Estupefacto.) «¡Anciano, no eches á correr!» ¡Así se habla á Julio César!

JOVEN — (Insistiendo.) Anciano.

CÉSAR — Esfinge, presumes todavía. Soy más joven que tú, por más que tu voz sea la de una niña.

JOVEN — Súbete pronto aquí, si no los romanos vendrán y te comerán.

CÉSAR — (Corre dando la vuelta al hombro de la esfinge y la ve.) Una niña á sus pechos. ¡Una niña divina!

JOVEN — Sube pronto. Tienes que dar la vuelta y subir por este lado.

CÉSAR — (Atónito.) ¿Quién eres?

JOVEN — Soy Cleópatra, la reina de Egipto.

CÉSAR — Una reina de gitanos, querrás decir.

CLEÓP. — No me faltes al respeto, si no la esfinge hará que te coman los romanos. Sube. Se está muy bien aquí.

CÉSAR — (Aparte.) ¡Qué ensueño! ¡Qué magnífico ensueño! No me dejéis despertar, dioses inmortales, y conquistaré diez continentes para pagar el haber soñado hasta el fin. (Trepa por el costado de la esfinge y al punto reaparece delante de Cleópatra después de haber dado la vuelta al hombro de la imagen.)

CLEÓP. — Cuidado, muy bien. Ahora siéntate; puedes ponerte en la zarpa derecha. (Ella misma se sienta cómodamente encima de la zarpa izquierda.) La esfinge es muy poderosa y nos protegerá, pero (Estremeciendose y con acento quejumbroso.) no quiso hacerme caso alguno ni hacerme siquiera compañía. Me alegro de que hayas venido: ¡me sentía tan sola! ¿No has visto por casualidad un gato blanco por ahí?

CÉSAR — (Sentándose despacio en la zarpa derecha, sumamente admirado.) ¿Has perdido alguno?

CLEÓP. — Sí, el sagrado gato blanco. ¿No es eso horrible? Lo quise traer aquí para sacrificarlo á la esfinge, pero al poco de salir de la ciudad una gata negra le llamó y de un salto se quitó de mis brazos y corrió á estar con ella. ¿Crees que la gata negra haya podido ser la abuela de mi tatarabuela?

CÉSAR (Mirándola con extrañeza.) ¡La abuela de tu tatarabuela! Ah, bien, ¿por qué no? En esta noche incomparable nada me sorprende.

CLEÓP. Creo que debe de ser así. La bisabuela de mi bisabuela fué una gatita negra hija del sagrado gato blanco; y el río Nilo se casó con ella en séptimas nupcias. Por eso mi cabello es tan ondulado, y yo siempre quiero que me dejen hacer mi voluntad, sin que me importe que plazca á los dioses, ó no: eso viene de que mi sangre está hecha de agua del Nilo.

CÉSAR ¿Qué haces aquí á estas horas de la noche? ¿Es que vives aquí?

CLEÓP. Claro que no. Soy la reina y viviré en palacios en Alejandría en cuanto haya matado á mi hermano, quien de allí me expulsó. Cuando sea mayor, no haré más que lo que se me antoje. Podré envenenar á los esclavos y ver cómo se retuercen, y podré hacer que á Ftatatita la metan en un horno ardiendo.

CÉSAR Bien. Pero, mientras tanto, ¿por qué no estás en tu casita y en la cama?

CLEÓP Porque los romanos van á llegar para devorarnos. Tú tampoco estás en tu casa y en la cama.

CÉSAR (Con convicción.) Sí que lo estoy. Vivo en una tienda; y ahora estoy en dicha tienda, profundamente dormido y soñando. ¿Te imaginas que te creo un ser real, imposible hadita de ensueño?

CLEÓP. (Riendo por lo bajo, é inclinándose con confianza hacia él.) Eres un anciano gracioso. Me gustas.

CÉSAR ¡Oh, esto echa á perder el ensueño! ¿Por qué no sueñas que soy joven?

CLEÓP. ¡Ojalá lo fueras! Sólo que entonces tendría más miedo de tí. Me gustan los hombres, sobre todo los jóvenes con brazos redondos y fuertes, pero me asustan. Tú eres viejo y algo delgado y enjuto; pero tienes una voz bonita, y me alegro de tener con quién hablar, por más que creo que estás algo chiflado. Será la luna la que te hace hablar contigo mismo de esa manera tonta.

CÉSAR ¡Cómo! ¿Escuchaste mis palabras? Estaba orando ante la gran esfinge.

CLEÓP. Pero si esta no es la gran esfinge.

CÉSAR (Muy desilusionado levantando la vista hacia la estatua.) ¿Qué dices?

CLEÓP. Esto no es más que una miniatura, una cría de esfinge. Porque la gran esfinge es tan enorme, que hay un templo entre sus zarpas. Esta es mi pequeña esfinge faldera. Dime, ¿crees que los romanos tengan hechiceros capaces con sus sortilegios de separarnos de la esfinge?

CÉSAR ¿Por qué? ¿Les tienes miedo á los romanos?

CLEÓP. (Muy seria.) ¡Oh, nos comerían si nos cogiesen! Son unos bárbaros. Su jefe se llama Julio César, cuyo padre fué un tigre y la madre una montaña ardiendo. Tiene la nariz como la trompa de un elefante. (César involuntariamente se coge la nariz.) Todos ellos tienen narices largas y colmillos de marfil y rabos pequeños y siete brazos con cien dardos cada uno. Se alimentan de carne humana.

CÉSAR ¿Te gustaría que te enseñase yo un verdadero romano?

CLEÓP. (Aterrada.) No, no. Me estás asustando.

CÉSAR ¿Qué importa, si esto sólo es un sueño?

CLEÓP. (Agitada.) No es un sueño, no es un sueño, no. Convéncete. (Saca un alfiler del pelo y le pincha con él varias veces en el brazo.)

CÉSAR ¡Ay... quita! (Con ira.) ¿Cómo te atreves?

CLEÓP. (Intimidada.) Dijiste que estabas soñando. (Llorosa.) Yo sólo quise demostrarte...

CÉSAR (Amable.) Vaya, vaya, no llores. Una reina nunca debe llorar. (Se frota el brazo y se extraña de la realidad del dolor.) ¿Estoy realmente despierto? (Golpea con la mano á la esfinge para probar su solidez. Palpa la realidad con tanta fuerza que empieza a alarmarse y dice perplejo.) Sí, estoy... (Casi espantado.) no, imposible, locura, locura. (Desesperado.) Volvamos al campamento. (Se levanta para saltar abajo desde el pedestal.)

CLEÓP. (Abrazándole con terror.) No, no debes abandonarme. No, no, no te vayas. Tengo miedo miedo á los romanos.

CÉSAR (Ya convencido de que no duerme.) Cléopatra, ¿me ves bien la cara?

CLEÓP. Sí, está tan blanca al resplandor de la luna.

CÉSAR Estás segura de que es la luna la que me hace aparecer más blanco de lo que son los egipcios. (Con dureza.) ¿Notas que tengo una nariz bastante larga?

CLEÓP (Retrocede presa de una terrible sospecha.) ¡Ah!...

CÉSAR Es una nariz romana, Cleópatra.

CLEÓP. ¡Oh! (Se levanta lanzando un grito estridente, da la vuelta al hombro izquierdo de la esfinge, salta abajo en la arena y cae de rodillas con llantos y súplicas fervorosas.) Muérdele, esfinge, despedázale. Quise sacrificarte el gato blanco, sí, de veras, quise... (César que también se ha bajado del pedestal, la toca en el hombro.) ¡Ah!... (Hunde la cabeza en sus brazos.)

CÉSAR Cléopatra, ¿quieres que te indique el medio que impida que César te coma?

CLEÓP. (Suplicándole lastimeramente.) ¡Oh, sí, sí, indícamelo. Robaré las joyas de Ftatatita y te las daré. Haré que el río Nilo riegue tus tierras dos veces al año.

CÉSAR Tranquilízate, niña. Tus dioses tienen miedo á los romanos. Ya ves cómo la esfinge no se atreve á morderme ni á impidirme que te lleve á presencia de Julio César.

CLEÓP. (Suplicando con voz débil.) No lo harás, no, dí que no.

CÉSAR César no se come á las mujeres.

CLEÓP. (Levantándose de repente llena de esperanza.) ¿Qué dices?

CÉSAR (Intencionado.) Pero se come á las niñas, (Ella vuelve á arrodillarse.) y los gatos. Y tú eres una niña loca y desciendes de una gata negra. Eres niña y gata á la vez.

CLEÓP. (Temblando.) ¿De modo que me comerá?

CÉSAR Sí, á menos que le hagas creer que eres una mujer.

CLEÓP. ¡Oh, es preciso que me busques un hechicero que haga de mí una mujer. ¿Eres acaso hechicero?

CÉSAR Tal vez. Pero no hay tiempo para ello. Esta

misma noche tienes que presentarte ante César en el palacio de tus antepasados.

CLEÓP. Nunca, nunca. No me atrevo.

CÉSAR Por grande que sea tu miedo, por grande que sea el espanto que te inspire el terrible César, tienes que mirarle á la cara como una mujer valiente y una gran reina, y es preciso que no experimentes temor alguno. Si tu mano tiembla, si tu voz balbucea, ¡ah! entonces, no evitas la muerte. (Ella lanza un gemido.) Pero si te cree digna de gobernar, te sentará en el trono á su lado y te hará la verdadera soberana de Egipto.

CLEÓP. (Desesperada.) No, no, me conocerá en seguida.

CÉSAR (Con algún sentimiento.) No lo creas. Se deja fácilmente engañar por las mujeres cuyos ojos le deslumbran; no las ve como son, sino como quisiera que fuesen.

CLEÓP. Entonces le vamos á engañar. Me pondré la cofia de Ftatatita y me tomará por una vieja.

CÉSAR Si haces eso, te tragará de un solo bocado.

CLEÓP. Pero yo le daré un bollo con mi ópalo mágico y siete pelos del gato blanco dentro, y...

CÉSAR (Interrumpiéndola bruscamente.) ¡Bah! Eres una tontita. Comerá tu bollo y á tí también. (Le vuelve despreciativamente la espalda.)

CLEÓP. (Corre detrás de él y se agarra de su brazo.) ¡Por los dioses, no me abandones! Haré lo que digas, seré buena. Seré tu esclava. (De nuevo resuena el terrible estruendo al través del desierto, pero más fuerte que antes; es la «bucina», la trompa guerrera de los romanos.)

CÉSAR ¡Escucha.

CLEÓP. (Temblando.) ¿Qué ha sido?

CÉSAR La voz de César.

CLEÓP. (Tirándole de la mano.) Escapemos. ¡Ven, oh, ven!

CÉSAR Conmigo estás segura hasta que subas á tu trono para recibir á César. Llévame allí.

CLEÓP. (Muy contenta de poderse marchar.) Con mucho gusto. (Otra vez suena la «bucina.») ¡Oh, ven, date prisa! Los dioses están enojados. ¿No sientes como la tierra tiembla?

CÉSAR Es el paso de las legiones de César.

CLEÓP (Tirando de él.) Por aquí, pronto. Y de paso miremos á ver si encontramos el gato blanco. El fué quien te convirtió en romano.

CÉSAR ¡No hay quien le quite esa manía! ¡Ea, vámonos! (Sigue detrás de ella. La «bucina» suena más fuerte mientras atraviesan el desierto. El resplandor de la luna se desvanece, el horizonte aparece otra vez negro, y sólo le corta la fantástica silueta de la esfinge. El mismo cielo se esfuma en négro, y por doquier reinan las tinieblas, hasta que surge de repente la llama de una lejana antorcha que se refleja en unos grandes pilares egipcios que soportan el techo de un pórtico majestuoso. En el fondo del mismo aparece un esclavo nubio con una antorcha en la mano. César, llevado todavía por Cleópatra, le sigue con ella. Atraviesan el pórtico. César contempla con curiosidad la extraña arquitectura y las sombras de los pilares, entre los cuales, á medida que el paso de la antorcha la hace retroceder silenciosamente, parecen entrar y salir figuras de personas con alas y cabezas de gavilanes y grandes gatos de mármol negro allí en acecho. Más adelante, la pared se quiebra en ángulo y forma un crucero espacioso en el que César ve, á su derecha, un trono y, destrás del trono, una puerta. A cada lado del trono ha y una columna esbelta con una lámpara encima.)

CÉSAR ¿Qué sitio es este?

CLEÓP Esto es donde me siento en el trono cuando me permiten ponerme la corona y las regias galas. (El esclavo adelanta la antorcha para enseñar el trono.)

CÉSAR Mándale al esclavo encender las lámparas.

CLEÓP. (Con timidez.) ¿Crees que pueda yo atreverme?

CÉSAR ¿Qué duda? Eres la reina. (Ella vacila.) Vamos.

CLEÓP. (Tímidamente al esclavo.) Enciende todas las luces.

FTAT. (Saliendo de repente de detrás del trono.) Alto. (El esclavo queda parado. Se vuelve con severidad hacia Cleópatra, la que tiembla como una niña cogida en falta.) ¿A quién traes ahí y cómo te atreves sin mi permiso á ordenar que enciendan las lámparas? (Cleópatra enmudece de espanto.)

CÉSAR ¿Quién es esa?

CLEÓP. Ftatatita.

FTAT. (Con arrogancia.) Primera aya de...

CÉSAR (Interrumpiéndola bruscamente.) Hablo con la reina. Cállate tú. (A Cleópatra.) Tus servidores, por lo visto, se olvidan de lo que son. Despídela. Y tú (Al esclavo.) haz lo que te ha mandado la reina. (El esclavo enciende las lámparas. Mientras tanto, Cleópatra queda confusa, llena de miedo ante Ftatatita.) Tú eres la reina. Mándala fuera.

CLEÓP. (Mimosa.) Querida Ftatatita, tienes que salir un poco, por un rato solo.

CÉSAR No la mandas salir, se lo ruegas. No eres una reina. Serás comida. Adiós. (Se vuelve para marcharse.)

CLEÓP (Agarrándose á él.) No, no te vayas. No me abandones.

CÉSAR Un romano no quiere nada con una reina que se asusta de sus esclavos.

CLEÓP. Si no me asusto. De veras que no me asusta.

FTAT. Vamos á ver quien se asusta aquí. (Amenazadora.) Cleópatra...

CÉSAR De rodillas, mujer, ponte de rodillas. ¿Soy yo también un chiquillo, que te atreves á burlarte de mí? (Señala el suelo delante de los pies de Cleópatra. Ftatatita, medio intimidada, medio recalcitrante, vacila. César llama al nubio.) ¡Esclavo! (El nubio se acerca á él.) ¿Sabes cortar una cabeza? (El nubio menea la cabeza afirmativamente y ríe enseñando todos los dientes. César coge su espada con la vaina como queriendo presentar el puño al esclavo y repite el ademán imperativo hacia Ftatatita.) ¿Te decides, mujer?

(Ftatatita, vencida, cae de hinojos ante Cleópatra, quien no puede creer á sus ojos.)

FTAT. (Ronca.) ¡Oh, reina, no olvides á tu humilde sierva en los días de tu grandeza.

CLEÓP. (Sumamente excitada.) Fuera. Vete. Anda. (Ftatatita se levanta con la cerviz doblada y sale de espaldas hacia la puerta. Cleópatra observa con vivo interés su aire sumiso, casi aplaudiendo con sus manos que están temblando. De repente exclama.) Dame algo con que pegarla. (Coge una piel de serpiente de encima

del trono y la agita como un látigo hacia Ftatatita. César se precipita hacia ella y trata de detenerla mientras Ftatatita escapa.)

CÉSAR Sabe arañar la gatita.

CLEÓP. (Desasiéndose.) Quiero pegar á alguien. Pegaré, pues, á este. (Pega al esclavo.) Toma, toma, toma. (El esclavo escapa despavorido por el pórtico y desaparece. Ella arroja la piel de serpiente y sube precipitadamente por las gradas del trono con los brazos erguidos y gritando.) ¡Soy una reina de verdad al fin, una reina verdadera, verdadera! ¡Cleópatra la reina! (César menea la cabeza en señal de duda y parece considerar esa cuestión desde el punto de vista del bien público de Egipto. Ella se vuelve y le mira regocijada. Luego baja corriendo del trono y le abraza arrebatada exclamando.) ¡Oh, te quiero por haberme hecho reina!

CÉSAR Pero una reina no debe querer más que á un rey.

CLEÓP. Yo haré reyes á todos los hombres que quiera. Te haré rey á tí también. Tendré muchos reyes jóvenes, con brazos fuertes y redondos y cuando me canse de ellos, los mataré á latigazos; pero tú serás mi rey siempre, mi hermoso, bueno, sabio, viejo rey.

CÉSAR ¡Ay, mis arrugas, mis arrugas! ¡Y mi corazón de niño! Tú serás la conquista más peligrosa de cuantas hizo César.

CLEÓP. (Asustada.) ¡César! ¡Olvidaba á César! (Con ansia.) Tú le dirás que soy una reina, ¿verdad? una reina real y verdadera. Escucha: (Con mimo misterioso.) escapémonos y ocultémonos hasta que César se haya marchado.

CÉSAR Si temes á César, no eres una reina de verdad, y aunque te ocultaras debajo de una pirámide, él iría derecho á ella y la levantaría con una mano. Y luego... (Entrechoca los dientes.)

CLEÓP. (Temblorosa.) ¡Oh!..

CÉSAR Asústate si te atreves. (La «bucina» vuelve á sonar á lo lejos. Cleópatra gime espantada. César se goza en ello exclamando:) ¡Ah! (César se acerca al trono de Cleópatra.) Ven, ocupa tu sitio. (La coge de la mano y la lleva hacia el trono. Ella está demasiado

aterrada para hablar.) Hola; entra, Ftatatita. ¿Cómo llamas á tus esclavos?

CLEÓP. (Casi exánime sobre el trono y acurrucándose en él dice con voz trémula.) Da unas palmadas. (El palmotea. Ftatatita entra.)

CÉSAR Trae las vestiduras de la reina y su corona; atavíala y que entren las siervas.

CLEÓP. (Arrimándose algo.) Sí, la corona, Ftatatita: me pondré la corona.

FTAT. ¿Para quién debe la reina engalanarse?

CÉSAR Para un ciudadano de Roma. Un rey de reyes, Ftatatita.

CLEÓP (Golpeando el suelo con el pie.) ¿Cómo te atreves á hacer preguntas? Anda y haz lo que te mandan. (Ftatatita sale con una sonrisa feroz. Cleópatra, volviéndose hacia César, prosigue con exuberancia.) César conocerá que soy una reina cuando vea mi corona y mis vestiduras, ¿verdad?

CÉSAR ¡Ca! ¿En qué conocerá que no eres una esclava adornada con las galas regias?

CLEÓP. Tú se lo dirás.

CÉSAR A mí no me preguntará. Conocerá á Cleópatra en su orgullo, su majestad, su valentía y su hermosura. (Ella parece dudar de sus palabras.) ¿Estás temblando?

CLEÓP. (Estremeciéndose de horror.) No... yo... yo... (Con voz muy endeble.) No.

(Ftatatita y tres mujeres entran con los ornamentos regios.)

FTAT. De todas las siervas de la reina sólo han quedado estas tres. Las demás huyeron. (Empieza á vestir á Cleópatra, quien pálida é inmóvil, se somete á todo.)

CÉSAR Bien, bien. Con tres basta. El pobre César, por lo general, tiene que vestirse solo.

FTAT. (Despreciativamente.) La reina de Egipto no es un bárbaro romano. (A Cleópatra.) Sé valiente, hija mía; ten la cabeza erguida ante ese estranjero.

CÉSAR (Admirando á Cleópatra y poniéndole la corona.) ¿Es dulce ó amargo el ser reina, Cleópatra?

CLEÓP. Amargo.

CÉSAR Depón todo temor y vencerás á César. Tata, ¿están llegando los romanos?

FTAT. Ya están ahí y los guardias huyeron.

MUJERES (Lamentándose.) ¡Guay de nosotras!

(El nubio entra corriendo por el pórtico.)

NUBIO Los romanos están en el patio. (Sale corriendo. Las mujeres siguen detrás de él con alaridos. El rostro de Ftatatita demuestra una resolución extrema; no se mueve del sitio. Cleópatra puede apenas abstenerse de huir con las demás mujeres. César la agarra de la muñeca y la mira fijamente. Ella se queda en su sitio como una mártir.)

CÉSAR La reina tiene que recibir á César sola. Contesta: Así sea.

CLEÓP. (Pálida.) Así sea.

CÉSAR (Soltándola.) Bien.

(Se oye el pisar y el tumulto de hombres armados. El terror de Cleópatra aumenta. La «bucina» suena muy cerca, acompañada de una formidable fanfarria de trompetas. Eso es demasiado para Cleópatra; lanza un grito y se precipita hacia la puerta. Ftatatita la detiene sin consideración alguna.)

FTAT. Alto, Cleópatra. Yo soy quien te crié. Escúchame. Dijiste, «así sea», y aunque te costara la vida, debes cumplir tu palabra de reina. (Empuja á Cleópatra hacia César, quien la vuelve al trono á pesar de su resistencia.)

CÉSAR Ahora si tiemblas... (Se sienta en el trono.)

(Ella está de pié en una grada, casi sin conocimiento, esperando la muerte. Los soldados romanos invaden tumultuosamente el pórtico detrás de su enseña, con el águila y su «bucinador», un muchacho cuya boca se parece á la de un lobo aullador, de faz trigueña, con su instrumento rodeado al cuerpo. Cuando llegan al crucero, miran atónitos hacia el trono. Forman delante de él en fila ordenada, desnudan sus espadas y las levantan en alto gritando: ¡Salud, César! Cleópatra se vuelve y mira atónita á César; comprende la situación y con un gran suspiro de alivio cae en sus brazos.)

ACTO SEGUNDO

Alejandría. Una sala en el primer piso del palacio terminando en una rotonda, á la que se sube por dos gradas. Entre las columnas de esa rotonda se divisa el Mediterráneo iluminado por el sol de la mañana. Las paredes tersas y altas, cubiertas con pinturas representando figuras de la mitología egipcia de perfil, y la falta de espejos, perspectivas falsas, tapices y colgaduras, prestan al conjunto un carácter de sencilla belleza, de frescura y placidez ó, como diría un rico fabricante inglés, de pobreza, de desnudez é incomodidad. Porque la civilización de la ronda de Tottenham Court es á esta de Egipto lo que la civilización de collares de perlas de vidrio y de tatuages es á la de la ronda de Tottenham Court.

El joven rey Ptolomeo Dionisio (tiene diez años) se halla arriba en la última grada de la rotonda, que acaba de atravesar guiado por su ayo Potino, quien le lleva de la mano. La corte está reunida para recibirle. Se compone de hombres y mujeres (algunas mujeres son funcionarias) de varios colores y razas, en su mayoría egipcios.

Algunos de ellos son relativamente guapos, del bajo Egipto; otros, mucho más morenos, son del alto Egipto; hay algunos griegos y judíos. En evidencia en un grupo á la derecha de Ptolomeo está Teodoto, el preceptor del rey. Al frente de otro grupo, á la izquierda de Ptolomeo, se halla Aquilas, el general de las tropas de Ptolomeo. Teodoto es un viejecito bajo, cuyo rostro está

tan avellanado y desmedrado como todo su cuerpo, con excepción de su vasta frente prominente que ocupa más espacio que todo el resto de la cara.

Observa un continente de agudeza y profundidad y escucha lo que dicen los demás, con la atención sarcástica de un filósofo que presencia los ejercicios de sus discípulos.

Aquilas es un hombre alto y bien parecido, de treinta y cinco años, con una hermosa barba negra que ondula como las lanas de un perro de aguas. Evidentemente no es muy listo, pero sí distinguido y digno. Potino es un hombrón vigoroso de unos cincuenta años. Es eunuco, apasionado, enérgico y de rápida concepción, pero de espíritu y carácter vulgar, impaciente é incapaz de refrenar su temperamento. Tiene escaso pelo, amarillento, parecido á una piel. Ptolomeo, el rey, parece de muchos más años que un muchacho inglés de su edad; pero tiene el aire aniñado, la costumbre de someterse á voluntad ajena, esa mezcla de impotencia y petulancia, esa apariencia de ser demasiado aseado, peinado y vestido por manos ajenas que se observa en los príncipes de todas las épocas criados en una corte.

Todos reciben al rey con demostraciones de reverencia. Baja las gradas hacia un sillón que está á su derecha, el único asiento en la sala. Se sienta en él y mira nerviosamente hacia Potino esperando sus instrucciones. Potino se coloca á su izquierda.

POT. El rey de Egipto va á hablar.

TEO. (En voz atiplada á la que, con su gran presunción, se esfuerza en imprimir importancia.) Silencio ante la palabra del rey.

PTO. (Sin ninguna inflexión vocal; se nota que está repitiendo una lección.) A todos hago saber que soy el primogénito de Aulete el tañedor de flauta que fué vuestro rey. Mi hermana Berenice le derrocó del trono y reinó en su lugar, pero... pero. (Vacila.)

POT. (Apuntando por lo bajo.) Pero los dioses no quisieron permitir...

PTO. Sí... no quisieron permitir... permitir... (se calla y luego añade lastimero.) Se me ha olvidado lo que no permitieron los dioses.

TEO. Que hable, por el rey, Potino, el ayo del rey.

POT. (Reprimiendo con dificultad su impaciencia.) El rey quería decir que los dioses no quisieron permitir que el crimen de su hermana quedara sin castigo.

PTO. (Bruscamente.) ¡Ah! sí, ahora me acuerdo. (Reanuda su discurso monótono.) Por eso los dioses mandaron á un extranjero, Marco Antonio, un caudillo romano, acá por las arenas del desierto, y éste volvió á sentar á mi padre en el trono. Y mi padre mandó prender á mi hermana Berenice y cortarle la cabeza. Y ahora que ya murió mi padre, otra de sus hijas, mi hermana Cleópatra, trata de quitarme el poder y reinar en mi lugar. Pero los dioses no quisieron permitir... los dioses... los dioses no quisieron permitir.

POT. (Apuntando) Los dioses no permitirán...

PTO. ¡Ah! sí... los dioses no permitirán semejante iniquidad y entregarán la cabeza de Cleópatra cual la de su hermana al hacha del verdugo. Pero con la ayuda de la bruja Ftatatita fascinó al romano Julio César para hacerle mantenedor de sus pretensiones al gobierno de Egipto Sabed, pues, que no permitiré... que no permitiré... (Irritado, á Potino.) Pero ¿qué es lo que no permitiré?

POT. (Estallando de repente con toda la fuerza campanuda de la pasión política.) El rey no permitirá que un extranjero le quite el trono de nuestro Egipto. (Gritos de aprobación.) Aquilas, dile al rey cuales son las fuerzas de que dispone el intruso romano.

TEO. Que hable el general del rey.

AQUILAS Solo dispone de dos legiones, rey augusto. Tres mil soldados y mil hombres á caballo escasos.

(La corte prorrumpe en risa burlona y se inicia una charla general cuando de pronto Rufio, un oficial romano, hace su aparición en la rotonda. Es un hombre rechoncho, de barba negra, de unos cuarenta años, muy bruto, brusco y tosco, con ojos pequeños y claros y una nariz y unas mejillas batsas pero, cual el resto de su carne, duras como el bronce.)

RUFIO (Desde lo alto de las gradas.) ¡Silencio aquí! (Las risas y charlas enmudecen al punto.) César se acerca.

TEO. (Con mucha oportunidad.) El rey da venia al adalid romano de entrar.

(César, con traje de diario, entra por la rotonda. Lleva una corona de encina para ocultar su calvicie. Le acompaña su secretario, Britano, un hombre de origen británico, como de cuarenta años, alto, tieso y de cabello ya algo ralo; lleva unos bigotes grandes, de color castaño claro; con las guías caídas cuyos extremos se confunden con unas bien cuidadas patillas. Viste pulcro traje azul y lleva al cinto una cartera, un tintero de cuerno y plumas de caña. Su aire serio y su convicción de la importancia de los asuntos en que interviene están en evidente contraste con el amable interés de César, quien mira la escena, nueva para él, con la franca curiosidad de un niño y luego se dirige hacia el asiento del rey. Britano y Rufio se colocan al otro lado, cerca de las gradas.)

CÉSAR (Mirando á Potino y á Ptolomeo.) ¿Quién es el rey, el hombre ó el niño?

POT. Soy Potino, el ayo de mi señor, el rey.

CÉSAR (Tocando amablemente el hombro de Ptolomeo.) De modo que tú eres el rey. Oficio aburrido á tus años ¿eh? (A Potino) Salud, Potino. (Se vuelve despreocupado y atraviesa despacio el centro de la sala, mirando á derecha é izquierda á los cortesanos hasta llegar delante de Aquilas.) ¿Y quién es este señor?

TEO. Es Aquilas, el general del rey.

CÉSAR (Muy amable, á Aquilas.) ¿Conque general? Yo también lo soy. Pero empecé demasiado viejo, sí, demasiado viejo. ¡Salud y muchas victorias, Aquilas!

AQUILAS Como quieran los dioses, César.

CÉSAR (Volviéndose hacia Teodoto) ¿Y quién eres tú?

TEO. Teodoto, el preceptor del rey.

CÉSAR Enseñas á las personas á ser reyes, Teodoto. Me parece muy bien. (Mirando á los dioses que están pintados en la pared se aleja de Teodoto y vuelve hacia Potino.) Y esta sala, ¿qué es?

POT. Es, César, la sala del consejo de los cancilleres de la tesorería dèl rey.

CÉSAR ¡Ah! esto me recuerda que necesito algún dinero.

POT. La tesorería del rey es pobre, César.

CÉSAR En efecto, observo que no hay más que una silla en ella.

RUFIO (Voceando destemplado.) Traigan una silla acá, alguien de vosotros, para César.

PTO. (Levantándose tímidamente para ofrecer su asiento.) César...

CÉSAR (Amable.) No, de ningún modo, hijo mío; esa es tu silla de ceremonia. Siéntate.

(Obliga á Ptolomeo á sentarse otra vez. Mientras tanto, Rufio, mirando á su alrededor, ve en la esquina más próxima la imagen del Dios Ra, representado como hombre sentado, con cabeza de gavilán. Delante de la imagen hay un trípode de bronce, casi de las dimensiones de una silla de tres piés, con una barra de incienso ardiendo en él. Rufio, con su sentido práctico de romano y su desconsideración á las supersticiones ajenas, coge con prontitud el trípode, sacude de él el incienso, quita soplando las cenizas y lo coloca detrás de César, aproximadamente en el centro de la sala.)

RUFIO Siéntate en esto, César.

(La corte se estremece y se oye en medio del cuchicheo la palabra «sacrilegio.»)

CÉSAR (Sentándose.) Ahora, Potino, á los negocios. Ando atrozmente apurado de fondos.

BRIT. (Desaprobando esa expresión poco diplomática.) Mi ilustre jefe quiere manifestar que existe una deuda legal de Egipto á favor de Roma, contraida por el augusto padre difunto del rey para con el triunvirato y que César cumple con su deber para con su país reclamando el pago inmediato.

CÉSAR (Cortés.) ¡Ah! dispensad. Se me olvidó presentaros á mi acompañante. Potino, este es Britano, mi secretary. Es un isleño del extremo occidental del mundo situado á una jornada más allá de la Galia. (Britano se inclina ceremoniosamente.) Este otro es Rufio, mi compañero de armas. (Rufio menea imperceptiblemente la cabeza.) Potino, yo necesito 1.600 talentos. (Los cortesanos, aterrados, emiten un fuerte murmu-

llo. Teodoto y Aquilas protestan mutuamente de tan monstruosa pretensión.)

POT. (Espantado.) ¡Cuarenta millones de sestercios! Imposible. No hay tanto dinero en el tesoro del rey.

CÉSAR (Animándole.) Solo mil seiscientos talentos, Potino. ¿Para qué contar por sestercios? Un sestercio solo vale un pan.

POT. Y un talento vale un caballo de carrera. Te digo que es imposible. Estamos aquí reunidos en consejo, porque la hermana del rey, Cleópatra, ilegalmente pretende el trono. Los impuestos del rey no han sido percibidos durante todo el año último.

CÉSAR Sí lo han sido, Potino. Mis oficiales los han percibido toda la mañana. (Nuevos cuchicheos y sensación, no sin alguna risa reprimida entre los cortesanos.)

RUFIO (Brutal.) Hay que pagar, Potino. ¿A qué gastar palabras? Bastante poco os piden.

POT. (Con amargura.) ¿Es posible que César, el conquistador del mundo, tiene tiempo de ocuparse en cosas tan nimias como son nuestros impuestos?

CÉSAR Amigo mío, los impuestos son el asunto primordial de todo conquistador.

POT. Entonces, César, hágase tu voluntad. Hoy mismo, los tesoros de los templos y el oro del rey se transportarán á la casa de la moneda para ser amonedados por nuestro rescate á la vista del pueblo. Este nos verá sentarnos bajo muros desnudos y beber en tazas de madera. Piénsalo, bien. Su odio será sobre tu cabeza, César, si nos obligas á semejante sacrilegio.

CÉSAR No tengas cuidado, Potino; demasiado conoce el pueblo qué bien sabe el vino en tazas de madera. En premio de tu generosidad, yo arreglaré por tí ese conflicto dinástico. ¿Quieres?

POT. Si digo que no, ¿será óbice?

RUFIO (Grosero.) ¡Qué ha de ser?

CÉSAR Dijiste, Potino, que el asunto ha estado pendiente durante un año. ¿Me quieres conceder diez minutos?

POT. Harás tu voluntad, sin duda.

CÉSAR Bueno, pero antes hagamos que venga Cleópatra.

TEO. No se halla en Alejandría; huyó á Siria.

CÉSAR No lo creo. (A Rufio.) Llama á Totatita.

RUFIO (Llamando.) ¡Eh, ven, Titatota!

(Ftatatita entra por la rotonda quedándose de pie en el escalón superior, con aire arrogante.)

FTAT. ¿Quién pronunció el nombre de Ftatatita, el aya mayor de la reina?

CÉSAR Nadie puede pronunciar tal nombre, Tota, excepto tú misma. ¿Dónde está tu señora?

(Cleópatra que se ocultaba detrás de Ftatatita sale riendo hacia ellos. César se levanta.)

CÉSAR ¿Quiere dignarse la reina favorecernos un momento con su presencia?

CLEÓP. (Empujando á un lado á Ftatatita y quedándose de pié, altanera, en lo alto de las gradas.) ¿Tengo que portarme como reina?

CÉSAR Sí.

(Cleópatra al punto baja hacia el sillón, agarra á Ptolomeo, le quita del asiento y se sienta ella. Ftatatita se sienta en una grada del templete y presencia la escena con aire sibilino.)

PTO. (Mortificado y reprimiendo con trabajo sus lágrimas.) César, así me trata siempre. Si soy rey, ¿por qué le permiten quitármelo todo?

CLEÓP. Tú no tienes que ser rey, criatura llorona. A tí te han de comer los romanos.

CÉSAR (Emocionado por el apuro de Ptolomeo.) Ven aquí, pobrecito, y estate conmigo.

(Ptolomeo se acerca á César, quien volviendo á sentarse en el trípode, coge la mano del niño para animarle. Cleópatra, furiosamente envidiosa, se levanta y los mira indignada.)

CLEÓP. (Con la cara muy encendida.) Toma tu trono, no lo quiero. (Se levanta precipitadamente del sillón y cruza hacia Ptolomeo que se asusta de ella.) Anda en seguida á ocupar tu sitio.

CÉSAR Anda, Ptolomeo. Siempre que te ofrezcan un trono, acéptalo.

RUFIO Espero, César, que te aplicarás el cuento cuando volvamos á Roma.

(Ptolomeo vuelve despacio al trono, dando un rodeo

grande para no ponerse al alcance de la mano de Cleópatra. Ella se coloca al lado de César.)

CÉSAR Potino.

CLEÓP. (Interrumpiéndole.) ¿No ibas á decirme algo?

CÉSAR Silencio. No vuelvas á abrir la boca hasta que te lo permita. Si no, serás comida.

CLEÓP. No tengo miedo. Una reina no debe tener miedo. Cómete á mi marido, si quieres; ese sí que tiene miedo.

CÉSAR (Con extrañeza.) ¿Tu marido? ¿Quién dices?

CLEÓP. (Señalando á Ptolomeo.) Aquel chiquillo. (Los dos romanos y el británico se miran atónitos.)

TEO. César, eres un extranjero y no conoces nuestras leyes. Los reyes y las reinas de Egipto no se casan sino con personas de su propia real sangre. Ptolomeo y Cleópatra nacieron reyes y consortes lo mismo que nacieron hermanos.

BRIT. (Escandalizado.) Eso es impropio.

TEO. (Ofendido.) ¿Cómo?

CÉSAR (Recobrando la calma.) Dispénsale, Teodoto; es un bárbaro y se imagina que las costumbres de su tribu y su isla son leyes de la Naturaleza.

BRIT. Al contrario, César, estos egipcios son los que son unos bárbaros y haces mal en darles la razón. Yo digo que es un escándalo.

CÉSAR Escándalo ó no, amigo mío, ello abre la puerta á la paz. (Se dirige serio á Potino.) Potino, oye lo que propongo.

RUFIO Escucha á César.

CÉSAR Ptolomeo y Cleópatra reinarán juntos en Egipto.

AQUILAS ¿Qué se hará del hermano menor del rey y de la hermana menor de la reina?

RUFIO (Explicando.) Hay otro pequeño Ptolomeo, César, por lo que oigo.

CÉSAR Pues bien; el pequeño Ptolomeo puede casarse con la otra hermana, y les regalaremos á los dos la isla de Chipre.

POT. (Impaciente.) Chipre no vale nada para nadie.

CÉSAR No importa, lo haremos en pro de la paz.

BRIT. (Sin saberlo se anticipa á un hombre de estado ulterior.) Una paz con honra, Potino.

POT. (Rebelándose.) César, cumple como debes. El dinero que pides es el precio de nuestra libertad. Tómalo y déjanos á nosotros arreglar nuestros asuntos.

CORT. (Envalentonados por el tono de Potino y la calma de César.) Sí, sí, Egipto para los egipcios.

(La conferencia se convierte en altercado, acalorándose los egipcios cada vez más. César permanece calmoso, pero Rufio se hace más malhumorado y violento y Britano altaneramente indignado.)

RUFIO (Despreciativo.) ¡Conque Egipto para los egipcios! ¿Olvidais acaso que hay aquí un ejército de ocupación romano, dejado por Aulo Gabinio, cuando os dió vuestro rey de títeres?

AQUILAS (Dándose de repente importancia.) Y ahora está debajo de mi mando. Yo soy el general romano aquí, César.

CÉSAR (A quien divierte el humor de la situación.) Y también el general egipcio, ¿verdad?

POT. (Con aire de triunfo.) Así es, César.

CÉSAR (A Aquilas.) Y puedes hacer la guerra contra los egipcios en nombre de Roma, y contra los romanos, contra mí, si es necesario, en nombre de Egipto.

AQUILAS Así es, César.

CÉSAR ¿Y de qué lado estás actualmente, mi general, si se puede saber?

AQUILAS Del lado del derecho y los dioses.

CÉSAR ¡Hum! ¿Cuántos hombres tienes?

AQUILAS Eso se verá cuando entre en campaña.

RUFIO (Truculento.) ¿Son romanos tus hombres ¿. nò, es igual cuantos son, siempre que no sean más de 500 contra diez.

POT. Es inútil tratar de asustarnos, Rufio. César ya ha sido batido en alguna ocasión y puede volverlo á ser. Hace pocas semanas César estuvo huyendo de Pompeyo para poner en salvo su vida. Dentro de pocos meses tal vez esté huyendo de Catón y Juba de Numidia, el rey africano.

AQUILAS (Siguiendo con aire amenazador lo dicho por Potino.) ¿Qué puedes hacer con 4.000 hombres?

TEO. (Siguiendo con gritos roncos y agudos lo dicho por Aquilas.) Y sin dinero. ¡Fuera, César!

ODOS (Gritando fieramente y agolpándose alrededor de César.) Fuera, fuera. Egipto para los egipcios. Márchate.

(Rufio se muerde las barbas, demasiado enojado para hablar. César se sienta tan cómodamente como si estuviese comiendo, y el gato estuviese mayando para pedir un trozo de pescado ahumado.)

CLEÓP. ¿Cómo los dejas hablarte de ese modo, César? ¿Tienes miedo?

CÉSAR Es que, querida, lo que dicen es la pura verdad.

CLEÓP. Pero si tú te vas, yo no seré reina.

CÉSAR No me iré hasta que seas reina.

POT. Aquilas, si no eres un tonto, prenderás á esa muchacha mientras está al alcance de tu mano.

RUFIO (Desafiándolos.) ¿Por qué no prendes también á César, Aquilas.

POT. (Devolviéndole el desafío con creces.) Bien dicho, Rufio. ¿Por qué no?

RUFIO Vas á ver quién soy yo. (Llamando.) ¡Guardias, aquí!

(La rotonda se llena inmediatamente con los soldados de César que forman en el escalafón superior, con las espadas desnudas, esperando para cargar el mando de su centurión, el que lleva una maza. Por un momento los egipcios les hacen frente con valor, pero luego se retiran mustios á sus puestos de antes.)

BRIT. Sois todos presos de César.

CÉSAR (Benévolo.) ¡Oh, no, no! Nada de eso. Sois los huéspedes de César, señores.

CLEÓP. ¿No les vas á cortar la cabeza?

CÉSAR ¡Qué! ¿Cortar la cabeza á tu hermano?

CLEÓP. ¿Por qué no? Me la cortaría á mí si estuviese en su mano. ¿Verdad que lo harías, Ptolomeo?

PTO. (Pálido y obstinado.) Ya lo creo. Y lo haré cuando sea mayor.

(Cleópatra lucha trabajosamente entre su recién adquirida dignidad de reina y el afán de sacarle la lengua. No toma parte en la escena que sigue, pero la observa con curiosidad y extrañeza. Se mueve con infantil intranquilidad y se sienta en el trípode de César en cuanto éste se levanta.)

POT. César, si intentas prendernos...

RUFIO Lo logrará, egipcio; acostúmbrate á la idea. Tenemos ocupados el palacio, la playa y el Este del puerto. El camino de Roma está libre y lo andareis si es la voluntad de César.

CÉSAR (Cortés.) No pude hacer menos, Potino, para asegurar la retirada de mis soldados. Soy responsable de la vida de cada uno de ellos. Pero eres libre de irte. Todos lo sois.

RUFIO (Atónito por esa clemencia.) ¡Qué! Todos esos renegados...

CÉSAR (Suavizando la expresión.) Pertenecen al ejército de ocupación romano, Rufio.

POT. (Desesperado.) Entonces hago un último llamamiento á la justicia de César. Llamaré un testigo para probar que si no fuese por nosotros, el ejército de ocupación romano, capitaneado por el primer guerrero del mundo, ahora tendría á César á su merced. (Llamando por el templete.) Hola, llégate aquí, Lucio Septimio. (César profundamente emocionado, le mira fijamente.) Si mi voz te puede alcanzar, sal y atestigua ante César.

CÉSAR (Estremeciéndose.) No, no.

TEO. Sí, digo yo. Déjale al tribuno militar servir de testigo.

(Lucio Septimio, un atleta bien formado, limpiamente afeitado, como de unos cuarenta años, con facciones regulares, boca enérgica y hermosa, delgada nariz romana, en el traje de oficial romano, entra por el templete y se pone en frente de César, quien oculta por un momento su cara con su vestidura; luego, sobreponiéndose, la deja caer y mira con dignidad cara á cara al tribuno.)

POT. Declara, Lucio Septimio. César ha venido á Egipto en persecución de su enemigo. ¿Hemos acogido nosotros á su enemigo?

LUCIO En cuanto los pies de Pompeyo hollaron la playa egipcia, su cabeza cayó bajo el golpe de mi espada.

TEO (Con viperina complacencia.) A la vista de su mujer y de su hijo. Acuérdate, César. Lo vieron desde el barco que acababa de dejar. Te he-

mos proporcionado una venganza dulce y completa.

CÉSAR (Con horror.) ¡Una venganza!

POT. Nuestro primer regalo para tí, al entrar en la rada tu galera, fué la cabeza de tu rival en el imperio del mundo. Atestígualo, Lucio Septimio: ¿no es así?

LUCIO Así es. Con esta mano que mató á Pompeyo puse su cabeza á los pies de César.

CÉSAR ¡Asesino! Así hubieses degollado á César si Pompeyo hubiera salido vencedor en Farsalia.

LUCIO ¡Ay del vencido, César! Cuando servía á Pompeyo, maté á muchos tan buenos como él, sólo porque los venció. Luego le tocó á él.

TEO. (Adulador.) No fué hecho tuyo, César, sino nuestro, mejor dicho, mío, porque fué debido á mi consejo. Gracias á nosotros, conservas tu fama de clemente y tienes encima tu venganza.

CÉSAR ¡Venganza! ¡Venganza! ¡Oh! si yo pudiese rebajarme á la venganza, ¿qué no exigiría de tí como precio de la sangre de aquel hombre asesinado? (Retroceden pálidos y desconcertados.) ¿No fué él mi hijo político, mi antiguo amigo, durante veinte años, el dueño de la gran Roma, durante treinta, el favorito de la victoria? ¿No compartí yo, como romano, su gloria? Qué culpa tuvimos, si el hado nos obligó á luchar por el dominio del mundo. ¿Soy yo Julio César, ó soy un lobo que me arrojasteis la cabeza cana del viejo guerrero, del laureado vencedor, del poderoso romano, traidoramente asesinado por ese vil rufián, y luego me pedís agradecimiento por ello? (A Lucio Septimio.) Fuera de aquí, tu vista me inspira horror

LUCIO (Con frialtad y sin inmutarse.) ¡Bah! Ya has visto antes muchas cabezas cercenadas, César, y también manos derechas cortadas, me parece; algunos miles de ellas, en Galia, después de que venciste á Vercingetorix. ¿Le perdonaste acaso, con toda tu clemencia? ¿No fué venganza aquello?

CÉSAR — No, por los dioses. ¡Ojalá hubiese sido! La venganza al menos, es un sentimiento humano. No, os digo; esas manos derechas cortadas y el valeroso Vercingetorix vilmente ahorcado en un calabozo debajo del Capitolio, fueron (Sarcástico.) una sabia severidad, una necesaria protección del bien común, un deber de hombre de Estado... locuras y ficciones diez veces más sangrientas que una sincera venganza. ¡Qué insensato fuí entonces! ¡Y pensar que las vidas de las personas están á la merced de tales insensatos! (Humilde.) Lucio Septimio, perdóname; ¿cómo va el matador de Veringetorix á rechazar al matador de Pompeyo? Eres libre de ir con los demás. O quédate, si quieres; encontraré un puesto para tí en mi servidumbre.

LUCIO — Las probabilidades son contra tí, César. Me voy. (Se vuelve para salir por la rotonda.)

RUFIO — (Lleno de rabia al ver su presa escapar.) Quiere decir que es republicano.

LUCIO — (Volviéndose como para desafiarle.) ¿Y tú, ¿qué eres?

RUFIO — Cesarista, como todos los soldados de César.

CÉSAR — (Cortés.) Lucio, créeme, César no es cesarista. Si Roma fuese una verdadera república, César sería el primero de los republicanos. Pero tú ya elegiste, adiós.

LUCIO — Adiós. Ven, Aquilas, mientras se puede todavía.

(César, al notar que Rufio está á punto de dejarse arrastrar por su ira, le pone la mano en el hombro y le lleva hacia el centro de la sala. Britano los acompaña colocándose á la derecha de César. Este movimiento lleva á los tres delante de un pequeño grupo en el que está Aquilas, el que se aleja altanero y se reune por el otro lado con Teodoto. Lucio Septimio sale por entre los soldados á la rotonda. Potino, Teodoto y Aquilas le siguen con los cortesanos, mirando con gran desconfianza á los soldados que luego salen detrás de ellos sin ceremonia El rey se queda en su sillón, lastimero, obstinado, con los dedos temblorosos y convulsivos. Durante esos movimientos, Rufio sigue refunfuñando fuertemente y dice:)

RUFIO (Después de salir Lucio.) ¿Crees que él nos dejaría irnos si nuestras vidas estuviesen en su mano?

CÉSAR No tengo el derecho de suponer que sus pensamientos sean más bajos que los míos.

RUFIO ¡Bah!

CÉSAR Rufio, si tomo por modelo á Lucio Septimio y me hago exactamente parecido á él, dejando de ser César, ¿me seguirás sirviendo?

BRIT. César, no es lógico lo que haces. Tus deberes para con Roma, exigen que á los enemigos se les imposibilite de cometer más desaguisados. (César, quien goza con la moral práctica de su secretario británico, se sonríe indulgente.)

RUFIO Es inútil quererle convencer, Britano. Guárdate el aliento para enfriar tu caldo. Pero entiéndelo bien, César. La clemencia te está muy bien, pero ¿qué sacan de ella tus soldados que tienen que pelear mañana con aquellos á quienes ayer perdonaste? Tú dirás lo que quieras, pero te aseguro que, gracias á tu clemencia, tu próxima victoria será una carnicería. Yo, por mi parte, no haré prisioneros. Mataré á mis enemigos en el campo de batalla, y tú podrás predicar clemencia cuanto quieras. No quiero tener que pelear otra vez con ellos. Y ahora, con tu permiso, voy á ver si se marcha esa gente. (Se vuelve para salir.)

CÉSAR (Volviéndose también, ve á Ptolomeo.) ¿Cómo? ¿Han dejado sólo al niño? ¡Qué vergüenza!

RUFIO (Coge á Ptolomeo de la mano y le hace levantar.) Vente conmigo, pequeña majestad.

PTO. (A César, retirando su mano de la de Rufio.) ¿Me quiere este arrojar de mi palacio?

RUFIO (Furioso.) Quédate si quieres.

CÉSAR (Amable.) Anda, vete, hijo mío. No quiero hacerte daño, pero estarás más seguro allá, entre tus amigos. Aquí estás en la boca del león.

PTO. (Volviéndose para marcharse.) No es el león al que temo, pero (Mirando á Rufio.) sí al chacal. (Sale por el templete.)

CÉSAR (Riendo con signos de aprobación.) ¡Bravo, muchacho!

CLEÓP (Envidiosa por la aprobación de César, grita en la dirección de Ptolomeo.) Anda, tonto. Creerás que has dicho algo ingenioso.

CÉSAR Britano, cuídate del rey. Entrégalo á aquel Potino. (Britano sale detrás de Ptolomeo.)

RUFIO (Señalando á Cleópatra.) ¿Y esa buena pieza? ¿Qué hay que hacer con ella? Pero creo que de ella ya te cuidarás. (Sale por el templete.)

CLEÓP. (Ruborizándose de repente y dirigiéndose á César.) ¿Quieres que me vaya con los demás?

CÉSAR (Un poco preocupado se va con un suspiro á la silla de Ptolomeo, mientras ella espera la contestación, con las mejillas encendidas y los puños cerrados.) Eres libre de hacer lo que se te antoje, Cleópatra.

CLEÓP. Entonces te es igual que me vaya como que me esté.

CÉSAR (Sonriendo.) Prefiero, naturalmente, que te quedes.

CLEÓP. ¿Mucho, mucho lo prefieres?

CÉSAR. (Meneando la cabeza afirmativamente.) Sí, mucho, mucho.

CLEÓP. Entonces consiento en quedarme, puesto que se me ruega. Pero no lo deseo, no te imagines.

CÉSAR Perfectamente (Llamando.) Totatita.

(Ftatatita, todavía sentada, le mira con ojos sombríos, pero no se mueve.)

CLEÓP. (Con una carcajada.) No se llama Totatita, se llama Ftatatita (Llamando.) ¡Ftatatita!

(Ftatatita al punto se levanta y se acerca á Cleópatra.)

CÉSAR (Luchando con la pronunciación.) Ftatatita perdonará á la torpe lengua de un romano. Tota, la reina establecerá su corte aquí en Alejandría. Toma esclavas para que la sirvan y haz todo lo que sea menester.

FTAT. ¿Entonces soy el ama de la casa de la reina?

CLEÓP. (Brusca.) No, el ama de la casa de la reina soy yo. Vete y cumple con mis órdenes, ó si no te mando arrojar al Nilo esta misma tarde para envenenar á los pobres cocodrilos.

CÉSAR (Desagradablemente impresionado.) ¡Oh, no, no!

CLEÓP. ¡Oh, sí, sí! Eres muy sentimental, César, pero eres listo, y si haces lo que te digo, pronto aprenderás á gobernar.

(César, completamente estupefacto por esa impertinencia, se vuelve en su silla y la mira fijamente. Ftatatita, sonriendo burlonamente enseña una magnífica hilera de dientes, sale y los deja solos.)

CÉSAR Cleópatra, creo realmente que tengo que comerte, después de todo.

CLEÓP. (Se arrodilla á su lado y le mira con un interés vivo, medio real, medio fingido para que vea lo lista que es.) No debes ya hablarme como si fuese una niña.

CÉSAR La verdad es que has crecido desde que la esfinge nos presentó uno á otro la otra noche; y ya te figuras que sabes más que yo.

CLEÓP. (Trata, algo encogida, de justificarse.) No, eso sería locura en mí, lo sé muy bien. Pero... (Súbitamente.) ¿estás enfadado conmigo?

CÉSAR No.

CLEÓP. (No creyéndole del todo.) Entonces, ¿por qué estás tan pensativo?

CÉSAR (Levantándose.) Tengo que trabajar, Cleópatra.

CLEÓP. (Retrocediendo.) ¿Que tienes que trabajar? (Ofendida.) Vamos, estás cansado de hablar conmigo y dices eso para librarte de mi compañía.

CÉSAR (Volviéndose á sentar para tranquilizarla.) Bien, bien, te voy á dedicar unos minutos más. Pero luego... á trabajar.

CLEÓP. ¡Trabajar! ¡Qué insensatez! Tienes que tener presente que ahora eres un rey. Te he hecho yo rey Un rey no debe trabajar.

CÉSAR ¡Oh! ¿quién te ha dicho eso, gatita mía?

CLEÓP. Mi padre fué rey de Egipto y jamás trabajó. Pero fué un gran rey. El cortó la cabeza á mi hermana porque se insurreccionó contra él y le quitó el trono.

CÉSAR Bien, y ¿cómo recobró el trono?

CLEÓP. (Con los ojos centelleantes.) Te lo voy á decir. Un hermoso joven, de brazos redondos y fuertes, vino por el desierto al frente de muchos hombres á caballo y mató al marido de mi hermana y le devolvió á mi padre su trono. (Reflexiva.) Yo entonces sólo tenía doce años. ¡Oh, quisiera que volviese ahora que soy reina. Me casaría con él.

CÉSAR Tal vez se pueda arreglar, porque fuí yo quien mandó acá á aquel hermoso joven á ayudar á tu padre.

CLEÓP. (Embelesada.) ¿Le conoces?

CÉSAR (Meneando la cabeza.) Sí.

CLEÓP. ¿Ha venido contigo? (César menea negativamente la cabeza; ella se queda cruelmente desilusionada.) ¡Oh, quisiera que hubiese venido! Ojalá tuviese yo unos pocos años más, para que no me tomara por una criatura, como haces tú. Pero eso quizás sea porque eres viejo. El tiene muchos años menos que tú, ¿verdad?

CÉSAR (Como tragando una píldora.) Es algo más joven.

CLEÓP. ¿Crees que se casaría conmigo si yo se lo pidiese?

CÉSAR Es muy posible.

CLEÓP. Pero no me gustaría pedírselo. ¿No podrías persuadirle que pidiese mi mano, sin que note que lo deseo?

CÉSAR (Conmovido por su ignorancia del carácter del hermoso joven.) ¡Pobre niña!

CLEÓP. ¿Por qué lo dices como si yo te diese lástima? ¿Es que él quiere á otra?

CÉSAR Me lo temo.

CLEÓP. (Llorando.) Entonces no seré su primer amor.

CÉSAR Ni mucho menos. Tiene mucho partido con las mujeres.

CLEÓP. Quisiera ser su primer amor. Pero si me quiere, haré que mate á todas las demás. Dime, ¿es todavía hermoso? ¿Relucen sus brazos fuertes y redondos al sol cual mármol?

CÉSAR Está de muy buen ver, considerando lo mucho que bebe y come.

CLEÓP. ¡Oh, no digas de él cosas ordinarias, terrestres, porque yo le amo! El es un dios.

CÉSAR Es un gran oficial de caballería y de pies más ágiles que ningún otro romano.

CLEÓP. ¿Cuál es su nombre verdadero?

CÉSAR (Confuso.) ¿Su nombre verdadero?

CLEÓP. Sí. Yo siempre le llamé Horus, porque Horus es el más hermoso de nuestros dioses. Pero quisiera saber cómo se llama en realidad.

CÉSAR Se llama Marco Antonio.

CLEÓP. (Con deleite.) Marco Antonio, Marco Antonio, Marco Antonio. ¡Qué nombre más bonito! (Rodea con su brazo el cuello de César.) ¡Oh, cuánto te quiero por haberle mandado ayudar á mi padre! ¿Querías mucho á mi padre?

CÉSAR Yo nada, hija mía. Pero tu padre, como acabas de decir, no trabajó nunca. Yo siempre trabajo. Así, pues, cuando perdió su corona, como no quiso trabajar por recuperarla, tuvo que prometerme 16.000 talentos por recuperarla yo por él.

CLEÓP. ¿Y te pagó?

CÉSAR No por completo.

CLEÓP. Bien hecho; aquel precio fué excesivo. El mundo entero no vale 16.000 talentos.

CÉSAR En eso tal vez tengas razón, Cleópatra. Los egipcios que trabajan pagaron todo lo que pudieron. El resto quedáronlo en deber. Pero como problamente no lo sacaré, no tengo más remedio que volver á trabajar. Así, pues, tienes que salir un momento y mandarme acá á mi secretario.

CLEÓP. (Mimosa.) No, yo quiero estar aquí y oirte hablar de Marco Antonio.

CÉSAR Pero si me quedo inactivo, Potino y los otros nos cortarán la retirada al punto, y entonces el camino de Roma estará bloqueado.

CLEÓP. No importa; no deseo que vuelvas á Roma.

CÉSAR Pero deseas que Marco Antonio venga de allí.

CLEÓP. (Dando un salto.) ¡Oh, sí, sí: se me olvidaba! Anda á prisa á trabajar, César, y conserva abierto el camino del mar para mi Marco Antonio. (Sale corriendo por la rotonda mandando con la mano un beso hacia el mar á Marco Antonio.)

CÉSAR (Yendo rápidamente por el centro de la sala hacia la rotonda.) ¡Eh, Britano! (Se queda sorprendido ante la brusca entrada de un soldado romano herido, con el que tropieza en las gradas.) ¿Qué sucede?

SOLD. (Señalando su cabeza vendada.) ¿Ves esto, César? Y dos de mis compañeros yacen muertos en la plaza del mercado.

CÉSAR (Con calma, pero con atención.) ¿Pues?...

SOLD. Ha llegado un ejército á Alejandría que se llama á sí mismo el ejército romano.

CÉSAR Sí, el ejército romano de ocupación.

SOLD Mandado por uno que se llama Aquilas.

CÉSAR Bien, ¿y qué?

SOLD Los habitantes de la ciudad se levantaron contra nosotros en cuanto el ejército entró por las puertas. Yo me encontré con otros dos soldados en la plaza del Mercado, cuando llegó la noticia. Se nos echaron encima. Gracias á mi espada pude escapar, y aquí me tienes.

CÉSAR Bien; me alegro de verte con vida. (Rufio entra por la rotonda, precipitadamente, pasando por detrás del soldado para mirar, por uno de los arcos, abajo hacia el muelle.) Rufio, estamos cercados.

RUFIO ¿Qué? ¿Ya?

CÉSAR Ahora ó mañana, ¿qué más da? Nos sitiarán en todo caso.

(Britano entra corriendo.)

BRIT. César...

CÉSAR (Interrumpiéndole.) Bueno, ya sé. (Rufio y Britano bajan á la sala desde la rotonda, por dos lados opuestos, pasando delante de César quien se queda un momento cerca de las gradas para decir al soldado:) Amigo, vete y diles que ocupen los muelles y quédate cerca de las lanchas. Procura cuidar tu herida. Anda. (El soldado se precipita afuera. César baja por la sala entre Rufio y Britano.) Rufio, tenemos algunos barcos en el puerto del Oeste. Quémalos.

RUFIO (Atónito.) ¡Qué los queme!

CÉSAR Toma todas las lanchas de que podamos disponer en el puerto del Este y apodérate del faro—aquella isla con la torre. Deja la mitad de nuestros hombres en tierra para ocupar los muelles y la playa en los alrededores de la plaza: es la salida para volver á casa.

RUFIO (Desaprobándolo enérgicamente.) ¿Pero hemos de abandonar á la ciudad?

CÉSAR No la ocupamos, Rufio. Sólo tenemos este palacio, y ¿cómo se llama el edificio más próximo?

RUFIO Es el teatro.

CÉSAR Hay que tomarlo también; domina la playa. Por lo demás, ¡Egipto para los egipcios!

RUFIO Tú debes saber lo que hay que hacer. ¿No tienes que mandar otra cosa?

CÉSAR Nada. ¿Están ya quemados los barcos?

RUFIO Descuida, que en seguida lo estarán. (Sale corrieudo.)

BRIT. César: Potino desea hablarte. En mi concepto sería bueno darle una lección. Su modo de ser es muy insolente.

CÉSAR ¿Dónde está?

BRIT. Está esperando ahí fuera.

CÉSAR Que pase. Entra, Potino. (Potino aparece en la rotonda y baja por la sala muy altanero, colocándose á izquierda de César.) ¿Qué hay, Potino?

POT. Hay que te traigo nuestro ultimatum, César.

CÉSAR ¡Vuestro ultimatum! Mira, la puerta la tenías abierta, por ella podías pasar antes de declararme la guerra. Ahora ya no, ahora eres mi prisionero. (Va hacia el sillón y se afloja la toga.)

POT. (Burlón.) ¡Yo tu prisionero! ¿No sabes que estas en Alejandría y que el rey Ptolomeo con un ejército cien veces mayor que tu puñado de hombres tiene la población en su poder?

CÉSAR (Con tranquilidad se quita la toga y la tira en el sillón.) Bien, amigo mío, pues sal, si quieres, y diles á tus amigos que no maten ningún romano más en la plaza del mercado. De lo contrario, mis soldados, que no comparten mi celebrada clemencia, probablemente te matarán á tí. Britano, pasa la orden á los guardias y tráeme mis armas (Britano sale precipitadamente. Rufio vuelve.) ¿Qué hay?

RUFIO (Señalando desde la rotonda una nube de humo que flota por encima del puerto.) Mira ahí. (Potino se precipita en la rotonda para mirar fuera.)

CÉSAR ¡Cómo! ¿Ya arden? ¡Imposible!

RUFIO Ya, cinco buenos barcos y un lanchón lleno de aceite amarrado á cada uno. Pero no creas que es obra mía, los egipcios me han

ahorrado el trabajo. Tomaron el puerto del Oeste.

CÉSAR (Ansioso.) ¿Y el Este, el Faro, Rufio?

RUFIO (Con una explosión súbita de brusquedad, avanzando hacia César y voceando.) ¿Puedo yo embarcar una legión en cinco minutos? La primera cohorte está todavía en tierra. No podemos hacer más. Si quieres que se haga más á prisa vete y hazlo tú.

CÉSAR (Tranquilizándole.) Bueno, bueno. Paciencia, Rufio, paciencia.

RUFIO ¡Paciencia! ¿Quién está impaciente, tú ó yo? ¿Estaría yo aquí si no fuese para echar una mirada por este balcón?

CÉSAR Perdóname, Rufio, y (Ansioso.) mételes toda la prisa que...

(Es interrumpido por una exclamación como de un anciano en la mayor de las desgracias. Se acerca rápidamente y entra precipitadamente Teodoto mesándose el cabello y lanzando con voz atiplada las más lastimeras exclamaciones. Rufio retrocede para mirarle con extrañeza. Potino vuelve para oirle.)

TEO. (En las gradas, con los brazos alzados.) ¡Horror inenarrable! ¡Ay, ay, socorro!

RUFIO ¿Qué sucede?

CÉSAR (Arrugando la frente.) ¿A quién han matado?

TEO. ¡Matado! ¡Oh, peor que la muerte de diez mil hombres! ¡Pérdida irreparable para la humanidad!

RUFIO Pero, hombre, explícate.

TEO. (Bajando á la sala deprisa y colocándose entre ellos.) El fuego se ha extendido desde vuestros buques. ¡La primera de las siete maravillas del mundo, perece! ¡La biblioteca de Alejandría está en llamas!

RUFIO ¡Vamos! (Completamente tranquilizado sube a la rotonda y vigila las operaciones de las tropas en la playa.)

CÉSAR ¿Eso es todo?

TEO. (No pudiendo creer á sus oidos.) ¡Todo! César, ¿quieres pasar á la posteridad como un bárbaro soldado demasiado ignorante para conocer el valor de los libros?

CÉSAR Teodoto, yo mismo soy escritor, y te digo

que más les vale á los egipcios vivir sus vidas que no malgastarlas en vanos ensueños por medio de los libros.

TEO. (Arrodillándose, con sincera emoción literaria, con una pasión de pedante.) César, una vez en diez generaciones de hombres el mundo se enriquece con un libro inmortal.

CÉSAR (Inflexible.) Y si ese libro inmortal no adulara á la humanidad, el verdugo lo quemaría.

TEO. Sin la historia la muerte te colocará al lado de tu último soldado.

CÉSAR La muerte hará eso en todo caso. No deseo mejor tumba.

TEO. Lo que está ardiendo es la memoria de la humanidad.

CÉSAR Una memoria vergonzosa. Deja que se queme.

TEO. (Exasperado.) ¿Quiéres destruir el pasado?

CÉSAR Sí, y con sus ruinás edificar el porvenir. (Teodoto, desesperado, se golpea las sienes con los puños.) Pero escucha, Teodoto, preceptor de reyes, tú, que valuaste la cabeza de Pompeyo en lo que un pastor valúa una cebolla, y ahora te arrodillas ante mí, con lágrimas en tus ancianos ojos para abogar en pro de unas cuantas pieles de carnero cubiertas de errores, has de saber que en este momento no puedo prescindir de un solo hombre ni de un cubo de agua. Tienes el foso libre para salir del palacio. Ahora, vete á ver á Aquilas y dile que te preste sus legiones para apagar el fuego. (Le empuja hacia la salida.)

POT. (Con tono significativo.) Comprenderás, Teodoto: yo quedo aquí prisionero.

TEO. ¡Prisionero!

CÉSAR Te paras en charlar mientras la memoria de la humanidad está ardiendo. (Llamando hacia el templete.) Dejad pasar á Teodoto. (A Teodoto.) Dáte prisa en salir.

TEO. (A Potino.) Tengo que ir á salvar la biblioteca. (Sale corriendo.)

CÉSAR Síguele hasta la puerta, Potino. Dile que recomiende á vuestra gente no matar ya á ninguno de mis soldados, por tu bien.

POT. Mi vida te costará cara, César, si atentas á ella. (Sigue detrás de Teodoto.)

(Rufio, absorto en mirar el embarque, no advierte la salida de los dos egipcios.)

RUFIO (Gritando desde la rotonda hacia la playa.) ¿Está todo listo ya?

CENT. (Desde fuera.) Todo está. Sólo esperamos á César.

CÉSAR Diles que César va á salir. ¡Sinvergüenzas! (Llamando.) Británico. (Esta grandilocuente ampliación del nombre de su secretario es una de las bromas de César. Más tarde hubiese significado vencedor de la Bretaña.)

RUFIO (Llamando hacia abajo.) Arrancad todos, excepto el bote grande. Que espere ahí la guardia de César para embarcar. (Se quita del balcón y vuelve adentro de la sala.) ¿Dónde están esos egipcios? ¡Otra vez la clemencia! ¿Los dejaste marcharse?

CÉSAR (Riéndose.) Dejé á Teodoto irse para salvar la biblioteca. Tenemos que respetar la literatura, Rufio.

RUFIO (Rabiando.) ¡Una locura tras otra! Creo que si podrías volver á la vida todos los muertos de Hispania, Galia y Tesalia lo harías para que tuviésemos que tomarnos el trabajo de pelear otra vez con ellos.

CÉSAR No destruirían los dioses el mundo si sólo entreviesen la probabilidad de que los hombres dejasen de pelear. (Rufio, perdiendo toda paciencia, le vuelve la espalda con enojo. César de repente le coge del brazo y le dice con malicia al oido.) Además, amigo mío, cada egipcio que prendiésemos supondría inutilizar á dos soldados romanos para guardarle. ¿Eh?

RUFIO ¡Vamos! Ya podía figurarme que toda tu palabrería encerraba alguna treta. (Se aleja de César encogiéndose de hombros y vuelve al balcón para echar otra mirada á los preparativos; finalmente sale.)

CÉSAR ¿Se ha dormido Britano? Hace una hora que le mandé por mi armadura. (Llamando.) ¡Británico, flemático isleño, Británico!

(Cleópatra entra corriendo por la rotonda con el

casco y la espada de César, quitados á Britano, quien la sigue con la coraza y las canilleras. Bajan á la sala y se acercan á César, ella á su izquierda, Britano á su derecha.)

CLEÓP. Voy á vestirte, César. Siéntate. (El obedece.) ¡Esos cascos romanos sientan tan bien! (Le quita la corona) ¡Oh!... (Lanza una carcajada, mirándole.)

CÉSAR ¿De qué te ríes?

CLEÓP. Pero si eres calvo. (Otra carcajada.)

CÉSAR (Casi molesto.) ¡Cleópatra! (Se levanta para que Britano le ponga la coraza.)

CLEÓP. De modo que por eso llevas corona, para ocultar la calva.

BRIT. Calla, egipcia; son los lauros del vencedor. (Abrocha la coraza.)

CLEÓP. Calla tú, isleño. (A César.) Mira, César, debes frotarte la cabeza con espíritu fuerte de azúcar. Así te crecerá el pelo.

CÉSAR (Torciendo el gesto.) Cleópatra, te gusta que te recuerden lo muy joven que eres?

CLEÓP. (Mohina.) A mí, no.

CÉSAR (Volviéndose á sentar y sacando las piernas para que Britano, de rodillas, le ponga las canilleras) Pues tampoco á mí me gusta que me recuerden que tengo... algunos años. Toma diez años de los que á mí me sobran y así tendras veintiseis, mientras que á mí me quedarán... no importa cuántos. ¿Vale el trato?

CLEÓP. Aceptado, veintiseis tengo, no lo olvides. (Le pone el casco.) ¡Ay, qué bonito! Pareces no tener arriba de cincuenta, así.

BRIT. (Levantando una mirada severa hacia Cleópatra.) No debes hablar de este modo á César

CLEÓP. Dí, ¿es verdad que cuando César te cogió en aquella isla estabas todo teñido de azul?

BRIT. Azul es el color que llevan todos los bretones de buena posición. En la guerra nos pintamos de azul el cuerpo, así que aunque nuestros enemigos nos despojen de nuestras vestiduras y nuestras vidas, no nos pueden despojar de nuestro aspecto correcto. (Se levanta.)

CLEÓP. (Con la espada de César.) Dejame ponerte ésta.

Ahora sí que estás magnífico. ¿No han hecho en Roma una estatua tuya?

CÉSAR Sí, muchas estatuas.

CLEÓP. Debes mandar por una de ellas y regalármela.

RUFIO (Volviendo por la rotonda más impaciente que nunca.) Vamos, César, ¿habéis acabado de charlar? En cuanto estés á bordo no habrá posibilidad de detener á nuestra gente, las lanchas volarán á porfía hacia el Faro.

CÉSAR (Sacando su espada y probando el filo.) ¿Está bien afilada hoy, Britano? En Farsalia no cortaba más que un cerco de tonel

BRIT. Hoy, César, cortaría á lo largo un pelo de egipcio. Yo mismo la afilé.

CLEÓP. (De repente echando los brazos al cuello de César.) Pero supongo que no vas á ir al combate para que te maten.

CÉSAR No, Cleópatra. Ningún hombre va al combate para que le maten.

CLEÓP. Pero pueden matarle. El marido de mi hermana murió en una batalla Tú no debes ir. Deja que vaya él. (Señalando á Rufio. Todos se ríen de ello.) Por los dioses, te suplico no vayas. ¿Qué será de mí si no vuelves?

CÉSAR (Serio.) ¿Tienes miedo?

CLEÓP. (Estremeciéndose.) No.

CÉSAR (Con autoridad calmosa.) Vete al balcón y nos verás tomar el faro. Tienes que acostumbrarte á ver batallas. Anda. (Cleópatra se va abatida y mira afuera desde el balcón.) Así está bien. Ahora, Rufio, vámonos.

CLEÓP. (Súbitamente palmoteando.) ¡Oh, no podréis marcharos!

CÉSAR ¿Por qué? ¿Qué hay?

CLEÓP. Están dejando seco el puerto con cubos... un sinnúmero de soldados... allá, allá... (Señalando hacia el mar á su izquierda.) están recogiendo el agua.

RUFIO (Apresurándose á mirar.) ¡Es verdad! ¡El ejército egipcio! Están arrastrándose por la orilla del puerto del Oeste como langostas. (Con súbito enfado grita á César.) César, eso debemos á tu maldita clemencia. Teodoto los capitanea.

CÉSAR (Gozándose de su propia listeza.) Es lo que yo quería, Rufio. Vienen para apagar el incendio. La biblioteca los tendrá ocupados mientras tomamos el faro. ¿Qué tal? (Sale boyante por la rotonda, seguido de Britano.)

RUFIO (Asqueado.) Otra treta. ¡Mal haya! (Sale corriendo. Un vítor de los soldados fuera ameniza la aparición de Cesar.)

CENT. (Fuera.) ¡Todos á bordo! ¡Soltad amarras! (Otro vítor.)

CLEÓP. (Agitando su pañuelo debajo del arco de la rotonda.) ¡Adiós, adiós, querido César! ¡Vuelve sano y salvo! ¡Mucha suerte! ¡Adiós!



ACTO TERCERO (*)

La parte del muelle enfrente del palacio desde la que, mirando hacia Oeste, se abarca con la vista el puerto oriental de Alejandría; se ve, en su extremo, la isla De Faros y, unido con ella por una escollera estrecha, el famoso faro, una gigantesca torre cuadrada de fábrica de mármol blanco, cuyos pisos hacia arriba van disminuyendo en dimensiones hasta la cúspide, en la que hay un fanal. La isla está en comunicación con el continente por el *heptastadium*, un gran espolón ó calzada de cinco millas de largo que limita el puerto por el Sur.

En medio del muelle se halla de guardia un centinela romano, con el *pilum* en la mano, mirando con profunda atención hacia el faro, la mano izquierda puesta por encima de los ojos á modo de pantalla.

El *pilum* es un asta de madera recia, de cuatro pies y medio de largo con una punta de hierro de unos tres pies, fijada en ella. El centinela está tan absorto que no advierte la llegada, desde el extremo Norte del muelle, de cuatro portadores egipcios que traen rollos de tapices, precedidos de Ftatatita y Apolodoro el Siciliano. Apolodoro es un joven de unos veinticuatro años, vivo, fino y guapo, vestido con estética calculada, de las más delicadas púrpuras y gris tórtola, con adornos de bronce, plata oxidada y piedras de jaspe y ágata. Su espada, cincelada con esquisitez extrema, tiene

(*) En el estreno de Berlín se omitió este tercer acto. N. D. T.

una hoja empavonada que relumbra en una funda calada de cuero púrpureo y filigrana. Los portadores guiados por Ftatatita pasan á lo largo del muelle detrás del centinela hacia la escalera del palacio, donde deponen sus fardos y se sientan en el suelo. Apolodoro no va con ellos hasta el palacio sino que se para divertido por la preocupación del centinela.

APOL. (Gritando hacia el Centinela.) ¿Quién vive?

CEN. (Hace un movimiento brusco de sorpresa y empuña el «pilum» como para ponerse á la defensiva. Es un joven de baja estatura, nervioso, pelirrojo, concienzudo, con una cara envejecida.) ¿Qué es eso? ¡Alto! ¿Quién eres?

APOL. Soy Apolodoro el Siciliano. Pero, hombre, ¿con qué estás soñando? Desde que atravesé las líneas allá por detrás del teatro, he pasado con mi caravana por delante de tres centinelas, y todos mirando con tanto afán hacia el faro que ninguno de ellos me ha dado el alto. ¿Esto es disciplina romana?

CEN. No estamos aquí para vigilar la tierra sino la mar. César acaba de arribar al faro. (Mirando á Ftatatita.) ¿Qué haces ahí? ¿Quién es esa olla egipcia?

FTAT. Apolodoro, entérale á ese perro romano y dile que se guarde la lengua en la presencia de Ftatatita, el aya mayor de la casa de la reina.

APOL. Amigo, esta es una gran señora que tiene mucha influencia con César.

CEN. (Al que estas palabras no hacen impresión alguna, señalando los tapices.) ¿Y qué es toda esa baraunda?

APOL. Son tapices para amueblar los aposentos de la reina en palacio. Lo escogí entre los mejores del mundo, y la reina de ellos escogerá lo mejor.

CEN. ¿De modo qué eres el mercader de alfombras?

APOL. (Ofendido.) Amigo, soy un patricio.

CEN. ¡Un patricio! ¡Un patricio que tiene una tienda en vez de ejercer las armas!

APOL. No tengo ninguna tienda. Un templo del arte es lo que tengo. Soy un adorador de la belleza. Mi vocación es la de elegir cosas hermosas para hermosas reinas. Mi lema es: el arte por el arte.

CEN. No es este el nombre.

APOL. Es un lema universal.

CEN. Yo no tengo nada que ver con nombres universales. Dame el de hoy ó vuélvete á tu tienda.

(Ftatatita, irritada por su tono hostil, se desliza por el borde del muelle con el paso de una pantera y se pone detrás del centinela.)

APOL. ¿Y qué pasará si no hago ni lo uno ni lo otro?

CEN. Pues, entonces, te meto esta lanza en el cuerpo.

APOL. Esto lo veremos. (Saca su espada y se pone en guardia con donaire.)

FTAT. (De repente le coge al Centinela los brazos por detrás.) Métele tu cuchillo en la garganta, Apolodoro. (El caballeroso Apolodoro menea riendo la cabeza, retrocede, siempre en guardia, hacia el muro del palacio y baja la punta de la espada.)

CEN. (Luchando inútilmente.) ¡Maldita bruja, suelta! ¡Socorro!

FTAT. (Levantándole en vilo.) Acuchilla este reptil romano. Ensártale en tu espada.

(Una pareja de soldados romanos con un centurión, vienen corriendo por el muelle desde el extremo Norte. Libertan á su compañero y de un empujón hacen retroceder á Ftatatita hacia el borde del muelle, á la izquierda del centinela.)

CENT. (Un hombre poco atractivo de unos cincuenta años, de maneras y palabras bruscas con una maza de vid en la mano.) ¿Qué pasa? ¿Qué es eso?

FTAT. (A Apolodoro.) ¿Por qué no le mataste? Si había tiempo.

APOL. Centurión, vengo por orden de la reina para...

CENT. (Interrumpiéndole.) ¡De la reina! Bien, bien, (Al Centinela.) déjale pasar. Deja pasar á todos esos mercachifles á presencia de la reina. Pero cúidate de que no dejes salir sino á los

que hayas dejado entrar... ni aun á la misma reina.

CEN. Esa vieja es peligrosa: tiene la fuerza de tres hombres. Le instó al mercader que me acuchillara.

APOL. Centurión, no soy un mercader. Soy un patricio y un adorador del arte.

CENT. ¿Es tu esposa esa mujer?

APOL. (Horrorizado.) ¡Por Júpiter, no! (Luego enmendando su descortesía.) No es que la señora sea falta de méritos, pero (Con énfasis.) no tengo el honor de que sea mi esposa.

FTAT. (Al Centurión.) Romano, soy Ftatatita, la camarera mayor de la reina.

CENT. Señora, no volváis á poner las manos en nuestros soldados, de lo contrario os mandaré arrojar al puerto, aunque tuviérais más fuerza que diez hombres. (A sus hombres.) ¡Vosotros, á vuestros puestos, march! (Vuelve con ellos por donde ha venido.)

FTAT. (Siguiéndole con una mirada maliciosa.) Ya veremos á quién quiere más Isis: á su sierva Ftatatita ó á un indecente romano.

CEN. (A Apolodoro señalando el palacio con su «pilum».) Puedes entrar ahí, y no te arrimes mucho á mí. (Volviéndose hacia Ftatatita.) Y tú, viejo cocodrilo, si te acercas te meto esto (El «pilum».) en las fauces.

CLEÓP. (Llamando desde el palacio.) ¡Ftatatita! ¡Ftatatita!

FTAT. (Levantando la vista, escandalizada.) ¡Quítate de la ventana! ¡Quítate! Hay hombres aquí.

CLEÓP. Voy á bajar.

FTAT. (Espantada.) No, no. ¿Qué estás pensando? ¡Oh, dioses, dioses! Apolodoro, manda á tu gente recoger tus fardos y entrémoslos á prisa.

APOL. (A su gente.) Obedeced á la señora camarera mayor.

FTAT. (Impaciente, mientras los portadores se inclinan para levantar los rollos.) Pronto, pronto que se nos va á venir encima. (Cleópatra viene del palacio y corre por el muelle hacia Ftatatita.) ¡Ay! ¿por qué habré nacido?

CLEÓP. (Con empeño.) Ftatatita, he pensado en una cosa. Necesito una lancha... en seguida.

FTAT. ¡Una lancha! No, no; es imposible. Apolodoro, háblale á la reina.

APOL. (Galante.) Hermosa reina, soy Apolodoro el Siciliano, tu servidor, del bazar Te he traído los tres tapices persas más lindos que hay en el mundo para que entre ellos elijas.

CLEÓP. Hoy no tengo tiempo para ocuparme de tapices. Búscame una lancha.

FTAT. Pero ¿qué capricho es ese? No puedes embarcar más que en la falúa real.

APOL. La realeza, Ftatatita, no estriba en la falúa, sino en la reina. (A Cleópatra.) La más ruin barca que toques con el pie, oh excelsa reina, se trocará en góndola real (Se vuelve hacia el puerto y llama.) ¡Hola, botero! Acércate, atraca al pie de la escalera.

CLEÓP. Apolodoro, tú entiendes cómo hay que servirme; siempre te compraré mis tapices. (Apolodoro se inclina lleno de satisfacción. Encima del muelle se alza un remo, y el botero, un joven de cabeza redonda, vivaracho, risueño, ennegrecido y quemado por el sol, sube por la escalera á la izquierda del centinela con el remo en la mano, y se queda aguardando.) ¿Sabes remar, Apolodoro?

APOL. Mis remos serán tus alas. ¿Adónde, excelsa reina, quieres que te lleve?

CLEÓP. Al faro. Vamos. (Se adelanta hacia la escalera.)

CEN. (Oponiéndose presentando el «pilum».) ¡Alto! Aquí no se pasa.

CLEÓP. (Enrojeciéndose de ira) ¡Cómo te atreves! ¿No sabes que soy la reina?

CEN. Tengo que obedecer la consigna. No puedes pasar.

CLEÓP. Haré que César te mate si no me obedeces á mí.

CEN. Hará peor conmigo si no obedezco á mi oficial. Atrás, pues.

CLEÓP. Ftatatita, extrangúlale.

CEN. (Alarmado, mirando con aprensión á Ftatatita y blandiendo su «pilum».) ¡No te arrimes, eh!

CLEÓP. (Corriendo hacia Apolodoro.) Apolodoro, manda á tus esclavos que nos ayuden.

APOL. No me hace falta su ayuda, señora. (Saca la espada.) Ahora, buen hombre, mira con qué arma te defiendes. Lanza contra espada, ó espada contra espada, á tu elección lo dejo.

CEN. Romano contra siciliano. ¡Maldito seas! Toma. (Lanza su «pilum» contra Apolodoro, quien hábilmente hinca una rodilla en tierra. El pilum pasa zumbando por encima de su cabeza y cae al suelo sin hacer daño. Apolodoro, con un grito de triunfo, se levanta precipitadamente y ataca al centinela, el que saca su espada y se defiende dando gritos.) ¡Socorro, favor al centinela!

(Cleópatra, medio asustada, medio divertida, se refugia junto al palacio donde los portadores están acurrucados entre los fardos. El botero, alarmado, corre bajando la escalera, para ponerse fuera del peligro, pero luego se para con objeto de mirar el lance, y solo se distingue su cabeza por encima del borde del muelle. El Centinela lleva la desventaja de estar embargado por el temor de ser atacado por detrás por Ftatatita. Su esgrima es recia y rápida, pero su posición está muy comprometida, pues entre bote y parada con Apolodoro tiene que dar un mandoble hacia aquella para conservarla á distancia. El Centurión vuelve acompañado de algunos soldados. Apolodoro da un salto atrás hacia Cleópatra en cuanto llega este refuerzo.)

CENT. (Viniendo por la derecha del Centinela.) ¿Qué es esto? ¡Otra vez!

CEN. (Jadeante.) Ya hubiese yo solo arreglado esta cuenta si no fuese por esa vieja. Quitádmela de encima; es la única ayuda que necesito.

CENT. Soldado, dame cuenta de lo que ha pasado.

FTAT. Centurión, este hombre quiso matar á la reina.

CEN. (Sencillamente.) Sí, antes de dejarla pasar. Quiso tomar un bote é ir—así dijo—al faro. La detuve, según la orden que se me había dado, y azuzó á ésta contra mí. (Va á recoger su «pilum» y vuelve á su sitio con él en la mano.)

CENT. (Volviéndose hacia Cleópatra.) Cleópatra; no es mi ánimo ofenderte, pero sin una orden expresa de César no puedes pasar las líneas.

APOL. Bien, Centurión; pero ¿no está el faro den-

tro de las líneas romanas puesto que César arribó allí?

CLEÓP. Sí, sí; á ver si lo niegas.

CENT. (A Apolodoro.) En cuanto á ti, Apolodoro, puedes dar gracias á los dioses de que no estás clavado en la puerta del palacio con una lanza por tu entremetimiento.

APOL. (Cortés.) Amigo militar, no he nacido yo para ser matado por un arma tan fea. Cuando caiga yo, será (Levantando su espada.) por esta blanca reina de las armas, la única digna de un artista Y ahora que te has convencido de que no queremos traspasar las líneas, déjame concluir de matar á tu centinela y á irme con la reina.

CENT. (Al ver que el Centinela hace un movimiento de ira.) ¡Haya paz! Cleópatra, tengo que obrar según las órdenes que recibí y no según las sutilezas de este siciliano. Debes retirarte á tu palacio y examinar allá tus tapices.

CLEÓP. (Mohina.) No quiero; soy la reina. El mismo César no me habla como tú. ¿Es que los centuriones de César tienen los mismos modales que sus marmitones?

CENT. (Contrariado.) Cumplo con mi deber, y no hay más.

APOL. Majestad, cuando un estúpido está haciendo algo que le avergüenza, siempre dice que es su deber.

CENT. (Enfadado.) Apolodoro...

APOL. (Interrumpiéndole con desahogo retador.) Por ese insulto pediré cuenta con mi espada en tiempo y sitio oportuno. Quien dice artista dice duelista. (A Cleópatra.) Oye mi consejo, estrella de Levante. Mientras estos soldados no reciban una orden de César eres prisionera. Mándame con un mensaje y un regalo para él; y antes de que el sol se haya inclinado en la mitad del camino hacia los brazos de la mar estaré de vuelta y te traeré la orden de César que te devolverá tu libertad.

CENT. (Irónicamente.) Y, sin duda, estás dispuesto á venderle á la reina el regalo.

APOL. Centurión, á la reina le daré, sin cobrar nada, como voluntario tributo del gusto siciliano rendido á la belleza egipcia, el más rico de mis tapices para regalarlo á César.

CLEÓP. (Con alegría al Centurión) ¿Te convences de que eres un ignorante mal educado?

CENT. (Brusco.) Bueno, bueno, hacienda en manos de loco dura poco (Se vuelve hacia sus hombres.) Dos hombres más á este sitio, y procurad que nadie salga del palacio fuera de este mercader y su mercancía. Si vuelve á sacar la espada aquende las líneas, matadle. ¡A vuestros puestos, march...!

(Se aleja, dejando dos centinelas auxiliares con el primero.)

APOL. (Bonachón y cortés.) Amigos míos, ¿no queréis entrar conmigo en palacio y ahogar nuestra riña en una crátera de vino? (Coge su bolsa haciendo sonar las monedas en ella.) La reina tiene presentes para todos vosotros.

CEN. (Muy enfurruñado.) Ya oíste las órdenes que se nos dieron. Anda á tus negocios.

AUX. 1.º Sí, ya podrías saberlo. Vete.

AUX. 2.º (Mirando codicioso la bolsa.) No nos hagas pasar las penas de Tántalo.

APOL. (A Cleópatra.) Perla de una reina, lo siento. El centurión está cerca, y, ya se sabe, el soldado romano es incorruptible cuando su jefe le está mirando. Tengo que llevar tu recado á César.

CLEÓP. (Que ha estado meditando entre los tapices.) ¿Pesan mucho esos tapices?

APOL. Lo que pesen no importa. Hay portadores de sobra.

CLEÓP. ¿Cómo los colocan en las lanchas? ¿Los tiran abajo?

APOL. En las lanchas pequeñas no, majestad; se hundirían.

CLEÓP. En el bote de ese hombre, por ejemplo. (Señalando al botero.)

APOL. No. Es pequeño.

CLEÓP. Pero ¿puedes llevarte en él un tapiz solo para César si se lo mando de regalo?

APOL. Seguramente.

CLEÓP. ¿Y podrás hacer que lo lleven al bote con cuidado y suavidad?

APOL. De mi cuenta corre.

CLEÓP. ¿Con mucha, mucha suavidad?

APOL. Más que si fuese mi propio cuerpo.

CLEÓP. ¿Me prometes no permitir á los portadores que lo dejen caer ó lo tiren al suelo?

APOL. Mete dentro del tapiz la bola de cristal más delicada que haya en el palacio, ilustre reina, y si se rompe lo pago con mi cabeza.

CLEÓP. Bien. Vente, Ftatatita. (Ftatatita se acerca. Apolodoro se ofrece para acompañarlas al palacio.) No, Apolodoro, quédate. Escogeré un tapiz por mí misma. Espera aquí. (Entra rápidamente en el palacio.)

APOL. (A los portadores.) Seguid á esa dama (Enseñando á Ftatatita.) y obedecedle en todo.

(Los portadores se levantan y cogen los fardos.)

FTAT. (Dirigiéndose á los portadores como si fuesen insectos inmundos.) Por aquí. Y quitaos el calzado antes de pasar por estos umbrales.

(Ftatatita entra seguida de los portadores con los tapices. Mientras tanto Apolodoro va hacia el borde del muelle y mira á lo lejos hacia el puerto. Los centinelas le miran con malicia.)

APOL. (Dirigiéndose al centinela.) Amigo mío...

CEN. ¡Silencio!

AUX. 1.º A ver si callas, hombre.

AUX. 2.º (En voz baja, mirando con temor hacia el extremo norte del muelle.) ¿Puedes esperar una miaja?

APOL. Paciencia, borrico de tres cabezas. (Los centinelas refunfuñan furiosos, pero él no se intimida en lo más mínimo.) Pero ¿os han puesto aquí para vigilarme á mí ó para vigilar á los egipcios?

CEN. Sabemos cual es nuestra obligación.

APOL. Entonces ¿por qué no cumplís con ella? Por allá pasa algo.

(Apunta con la mano hacia el sur á la escollera.)

CEN. (Malhumorado.) No necesito yo que ñadie me diga lo que tengo qué hacer.

APOL. Estúpido (Empieza á gritar) ¡Eh, Centurión! ¡Eh, corre, por aquí!

CEN. ¡Maldito el hombre que se ha de meter en todo! (Gritando) ¡Eh, alarma, alarma!

AUX. 1.º
AUX. 2.º } ¡Alarma! ¡Alarma!

(El Centurión vuelve corriendo con su guardia.)

CENT. ¿Qué pasa? ¿Te ha atacado la vieja otra vez? (Viendo á Apolodoro.) ¿Estás todavía aquí tú?

APOL. (Señalando como antes.) Mira allá. Los egipcios se están moviendo. Van á tratar de recuperar el faro. Atacarán por mar y por tierra; por tierra á lo largo de la escollera grande; por mar desde el puerto de Poniente. Meneaos, mis amigos militares; el jaleo empieza. (Un toque de trompeta desde varios sitios á lo largo del muelle.) ¡Ah! ¿qué decía yo?

CENT. (Rápidamente.) Pronto, dos hombres allí á los puestos del Sur para trasmitir la alarma. Uno se queda aquí de guardia. Los demás conmigo, vamos.

(Los dos centinelas auxiliares salen corriendo hacia el Sur. El Centurión y su guardia escapan hacia el Norte, y en seguida después suena la «bucina». Los cuatro portadores salen del palacio con un tapiz arrollado á cuestas, seguidos de Ftatatita.)

CEN. (Empuñando su «pilum» con cierto temor.) ¡Otra vez la vieja! (Los portadores se paran.)

FTAT. ¡Quieto, muchacho! No olvides que ahora estás solo. Apolodoro, este tapiz es el regalo de Cleópatra á César. Hay envueltas en ella diez preciosas copas del más fino cristal ibérico y un ciento de huevos de la sagrada paloma azul. Por tu honor, no dejes que se rompa ni uno solo de ellos.

APOL. Respondo con mi cabeza. (A los portadores.) Llevad eso al bote, ya sabeis, con cuidado.

(Los portadores llevan la alfombra hacia la escalera.)

POR. 1.º (Mirando abajo al bote.) Mira lo que se hace, señor. Esos huevos de que habla la dama deben de pesar mas de una libra cada uno. Ese bote es demasiado pequeño para semejante carga.

BOT. (Subiendo excitadísimo la escalera.) ¡Oye, tú, animal, hideputa! ¿Qué sandeces estás diciendo? (A Apolodoro.) Señor, mi bote ha llevado muchas veces á cinco personas. ¿No podrá llevarte á tí y una paca de huevos de palo-

mas? (Al portador.) A tí, dromedario sarnoso, los dioses te han de castigar por tu envidia y tu mala lengua.

POR. 1.º No puedo ahora soltar esto para romperte los morros, pero no perderás por esperar.

APOL. (Poniéndose entre los dos.) Haya paz. Aunque la lancha no fuese más que una simple tabla iría en ella á ver á César.

FTAT. (Angustiada.) En el nombre de los dioses, Apolodoro, no te expongas con ese fardo.

APOL. No temas, venerable grotesco: me hago cargo de su gran valor. (A los portadores.) Llevadlo abajo, os digo, y con suavidad; cuidado, eh, que si me haceis un estropicio no comereis más que palo durante diez días.

(El Botero baja por la escalera, seguido de los portadores con el fardo, mirándolos desde el borde Ftatatita y Apolodoro.)

APOL. Despacio, hijos míos... (Con susto súbito.) ¡Despacio, animales! Ponedlo con precaución por la parte de popa... así... muy bien.

FTAT. (Gritando hacia abajo á uno de los portadores.) ¡No pises en él, no pises en él, tú, bruto, bestia!

POR. 1.º (Subiendo.) No te enfades, señora, todo está bien.

FTAT. (Jadeante.) ¡Todo bien! ¡Qué susto me has dado! (Respira fuerte y se pone la mano en el corazón.)

(Los cuatro portadores han subido y están en el muelle esperando el pago.)

APOL. Tomad, hambrones. (Da dinero al primer portador quien lo tiene en la mano abierta para enseñarlo á los otros. Se arriman para ver cuánto es, del todo dispuestos, según costumbre oriental, á poner el grito en el cielo contra la ruindad de su amo, pero su generosidad los hace enmudecer.)

POR. 1.º ¡Oh, príncipe dadivoso!

POR. 2.º ¡Oh, rey magnánimo del comercio!

POR. 3.º ¡Oh, favorito de los dioses!

POR. 4.º ¡Oh, padre de todos los portadores del mercado!

CEN. (Envidioso, amenazándolos fieramente con su «pilum».) Largo de aquí, perros, largo. (Huyen hacia el Norte á lo largo del muelle.)

APOL. Adiós, Ftatatita. Estaré en el faro antes que los egipcios. (Baja por la escalera.)

FTAT. ¡Que te presten alas los dioses y protejan á mi niña!

(El Centinela vuelve y mira abajo al bote, quedándose en la parte alta de la escalera para que Ftatatita no trate de escaparse.)

APOL. (Desde abajo mientras el bote arranca.) Que te vaya bien, valiente chucero.

CEN. ¡Adiós, hortera!

APOL. ¡Jajaja! Boga, amigo botero, boga. ¡Ohohoh!

(Después de tararear empieza á cantar una barcarola á compás de los golpes de los remos.)

Tiende las alas corazón,
arroja el lastre del amor.

Dame los remos á mí, ¡oh! hijo de un caracol.

CEN. (Amenazando á Ftatatita.) Ahora, señora, fuera de aquí, á tu gallinero. ¡Hala adentro!

FTAT. (Cayendo de rodillas y extendiendo las manos por encima de las aguas.) ¡Dioses del mar, llevadla con bien á la orilla!

CEN. ¿Qué lleven con bien á quién? ¿Qué quieres decir?

FTAT. Mirándole sombriamente.) ¡Dioses del Egipto, dioses de venganza, permitid que ese estúpido romano sea golpeado como un perro por su jefe por haber dejado que se la lleven en la lancha.

CEN. Maldita seas; ¡de modo que está en la lancha! (Grita por el lado del mar.) ¡Eh, eh! botero, ¡eh, eh!

APOL. (Cantando de lejos.)

¡Oh, corazón, sé fuerte y libre,
amor es tu único enemigo!

(Mientras tanto Rufio, después de la batalla de la mañana, está sentado, mascullando dátiles, en un haz de ramas delante de la puerta del faro, cuya torre se alza gigantesca hasta las nubes á su izquierda. Tiene su casco lleno de dátiles, entre sus rodillas, y á su lado un odre de vino. Detrás de él el gran basamento de piedra del faro está protegido contra las olas por un parapeto bajo de fabrica, con un par de escalones en el centro para subir al coronamiento formado de losas

anchas. Una enorme cadena con un gancho cuelga de la parte superior del faro encima de su cabeza. Hay esparcidos acá y allá unos haces de leña parecidos al que le sirve de asiento, preparados para ser subidos y sirvan á alimentar el fanal. César se halla de pie en la escalera y dirige miradas ansiosas hacia el puerto; está de mal humor. Britano sale de la puerta del faro.)

RUFIO Bien, mi isleño británico. ¿Subiste hasta la cumbre?

BRIT. Sí. Calculo que esa torre tiene doscientos piés de alto.

RUFIO ¿Hay alguien allí arriba?

BRIT. Hay un vejete tirio para el manejo de la polea, y su hijo, un chico muy bien educado, de catorce años de edad.

RUFIO (Mirando la cadena.) ¡Qué! ¿Un anciano y un niño manejan eso? Veinte hombres querras decir.

BRIT. Solo dos, te lo aseguro. Tienen contrapesos y una máquina con agua hirviendo que no la entiendo; no es de fabricación inglesa. La emplean para subir toneles de aceite y haces de leña que luego son quemadas en el fanal.

RUFIO Pero...

BRIT. Dispensa; bajé porque por el lado del muelle se están acercando unos mensajeros desde la isla. Quiero ver lo que traen. (Sale precipitadamente dejando á un lado el faro.)

CÉSAR (Viniendo desde el parapeto, estremeciéndose y descompuesto.) Rufio, esta ha sido una expedición loca. Seremos derrotados. Quisiera saber como adelanta nuestra gente con aquella barricada que cierra el muelle grande.

RUFIO (Enfadado.) ¿Tendré que dejar mi comida y morir de hambre para traerte un informe?

CÉSAR (Tranquilizándole nervioso) Nada de eso, Rufio. Come, hijo, come. (Retrocede algo, mientras Rufio mastica dátiles.) Los egipcios nò pueden ser tontos hasta el punto de no dar el asalto á la barricada para echarsenos encima aqui antes de que esté terminada. Esta es la primera vez que corro un grave riesgo habiendo podido evitarlo. No debiera haber venido á Egipto.

RUFIO Hace una hora todo se te volvía hablar de la victoria.

CÉSAR (Defendiéndose.) Sí, he hecho una locura, Rufio, me he portado como un chiquillo.

RUFIO ¡Como un chiquillo! ¡Quiá! Toma un poco. (Ofreciéndole un puñado de dátiles)

CÉSAR ¿Eso qué es?

RUFIO Es cosa de comer. Lo que á tí te hace falta precisamente. No le des vueltas. Cuando un hombre llega á tus años tiene que cuidarse si no quiere decaer pronto. Come y bebe y luego ponte otra vez á reflexionar sobre los medios de salir del paso.

CÉSAR (Aceptando los dátiles.) Dices de mis años... (Menea la cabeza y muerde un dátil.) Sí, Rufio, soy un anciano... gastado ya.. no lo puedo negar. (Se abandona á melancólica contemplación y come otro dátil) Aquilas está en la flor de la edad. Ptolomeo es un niño. (Come otro dátil y se anima un poco) En fin, cada cual tiene su tiempo; yo he tenido el mío, no puedo quejarme. (Con alegría súbita.) ¿Sabes, Rufio, que estos dátiles no son malos? (Britano vuelve, muy agitado, con un saco de cuero. César recobra al punto todo su ánimo. ¿Qué pasa?

BRIT. (Triunfante.) Nuestros bravos marineros rodios han cogido un tesoro. Mira. (Tira el saco al suelo á los piés de César.) Nuestros enemigos están á merced nuestra.

CÉSAR ¿En ese saco?

BRIT. Espera que te diga, César. Este saco contiene todas las cartas cambiadas entre el partido de Pompeyo y el ejército de ocupación aquí.

CÉSAR Bien ¿y qué?

BRIT. (Impaciente por la lentitud de César en darse cuenta de la situación.) Pues, nada, que ahora sabremos quienes son tus enemigos; los nombres de todos los que conspiraron contra tí desde que pasaste el Rubicón están en esos papeles, á todos los conoceremos.

CÉSAR Tira esos papeles al fuego.

BRIT. ¡Que tire!... (Se queda con la boca abierta.)

CÉSAR Al fuego, sí. ¿O quieres que me gaste los

tres años próximos de mi vida desterrando y encarcelando á unos hombres que serán mis amigos en cuanto les demuestre que mi amistad vale más de la que valía la de Pompeyo, de la que vale la de Catón? ¡Oh, incorregible isleño británico! ¿Soy yo acaso un dogo que solo busca la pelea para probar lo fuertes que son sus mandíbulas?

BRIT. ¿Pero tu honor... el honor de Roma?...

CÉSAR Yo no hago sacrificios humanos á mi honor, como hacen los druidas de tu país. Puesto que no quieres quemar esos papeles, al menos yo puedo ahogarlos. (Coge el saco y lo tira al mar por encima del parapeto.)

BRIT. César: esto es locura ¡dejar que unos traidores salgan impunes, nada más que por amor á una paradoja!

RUFIO (Levantando.) César, cuando el isleño haya acabado de sermonear, llámame. Voy á echar una mirada á la máquina de agua hirviendo (Entra en el faro.)

BRIT. (Con sentimiento sincero.) ¡Oh, César, mi excelso amo, si pudiese siquiera conocerte para que miraras la vida con seriedad, como hacen los hombres en mi tierra!

CÉSAR ¿De veras hacen eso, Britano?

BRIT. ¿No has estado allí? ¿No los has visto? ¿Hay un bretón que hable como tú hablas en tus momentos de broma? ¿Hay un bretón que deje de acudir al servicio divino en el bosque sagrado? ¿Hay un bretón que lleve vestiduras de muchos colores como haces tú, en vez de llevarlas de sencillo color azul, como deben hacer los hombres serios y respetables? Entre nosotros, esas son cuestiones de moral.

CÉSAR Bueno, bueno, amigo mío; algún día sentaré la cabeza y entonces tal vez lleve una toga azul. Mientras tanto, tengo que procurar salir del paso lo mejor posible, con toda mi poca formalidad de romano. (Apolodoro se acerca por delante del faro.) ¿Qué hay ahora?

BRIT. (Volviéndose á prisa y mirando al desconocido con altanería oficinesca.) ¿Qué es eso? ¿Quién eres? ¿Cómo has venido aquí?

APOL. Traquilízate, amigo mío, que no te voy á comer. Vine en una lancha, de Alejandría, con preciosos regalos para César.

CÉSAR ¡De Alejandría!

BRIT. (Con severidad.) Estás hablando con César.

RUFIO (Saliendo por la puerta del faro.) ¿Qué sucede aquí?

APOL. ¡Salud, gran César! Soy Apolodoro el siciliano, un artista.

BRIT. ¡Un artista! ¿Por qué han dejado pasar á ese vagabundo?

CÉSAR Calla, hombre. Apolodoro es un famoso patricio aficionado á las bellas artes.

BRIT. (Desconcertado.) Entonces que me perdone el señor. (A César.) Creí que era un artista de profesión. (Algo confuso deja á Apolodoro acercarse á César, cambiando su sitio con él. Rufio, después de mirar á Apolodoro de arriba á abajo con desdén ostensible, va al otro lado del terrado.)

CÉSAR Bien venido, Apolodoro. ¿Qué asunto traes?

APOL. Primero tengo que entregarte un presente de la reina de las reinas.

CÉSAR ¿Quién es?

APOL. Cleópatra de Egipto.

CÉSAR (Hablándole con confianza y suma amabilidad.) Apolodoro, ahora no es momento de divertirse con presentes. Hazme el favor de volver á donde está la reina y decirla que si todo va bien, volveré á palacio esta noche.

APOL. César, no puedo volver. Cuando me acerqué con mi lancha al faro, algún imbécil tiró al mar un gran saco de cuero; éste al caer, rompió la proa de la embarcación y á duras penas pude alcanzar la orilla antes de que la cáscara de nuez se hundiera.

CÉSAR ¡Cuánto lo siento, Apolodoro! El imbécil será castigado. Pero vamos á ver, ¿qué me has traído? La reina se ofenderá si no lo miro.

RUFIO Pero ¿es tiempo ahora de ocuparse en semejantes bicocas? La reina es una criatura y nada más.

CÉSAR Claro, y precisamente por eso no hay que causarle disgusto. ¿Cuál es el regalo, Apolodoro?

APOL. César, es un tapiz persa, una hermosura. Y en él envueltos hay, así me han dicho, huevos de paloma y copas de cristal y otras cosas preciosas frágiles. De ningún modo me hubiese atrevido subirlo aquí por aquella escalera tan estrecha.

RUFIO Súbelo por medio de la cadena. Le mandaremos los huevos al cocinero, beberemos vino en las copas, y con los tapices se hará una cama para César.

APOL. ¿Qué dice ese hombre, César? ¡Que por medio de la cadena! ¡Dioses, por ellos juré cuidar de aquel rollo de tapices como de mi propia vida!

CÉSAR (Festivo.) Pues sube tú al mismo tiempo con la cadena; si esta se rompe, perecerás simultáneamente cón los huevos de paloma. (Va hacia la cadena y levanta la vista hacia ella con curiosidad.)

APOL. (A Britano.) ¿Habla César con formalidad?

BRIT. Su modo de ser es frívolo porque es un italiano, pero lo que dice en broma lo piensa en serio.

APOL. En serio ó no, está bien dicho. Dame unas docenas de soldados para accionar la polea.

BRIT. Déjame á mí al cuidado de la polea. Bájate y aguarda á que baje la cadena.

APOL. Bien. Pronto me verás allí (Se vuelve hacia ellos y con un ademán elocuente señala el espacio por encima del parapeto) subiendo como el sol con mi tesoro. (Vuelve por donde vino. Britano entra en el faro.)

RUFIO (De mal humor.) Pero dime, César, ¿vas á esperar aquí por esa tontería?

CÉSAR (Apartándose de la cadena al ver que empieza á moverse.) ¿Por qué no?

RUFIO Ya nos lo dirán los egipcios si se les ocurre atacarnos desde el extremo del muelle antes de que se termine nuestra barricada. Y aquí estamos como unos chiquillos para ver una alfombra llena de huevos de palomas. Vamos, ¿es posible?

(La cadena chirria y sube lo suficiente para pasar por

encima del parapeto; luego da una vuelta detrás del faro y desaparece.)

CÉSAR No tengas miedo, amigo Rufio. En cuanto un egipcio ponga los pies en el muelle, sonará la trompa de alarma; y los dos llegaremos desde aquí á la barricada antes que ellos; los dos, Rufio, yo, el anciano y tú, mi hijo ya crecidito. Y el anciano llegará el primero. Cállate, pues, y dame unos dátiles más.

APOL. (Desde la orilla abajo) ¡Eh, cuidado, súbanme ya, eh, eh! (La cadena sube y aparece de nuevo dando media vuelta desde detrás del faro. Apolodoro está flotando en el aire con su rollo de mercancía, colgado del extremo de la cadena. Empieza á cantar en cuanto sube por encima del parapeto.)

Arriba hacia el azul sereno
alza mi corazón, el vuelo...

Cuidadito.. perfectamente, alto. (Deja de subir.) Más acá... (La cadena avanza hacia el primer término.)

RUFIO (Gritando hacia arriba) Bajad un poco. (La cadena y su carga empieza á bajar.)

APOL. (Gritando hacia arriba.) ¡Despacio, cuidado! ¡Acordaos de los huevos!

(Apolodoro y el bulto son depositados sin estropicio en medio del terrado. Rufio y César ayudan á Apolodoro á quitar del rollo las cadenas.)

RUFIO ¡Alzad ya!

(La cadena se levanta rechinando. Britano sale del faro y los ayuda á desatar los tapices: cuando las lías están sueltas.) Quita amigo, deja que vea César. (Abre el tapiz.)

RUFIO ¡Nada más que un montón de trapos! ¿Dónde están los famosos huevos de paloma?

APOL. Acércate, César, y búscalos entre los paños.

RUFIO (Sacando la espada.) ¡Ah, traición! Atrás, César, he visto moverse los trapos; hay algo vivo debajo.

BRIT. (Sacando la espada.) ¡Es una serpiente!

APOL. ¿Se atreve César á meter la mano en el saco en que se mueve la serpiente?

RUFIO (Volviéndose hacia él.) Perro traidor.

CÉSAR Quietos todos. Envainad vuestras espadas. Apolodoro, tu serpiente parece que respira

con regularidad. (Mete la mano por debajo de las telas y saca un brazo desnudo de mujer.) Esta es una culebrita muy mona.

RUFIO (Sacando el otro brazo.) Vamos á ver lo demás. (Incorporan á Cleópatra tirando de sus muñecas. Britano, escandalizado envaina su espada con un gesto de protesta.)

CLEÓP. (Respirando fuerte.) ¡Me ahogo! ¡Ay, César, en la lancha un hombre se puso de pie encima de mí, y luego cayó del cielo sobre mí un saco grande lleno de no sé qué, y luego se hundió la lancha, y luego me levantaron en el aire para por fin dejarme caer aquí.

CÉSAR (Acariciándola cuando ella se levanta y se apoya en su pecho.) No hagas caso; aquí por fin te hallas sana y salva.

RUFIO ¡Ah, pues! ahora que está aquí, ¿qué hacemos con ella?

BRIT. Esa muchacha, César, no puede permanecer aquí sin la compañía de alguna señora mayor.

CLEÓP. (Mimosa, á César visiblemente perplejo.) ¿No te alegras de verme?

CÉSAR ¡Oh, sí, mucho, mucho! Pero Rufio está muy enfadado. Y Britanio está escandalizado.

CLEÓP. (Despreciativa.) Puedes mandarles cortar la cabeza ¿no?

CÉSAR Palomita mía, con la cabeza cortada no podrán serme tan útiles como me son ahora.

RUFIO (A Cleópatra.) Tenemos que marcharnos nosotros para cortar algunas cabezas egipcias. ¿Qué te sucederá si te dejamos aquí y somos derrotados? Tu hermanito ya se encargará de tí entonces.

CLEÓP. Pero no debeis dejarme sola. ¿Verdad, César, que no me abandonarás?

RUFIO ¡Qué! ¡ni cuando la trompa suene y la vida de todos nosotros dependa de la rapidez con que César llegue á la barricada antes de que le alcancen los egipcios! ¡Vaya!

CLEÓP. Deja que pierdan sus vidas, no son más que soldados.

CÉSAR (Serio.) Cleópatra, cuando suene aquella trompa, cada uno de nosotros tiene que

estar presto á coger en mano su vida y arrojarla á la cara de la muerte. Y entre mis soldados que confían en mí no hay uno cuya mano no me sea más sagrada que tu cabeza. (Cleópatra se queda sobrecogida y sus ojos se llenan de lágrimas.) Apolodoro, tienes que llevarla otra vez al palacio.

APOL. ¿Soy yo un delfín acaso, César, para poder cruzar los mares con una joven á cuestas? Mi lancha se hundió: todas las vuestras, ó están delante de la barricada, ó han vuelto á la ciudad. Llamaré á ver si se arrima una; es todo cuanto puedo hacer. (Vuelve hacia la orilla.)

CLEÓP. (Luchando con sus lágrimas.) No importa. No quiero volver. Nadie se preocupa por mí.

CÉSAR Cleópatra...

CLEÓP. Lo que deseas es que me maten.

CÉSAR (Aun más serio.) Pobre niña, tu vida no importa aquí más que á tí. (Al oirlo Cleópatra se desploma y se deja caer llorando sobre las haces de leña. De repente se oye á lo lejos un gran tumulto, sonando las trompas y bocinas al través de una tempestad de gritos. Britano se precipita hacia el parapeto y mira hacia el muelle. César y Rufio se lanzan una rápida mirada de inteligencia.)

CÉSAR Vámonos, Rufio.

CLEÓP. (Arrastrándose de rodillas y agarrándose á César.) No, no, no me abandones, César. (El tira de su vestidura para desasirse.) ¡Ay de mí!

BRIT. (Desde el parapeto.) César, nos han cortado la retirada; los egipcios desembarcaron, viniendo del puerto de poniente, en un punto situado entre nosotros y la barricada.

RUFIO (Corriendo para ver.) ¡Maldición! Es verdad; estamos cogidos como ratones en la trampa.

CÉSAR (Lamentándose.) Rufio, Rufio: mis hombres en la barricada están entre la parte de tierra y el mar; los he asesinado.

RUFIO (Volviendo del parapeto hacia la derecha de César.) Es lo que resulta de tontear con esa muchacha.

APOL. (Subiendo aprisa desde la orilla.) Echa una mirada por encima del parapeto, César.

CÉSAR Ya la echamos, amigo mío. Tendremos que defendernos aquí.

APOL. Tiré la escalera al mar. Sin ella no pueden entrar aquí.

RUFIO ¡Ah, y nosotros no podemos salir! En eso no pensaste.

APOL. ¡Que no podemos salir! ¿Por qué no? En el puerto de levante hay barcos.

BRIT. (Esperanzado, junto al parapeto.) Las galeras rodias ya se acercan hacia acá. (César corre hacia Britano.)

RUFIO (A Apolodoro, con impaciencia.) Y, ¿qué camino tomaremos para ir á las galeras? dime.

APOL. (Con alegre prosopopeya.) Por el camino que á doquiera lleva la adamantina ruta del sol y de la luna. (Tira al suelo su capa y su gorro y se ata la espada al hombro.)

RUFIO ¿Qué estás diciendo?

APOL. Ya verás. (Levantando la voz hacia Britano.) ¿A qué distancia está la más próxima galera?

BRIT. A cincuenta brazas.

CÉSAR Estás equivocado; las galeras están mucho más lejos de lo que parece en esta atmósfera tan clara para tus ojos británicos. A cerca de un cuarto de milla, Apolodoro.

APOL. Bien. Defendeos aquí hasta que os mande una lancha desde aquella galera.

RUFIO ¿Tienes alas acaso?

APOL. Tengo aletas. Mira.

(Sube corriendo la escalera entre César y Britano al coronamiento del parapeto y se tira de cabeza al mar.)

CÉSAR (Como un chico de la escuela, todo alborozado.) ¡Bravo, bravo! (Tirando su manto.) ¡Por Júpiter! voy á hacer otro tanto.

RUFIO (Reteniéndole.) Estás loco. No lo hagas.

CÉSAR ¿Por qué no? ¿No sé nadar tan bien como él?

RUFIO Pero, ¿crees que un viejo loco puede buzear y nadar como un joven? El tiene veinticinco años y tú cincuenta.

CÉSAR (Apartándose de Rufio.) ¡Yo viejo!

BRIT. (Reconviniéndole.) Rufio, te propasas.

CÉSAR Amigo Rufio, te apuesto tu sueldo de una semana á que llego nadando antes que tú á las galeras.

CLEÓP. Pero y yo, y yo... ¿qué va á ser de mí?

CÉSAR Te llevaré sobre mi espalda á las galeras

como un delfín. Rufio, cuando me veas reaparecer sobre el agua, tírala: yo me encargo de ella. Luego os tirais los dos.

CLEÓP. No, no, no: me ahogaré.

BRIT. César, soy un hombre y un breton, no un pez. Necesito una lancha. No sé nadar.

CLEÓP. Tampoco sé yo.

CÉSAR (A Britano.) Entonces quédate aquí solo hasta que yo vuelva á tomar el faro. No te olvidaré Vamos, Rufio.

RUFIO ¿De modo que estás decidido á cometer esa locura?

CÉSAR Los egipcios tienen la culpa. No queda otro remedio. Y ten cuidado á donde saltes. No deseo recibir tu peso encima al subir á la superficie. (Sube corriendo la escalera y está de pie en el coronamiento.)

BRIT. (Angustiado.) Una última palabra, César. No te dejes ver en la parte elegante de Alejandría sin haber mudado de traje.

CÉSAR (Gritando hacia el lado del mar.) ¡Eh! Apolodoro. (Señala el cielo y entona la barcarola.)

Mi corazón es fuerte y libre.

APOL. (Nadando, desde lejos.)

Amor es tu único enemigo.

CÉSAR (Con alegría.) ¡Ah! (Se tira al mar.)

CLEÓP. (Corriendo toda agitada hacia la escalera.) ¡Oh! dejadme ver. Se ahogará, estoy segura. (Rufio la coge.) Ah... ah... ah... ah... (Mientras ella grita la tira al mar. Rufio y Britano lanzan una carcajada ruidosa.)

RUFIO (Mirando hacia abajo.) Ya la cogió. (A Britano.) Tú defiende el fuerte. César no te olvidará. (Se tira.)

BRIT. (Sube corriendo la escalera para verlos nadar.) ¿Todos salvos, Rufio?

RUFIO (Nadando.) Todos perfectamente.

CÉSAR (Nadando, desde lejos.) Refúgiate arriba en el fanal y cierra la trampa, Britano.

BRIT. (Gritando para contestarle.) Primero haré eso y luego me encomendaré á los dioses de mi tierra. (Desde el mar se oyen exclamaciones de entusiasmo. Britano da rienda suelta á su agitación.) La lancha ya los recogió: ¡hip, hip, hip, hurrah!

ACTO CUARTO

El zambullido de Cleópatra en el puerto de Levante de Alejandría fué en Octubre del 48 antes de Jesucristo. En Marzo del 47 está pasando la tarde en su *boudoir*, en palacio, rodeada de sus damas, escuchando á una muchacha esclava que está tocando el arpa en medio de la habitación. El maestro de la arpista, un viejo músico, con una cara arrugada, frente prominente; barba, bigotes y cejas blancas, estas últimas retorcidas en sus extremos exteriores y con una expresión concientemente enérgica y pretenciosa, se halla acurrucado en el suelo á su derecha observando su trabajo artístico. Ftatatita está de servicio, de pie junto á la puerta, al frente de un grupo de esclavas. Con excepción de la arpista todos están sentados. Cleópatra en una silla en frente de la puerta, situada al otro lado de la sala; los demás en el suelo. Las damas de Cleópatra son todas jóvenes, siendo las más conspicuas Charmian é Iras, sus favoritas. Charmian es una figulina de cara estrecha color de *terra-cotta*, de movimientos vivos, de pies y manos finamente articuladas. Iras es una muchacha gruesa, bonachona, algo fatua, con una profusión de pelo rojo, y la tendencia de reirse con cualquier motivo.

CLEÓP. Deseo...

FTAT. (Insolente, á la arpista.) ¡A ver si paras, tú! La reina está hablando. (La arpista cesa de tocar.)

CLEÓP. (Al viejo músico.) Quisiera aprender á tocar el arpa por mis propias manos. A César le gusta la música. ¿Podrías enseñarme?

MÚS. ¿Qué duda? Seguramente yo y nadie más puede enseñar a la reina. ¿No soy yo el descubridor del método de los antiguos egipcios, que se había perdido, y con el que se podía hacer temblar una pirámide tocando un bordón? Todos los demás maestros son unos ignorantes, más de una vez se lo he probado.

CLEÓP. Bien, tú me enseñarás. ¿Cuánto tiempo se necesitará?

MÚS. Poco, unos cuatro años. Vuestra majestad tendrá primero que imponerse en la filosofía de Pitágoras.

CLEÓP. Y ella, (Señalando á la esclava.) ¿también se impuso en la filosofía de Pitágoras?

MÚS. ¡Oh! ella no es más que una esclava. Aprende como aprendería un perro.

CLEÓP. Pues bien, yo también quiero aprender como un perro. Me darás una lección diaria durante quince días. (El Músico se pone súbitamente de pie y se inclina profundamente) Transcurridos éstos, cada vez que yo dé una nota falsa, serás flagelado, y si doy tantas que no haya tiempo para flagelarte, serás arrojado al Nilo para alimentar á los cocodrilos. Dad una pieza de oro á la muchacha y despedidlos.

MÚS. (Muy encogido.) Pero si el arte verdadero no hay que violentarlo así.

FTAT. (Empujándolo hacia fuera.) ¿Qué es eso? ¿Te atreves á replicar á la reina? ¡Fuera!

(Es arrojado por Ftatatita, seguido de la esclava con su arpa, en medio de las risas de las damas y esclavas.)

CLEÓP. Y ahora, ¿hay alguna de vosotras que sepa divertirme? ¿Sabéis algunas historias ó algunas noticias?

IRAS Ftatatita...

CLEÓP. ¡Qué Ftatatita, Ftatatita! ¡Siempre Ftatatita! Algún chisme nuevo contra ella.

IRAS No, esta vez Ftatatita ha sido honrada. (Todas las damas se ríen; las esclavas no.) Potino ha estado tratando de sobornarla para que le deje hablarte.

CLEÓP. (Furiosa.) ¡Ah, es que entonces todas vendéis

audiencias mías! Como si yo tuviese que recibir á quien os dé la gana á vosotras, no á quien me plazca á mí. Quisiera saber cuánto tendrá esa muchacha del arpa que dar de su moneda de oro antes de salir de palacio.

IRAS Podemos averiguarlo.

(Las damas se ríen.)

CLEÓP. (Arrugando la frente.) Os reís, pero cuidado, cuidado. Algun día encontraré medio de hacerme servir y obedecer como César.

CHAR. ¡Aquel viejo narizotas! (Ríen de nuevo.)

CLEÓP. (Indignada.) ¡Silencio! Charmian, no te pongas tonta. ¿Sabes por qué os he permitído á todas decir impertinencias á vuestro albedrío, en vez de trataros como Ftatatita os trataría si ella fuese la reina?

CHAR. Porque tratas de imitar á César en todo, y ya se sabe que él permite á todos decirle cuanto se les antoja.

CLEÓP. No, sino porque un día le pregunté por qué hacía eso y me dijo: «Deja á tus damas charlar y aprenderás algo de ellas.»—«¿Qué he de saber yo por ellas?» dije, y contestó:—«Sabrás lo que son»; y había que ver los ojos que ponía al hablar así. Os habríais estremecido de terror, tontuelas. (Ellas se ríen. Se vuelve fieramente hacia Iras.) ¿De quién te ríes, de mí ó de César?

IRAS De César.

CLEÓP. Si fueses una tonta, te reirías de mí, y si no fueses una cobarde, no te asustarías de decírmelo. (Vuelve Ftatatita.) Ftatatita, me dicen que Potino te ha ofrecido una propina para que sea admitido á mi presencia.

FTAT. Juro por los dioses de mis antepasados...

CLEÓP. (Interrumpiéndola despóticamente.) ¿No te he prohibido negar las cosas? Te pasarías todo el día jurando por los dioses de tus antepasados si te dejara. Anda y toma la propina, y trae aquí á Potino. (Ftatatita quiere responder.) No me respondas. Anda.

(Ftatatita sale; Cleópatra se pone de pie y empieza á pasearse acá y allá entre su silla y la puerta, meditabunda. Todas se levantan y se ponen de pie.)

IRAS (Levantandose de mala gana.) ¡Ojalá ese César estuviese otra vez en Roma!

CLEÓP. (Amenazadora.) Mal día será para todas vosotras el que se vaya. ¡Oh, si no me avergonzara de dejarle ver que soy de corazón tan cruel como mi padre, te haría arrepentirte de tus palabras! ¿Por qué deseas que se vaya?

CHAR. Es que te vuelve tan terriblemente prosaica y seria, y sabia y filosófica... Eso es peor que ser beata á nuestra edad.

(Las damas se ríen.)

CLEÓP. ¿Acabaréis de reir? A ver si os callais.

CHAR. (Con resignación burlona) Bueno, bueno, no habrá más remedio que convivir con César.

(Ríen otra vez. Cleópatra rabia en silencio y sigue paseándose nerviosa de arriba á abajo. Ftatatita vuelve con Potino, el que se queda en la puerta.)

FTAT. (En la puerta.) Potino solicita ser oído por...

CLEÓP. Bien, bien, basta; deja que entre. (Vuelve á su asiento. Todos se sientan, mientras Potino avanza hacia el centro de la habitación. Ftatatita vuelve á su sitio anterior.) Bien, Potino, ¿cuáles son las últimas noticias de tus amigos rebeldes?

POT. (Altanero.) No tengo amigos entre los rebeldes y un preso no recibe noticias.

CLEÓP. No eres un preso en mayor grado que yo ó que César. Ya van seis meses que estamos asediados en este palacio por mis súbditos. Tienes la libertad de pasearte en la playa entre los soldados. ¿Puedo yo ir más allá ó lo puede César?

POT. No eres más que una niña, Cleópatra, y no comprendes estas cosas.

(Las damas se ríen. Cleópatra le mira de un modo extraño.)

CHAR. Veo, Potino, que no estás enterado de las últimas noticias.

POT ¿Cuáles son?

CHAR. Que Cleópatra ya no es una niña. ¿Quieres que te indique el medio de hacerte mucho más viejo y mucho, mucho más sabio en el espacio de un día?

POT. Preferiría hacerme más sabio sin envejecer.

CHAR. Pues bien, súbete hasta la cúspide del faro

y encarga á alguien que te coja del pelo y te tire al mar. (Las damas se ríen.)

CLEÓP. Tiene razón, Potino: si así haces, te sacarán con mucha presunción de menos; el agua se habrá llevado una buena parte de ella. (Las damas se ríen. Cleópatra se levanta impaciente.) Salid todas. Tengo que hablar á solas con Potino. Ftatatita, despeja. (Salen precipitadamente en medio de grandes risas. Ftatatita cierra la puerta detrás de ellas.) ¿Qué estás esperando?

FTAT. No es costumbre que la reina permanezca sola con...

CLEÓP. (Interrumpiéndola.) Ftatatita, ¿me obligarás á sacrificarte á los dioses de tus antepasados para enseñarte que yo soy la reina de Egipto y no tú?

FTAT. (Indignada.) Eres como todas. Eres lo que los romanos llaman la mujer nueva. ¡Vaya con el modernismo! (Sale cerrando la puerta con estrépito.)

CLEÓP. (Volviendo á sentarse.) Ahora, Potino, dime por qué sobornaste á Ftatatita para que te introdujera aquí.

POT. (Mirándola seriamente.) Cleópatra, lo que acaban de decir es verdad. Estás cambiada.

CLEÓP. Hablaras con César á diario durante seis meses y también cambiarías.

POT. Corren voces de que estás prendada de aquel viejo.

CLEÓP. ¡Prendada! ¿Qué quiere decir eso? Que estoy hecha una tonta. ¡Ay, no! ¡Ojalá lo estuviera!

POT. ¿Deseas estar hecha una tonta? No lo entiendo.

CLEÓP. Escucha. Cuando estaba yo hecha una tonta, hacía lo que se me antojaba, excepto cuando Ftatatita me pegaba, y aun así la engañaba y lo hacía á hurtadillas. Ahora, cuando César me ha hecho sabia, son inútiles mis antojos. Hago lo que es preciso hacer y no tengo tiempo de atender á mis caprichos. No es la dicha, pero es grandeza. Si César se marchase, creo que yo podría gobernar á los egipcios, porque César es para

mí lo que soy para los necios que me rodean.

POT. (Mirándola fijamente.) Cleópatra, ¿no será eso la vanidad de la juventud?

CLEÓP. No, no; no es que yo sea tan lista, pero los demás son tan estúpidos...

POT. (Meditabundo.) Verdad, eso es el gran secreto.

CLEÓP. Bien, ahora dime lo que querías decirme.

POT. (Apurado.) ¡Yo! Nada...

CLEÓP. ¿Nada?

POT. Cuando más, pedir mi libertad: eso es todo.

CLEÓP. Para eso hubieras ido á suplicar á César. No, Potino, tú vienes con algún plan para cuya realización era preciso que Cleópatra fuera una gatita de cría. Ahora que Cleópatra es una reina, el plan se malogró.

POT (Inclinando sumiso la cabeza.) Así es.

CLEÓP. (Alborozada.) ¡Ya!

POT. (Mirándola impertérrito.) ¿De modo que Cleópatra de veras es reina, y no más una prisionera y esclava de César?

CLEÓP. Potino, todos somos esclavos de César en este país de Egipto, que lo queramos ó no lo queramos. Y Cleópatra, que es bastante sabia para conocerlo, reinará cuando se vaya César.

POT. Aludes á la marcha de César.

CLEÓP. Bien, ¿y qué?

POT. ¿No te ama?

CLEÓP. ¡A mí, Potino! César no ama á nadie. ¿A quién se ama? Sólo á quien no se odia; cuando amamos, todos son extraños y enemigos para nosotros excepto la persona á quien amamos. Con César no pasa nada de eso. En su corazón no cabe el odio; hace amistades con cualquiera y juega con los perros y los chiquillos. Su bondad para conmigo es maravillosa; ni mi padre, ni mi madre, ni mi aya me han cuidado con tanto cariño, ni manifestado sus pensamientos con tanta franqueza.

POT. Bien, y eso ¿no es amor?

CLEÓP. ¡Quiá! si haría otro tanto por cualquier muchacha que encontrara en su regreso á

Roma. Mira á su esclavo Britano; tan bueno es para él como para mí. ¡Qué digo! mira á su propio caballo, con qué cariño le trata. Su bondad no se refiere especialmente á mí; está en su propia naturaleza.

POT. Pero, ¿cómo puedes estar segura de que no te quiere como los hombres quieren á las mujeres?

CLEÓP. Porque no puedo lograr que tenga celos. Lo intenté.

POT. ¡Ah! ¿sí, eh?... Entonces, ¿le amas tú?

CLEÓP. ¿Se puede amar á un dios? Además, amo á otro romano; uno á quien vi mucho antes que á César. No es un dios, pero es un hombre; uno que sabe amar y odiar, uno á quien puedo herir y lastimar, y que puede herirme y lastimarme á mí.

POT. Esto, ¿lo sabe César?

CLEÓP. Sí.

POT ¿Y no lo siente?

CLEÓP. ¡Me ha prometido mandármelo á Egipto para darme gusto!

POT. No comprendo á ese hombre.

CLEÓP. (Con desprecio supremo.) ¡Tú entender á César! ¿Cómo habías de entenderle? (Con orgullo.) Yo le entiendo... por instinto.

POT. (Deferente, después de reflexionar un momento.) La reina me ha mandado llamar. ¿Qué es lo que la reina quiere decirme?

CLEÓP. Esto: piensas que haciendo rey á mi hermano, tú mandarás en Egipto, porque eres su ayo, y él es un chico tonto.

POT. A la reina le place hablar así.

CLEÓP. A la reina le place decir también lo siguiente: que César se os comerá á tí, á Aquilas y á mi hermano, como un gato se come tres ratones, y que se echará á la espalda este país de Egipto como un pastor se echa su capote. Y después de hacer esto, volverá á Roma y dejará aquí á Cleópatra de virreina.

POT. (Estallando en ira.) Eso no lo hará jamás. Por cada diez hombres suyos tenemos mil y le arrojaremos á él y sus míseras legiones al mar.

CLEÓP. (Con desdén, levantándose para salir.) Fanfarroneas como quien no sabe lo que se dice. Anda, pues, y ponte al frente de tus miles; pero date prisa, porque Mitrídates de Pérgamo está al llegar con refuerzos para César. César ha podido resistir con dos legiones; veremos lo que hace con veinte.

POT Cleópatra...

CLEÓP. Basta, basta. Desde que conozco á César, me es penoso el hablar con seres como tú. (Sale. Potino, con un ademán de rabia, va á salir también, cuando Ftatatita entra y le detiene).

POT. Deja que salga de este lugar aborrecido.

FTAT. ¿Cuál es tu enojo?

POT. La maldición de todos los dioses de Egipto caiga sobre ella. Ha rendido su país al romano para podérselo recomprar con sus besos.

FTAT. Insensato, ¿no te dijo que estaba deseando la marcha de César?

POT. ¿De modo que escuchaste?

FTAT. Procuré que hubiese una mujer respetable á mano mientras estabas con ella hablando.

POT. Por los dioses...

FTAT. Basta de dioses. Los dioses de César son los que tienen poder aquí. Es inútil que te veas con Cleópatra, pues no eres más que egipcio. No escuchará á nadie de su propia raza; nos trata á todos como á niños.

POT. ¡Así se muera!

FTAT. (Fatídica.) ¡Así se pudra tu lengua! Anda, manda acá á Lucio Septimio, el asesino de Pompeyo. Es romano; tal vez ella le haga caso. Anda.

POT. (Sombrío.) Sé adonde tengo que andar ahora.

FTAT. (Recelosa.) ¿A dónde?

POT. A ver á un romano de más fuste que Lucio. Fíjate en lo que voy á decir. Antes de llegar César, te figuraste que á estas horas Egipto sería gobernado por tí y tu taifa en nombre de Cleópatra. Me opuse á ello y...

FTAT. (Interrumpiéndole replicando.) Sí, para que fuese gobernada por tí y los tuyos en nombre de Ptolomeo.

POT. Antes yo y aun tú, que una mujer con co-

razón romano; y pues eso es Cleópatra... Pero ella no gobernará mientras yo viva. Tenlo presente y obra en consecuencia. (Sale.)

(Se acerca la hora de comer. Se está poniendo la mesa en la terraza del palacio. Sube allí Rufio, conducido por un majestuoso funcionario palaciego que lleva en la mano un bastón insignia de su cargo, y seguido por un esclavo que lleva una silla con incrustaciones. Después de subir muchos escalones, por fin llegan á una columnata maciza en el terrado. Entre las columnas de los lados Norte y Este hay tendidas unas cortinas para templar los rayos abrasadores del sol. El funcionario lleva á Rufio á un sitio de sombra. Una cuerda que sirve para correr las cortinas cuelga en las columnas.)

FUNC. (Inclinándose.) El caudillo romano se dignará esperar á César aquí.

(El esclavo pone la silla cerca de la columna que está más al Sur y se desliza afuera por entre las cortinas.)

RUFIO (Sentándose, un poco, sin respiración.) ¡Ah, qué subida! ¿A qué altura estamos?

FUNC. Estamos en el terrado del palacio. ¡Oh, favorito de la victoria!

RUFIO Bien, de modo que el favorito de la victoria no tiene ya que subir más escalones.

(Otro funcionario entra por el lado opuesto, andando de espaldas.)

2.º FUNC. César se acerca.

(César, que acaba de salir del baño, lleva una túnica nueva de seda purpúrea. Entra rozagante y de humor festivo, seguido de dos esclavos que traen un triclinio parecido á una silla larga, primorosamente labrado. Lo colocan cerca de la columna que, de las dos que sostienen la cortina, está más al Norte. Luego se retiran, y los dos funcionarios, después de ceremoniosa reverencia, hacen otro tanto. Rufio se levanta para recibir á César.)

CÉSAR (Acercándosele.) ¡Hola, Rufio! (Mirándole con sorpresa y admiración.) ¿Qué es eso? ¡Un cinto nuevo! ¡Un pomo de oro en tu espada! ¡Y te has cortado el pelo! ¡Y no tiene la barba... vamos (Olfateándole la barba.) eso es, perfumada, por Júpiter Olímpico!

RUFIO (Gruñendo.) ¿Ha sido acaso por mi gusto?

CÉSAR (Cariñoso.) No, amigo Rufio; ya sé que ha sido por mí, para celebrar mi natalicio.

RUFIO (Desdeñoso.) ¡Tu natalicio! Siempre es tu natalicio cuando hay una muchacha bonita que obsequiar ó un embajador á quien halagar. El año pasado recuerdo tuvimos siete natalicios tuyos en diez meses.

CÉSAR (Contrito.) Es verdad, Rufio. Nunca me apartaré de estas pequeñas engañifas.

RUFIO ¿Quién va á comer con nosotros... además de Cleópatra?

CÉSAR Apolodoro, el siciliano.

RUFIO ¿Aquél danzante?

CÉSAR Pues es un hombre muy divertido, cuenta historias, canta muy bien y nos quita el trabajo de echar flores á la reina. Ella no se divierte con unos viejos políticos y soldadotes como nosotros. No lo dudes, Apolodoro es una buena compañía para la mesa.

RUFIO Sí, sabe nadar un poco y maneja la espada un poco; no es de los peores, pero si pudiese siquiera callar un poco...

CÉSAR ¡No lo quieran los dioses! ¡Oh, esta vida militar, esta aburrida y brutal existencia de hombres de acción! Es lo malo que tenemos los romanos: sólo somos trabajadores, bestias de carga, un enjambre de abejas convertidas en personas. Para eso prefiero un buen hablador que tenga bastante ingenio é imaginación para vivir sin tener continuamente que hacer algo.

RUFIO ¡Ah, buen rato pasaría contigo de sobremesa tal hombre! Hablando de todo, habrás notado que he venido antes de la hora.

CÉSAR ¡Ah, sí, me figuro que eso significa algo! ¿Qué es?

RUFIO ¿Nos pueden escuchar aquí?

CÉSAR El vernos solos invita á ello. Esto se puede remediar. (Da dos palmadas. Las cortinas se corren y dejan ver el jardín del terrado con una mesa puesta para cuatro personas en medio. Los cubiertos se hallan colocados del modo siguiente: uno en cada extremo y dos juntos en un lado. El lado más próximo á César y Rufio está cubierto de copas de oro y fuentes

del mismo metal. Un mayordomo, espléndidamente trajeado, está dirigiendo á los esclavos que ponen la mesa. La columnata circunda el jardín por ambos lados hasta su extremo en donde una ancha abertura, á modo de portal, deja visible el cielo más allá del borde occidental del tejado, excepto en el centro, pues allí se yergue una estatua de tamaño natural del dios Ra, sentado en un plinto colosal, con cabeza de gavilán y una corona formada por un aspid y un disco. El altar á sus piés es una sencilla piedra blanca.) Ahora todo el mundo puede vernos, nadie pensará en escuchar lo que hablemos. (Se sienta en el banco dejado por los esclavos.)

RUFIO (Se sienta en su silla.) Potino desea hablarte. Te aconsejo que te veas con él; aquí se trama algo entre las mujeres.

CÉSAR ¿Quién es Potino?

RUFIO Aquél con el pelo que se parece á una piel de ardilla. El domador del pequeño rey, á quien pusiste preso.

CÉSAR (Aburrido.) Pero ¿no se escapó?

RUFIO Quiá.

CÉSAR (Levantándose imperioso.) ¿Por qué no? Habrás estado vigilando á ese hombre en vez de vigilar al enemigo. ¿No te he dicho siempre que dejes escapar á los prisioneros aunque haya órdenes en contra? ¿No hay bastantes bocas ya que alimentar sin él?

RUFIO Sí, y si tuvieses un poco de juicio y me hubieses permitido cortarle el pescuezo, te habrías ahorrado sus raciones. De todos modos no quiso escaparse. Tres centinelas le amenazaron con atravesarle con sus lanzas si le volvían á ver. ¿Qué más podían hacer? El prefiere estar y espiarnos. Yo haría lo mismo si me viese en manos de un general que le da por la clemencia.

CÉSAR (Volviendo á su asiento, sin poder contestar nada á esas razones.) Bueno, ¿de modo que desea verme?

RUFIO Sí, le he traído conmigo. Está esperando ahí. (Señalando con el pulgar por encima de su hombro.) custodiado por un guardia.

CÉSAR Y deseas que me vea con él.

RUFIO (Obstinado.) No deseo nada. Ya sé que harás lo que se te antoje; no me eches á mí la culpa de nada.

CÉSAR (Como cediendo á las instancias de Rufio.) En fin, bueno, dile que pase.

RUFIO (Llamando.) ¡Eh, guardia! Suelta á ese hombre y deja que suba. (Con un ademán.) Entra, entra.

(Potino entra y se queda parado entre los dos, receloso, mirando sucesivamente á uno y á otro.)

CÉSAR (Cortés.) ¡Hola, Potino, bienvenido! ¿Qué hay de bueno?

POT. Vengo, César, á advertirte de un peligro y hacerte una oferta.

CÉSAR No importa el peligro. Venga la oferta.

RUFIO No importa la oferta. ¿Cuál es el peligro?

POT. César, tú crees que Cleópatra te es afecta.

CÉSAR (Serio.) Amigo, yo sé lo que creo, deseo saber tu oferta.

POT. Hablaré con toda lealtad. No sé con ayuda de qué dioses extraños te has visto capaz de defender un palacio y unas pulgadas de playa contra toda una ciudad y un ejército. Desde que te cortamos la comunicación con el lago Mareotis é hiciste brotar manantiales de agua fresca en los arenales salitrosos hemos conocido que tus dioses son irresistibles y que eres un hacedor de milagros. No quiero seguir amenazándote.

RUFIO (Burlón.) ¡Qué amable eres!

POT. Eso es; eres dueño de la situación. Nuestros dioses mandaron los vientos noroestes para entregarte en nuestras manos, pero tú supiste burlarlos.

CÉSAR (Costesmente, apremiándole para que llegue al asunto.) Bien, bien, amigo mío. Pero ¿qué más?

RUFIO Desembucha, hombre. ¿Qué es lo que tienes que decir?

POT. Tengo que decir que tienes una traidora en tu campamento. Cleópatra...

MAY. (Junto á la mesa, anuncia.) ¡La reina! (César y Rufio se levantan.)

RUFIO (Aparte á Potino.) Debieras haber hablado antes, imbécil. Ahora ya es tarde.

(Cleópatra, en vestiduras deslumbrantes, entra pomposamente por el hueco ancho de la columnata y pasando por delante de la estatua de Ra y de la mesa se acerca á César. Su comitiva á cuyo frente se halla Ftatatita, se reune con los esclavos que ponen la mesa. César ofrece su asiento á Cleópatra, la que acepta.)

CLEÓP. (Vivamente al ver á Potino.) ¿Qué hace ese aquí?

CÉSAR (Sentándose á su lado, con suma amabilidad) Estaba precisamente hablándome de tí. Podrás oirlo. Potino, acércate.

POT (Desconcertado.) César... (Balbucea.)

CÉSAR Vamos, habla.

POT. Lo que tengo que decir es para los oídos de César, no los de la reina.

CLEÓP. (Con ferocidad reprimida.) Hay medios de hacerte hablar. Ten cuidado.

POT. (Desafiándola.) César no emplea semejantes medios.

CÉSAR Amigo mío, cuando un hombre en este mundo tiene algo que decir, la dificultad no consiste en hacérselo decir, sino en impedirle que lo diga demasiadas veces. Permíteme celebrar mi natalicio devolviéndote la libertad. Adiós, no volveremos á encontrarnos.

CLEÓP. (Enojada.) César, esa generosidad es locura.

POT (A César.) ¿No quieres concederme una audiencia particular? Tu vida puede que dependa de ella. (César se levanta altanero.)

RUFIO (Aparte á Potino.) ¡Animal! Buena la hiciste. Ahora vendrá un discurso de los consabidos.

CÉSAR (En tono de orador.) Potino...

RUFIO (Interrumpiéndole.) César, por Júpiter, la comida se va á echar á perder si empiezas á soltar tu discurso sobre la vida y la muerte.

CLEÓP. (Inmiscuyéndose.) Calla, Rufio. Quiero oir á César.

RUFIO (Impasible.) Si ya lo oiste otras veces. La semana pasada lo repetiste á Apolodoro, y él se figuró que todo era de tu propia cosecha. (César pierde su seriedad, le hace gracia la cosa, y se sienta mirando maliciosamente á Cleópatra que está furiosa. Rufio llama como antes.) ¡Eh, guardia! Deja pasar al prisionero. Ya es libre. (A Poti-

no.) ¡Ahora márchate! Has desperdiciado la ocasión.

POT. (Olvidando la prudencia y dejándose llevar por sus sentimientos.) Quiero hablar.

CÉSAR (A Cleópatra.) ¿No lo dije? La tortura no le hubiese arrancado una sola palabra.

POT. César, enseñaste á Cleópatra las artes por las que los romanos gobiernan el mundo.

CÉSAR ¡Ay, si no saben gobernarse á sí mismos! Pero sigue.

POT. Eres ciego. Su belleza te ofusca hasta el punto de no ver que está impaciente por reinar sola en Egipto, y que todos sus anhelos son de que te marches.

CLEÓP. (Levantándose.) ¡Mientes!

CÉSAR (Contrariado.) ¿Qué es eso, protestaciones, contradicciones? Tengamos la fiesta en paz.

CLEÓP. (Avergonzada, pero temblando de rabia contenida.) No. No me digno contradecirle. Que hable. (Se vuelve á sentar.)

POT. Lo escuché de los propios labios de Cleópatra. No eres más que su instrumento; sirves para arrancar la corona de la cabeza de Ptolomeo, ponérsela en la suya, y entregarnos á todos en manos de ella, entregándote á tí también. Y entonces César podrá volver á Roma ó retirarse por la puerta de la muerte que está más próxima y más segura.

CÉSAR (Calmoso.) Pero, amigo mío, ¿no es eso muy natural?

POT. (Atónito.) ¡Natural! Entonces, ¿no tienes resentimiento de que te traicionen?

CÉSAR ¡Yo resentimiento! ¡Oh, necio, qué poco me conoces! ¿Tengo acaso resentimiento con el viento cuando me enfría, ó con la noche cuando me hace tropezar en las tinieblas? ¿He de vengarme de la juventud porque se aparta de la vejez, y de la ambición porque se aparta de quien la domina? Contarme á mí eso es como decirme que mañana saldrá el sol.

CLEÓP. (Incapaz de contenerse.) Pero si es mentira, mentira, lo juro.

CÉSAR No es mentira, aunque mil veces juraras lo

contrario y creyeras lo que juras. (Cleópatra está sumamente emocionada. Para que se tranquilice, César se levanta y empuja á Potino hacia Rufio, diciendo:) Anda, Rufio, vamos á ver cómo Potino pasa por el puesto de guardia. Tengo que decirle una palabra. (Aparte á ellos) Dejemos que la reina recobre la calma. (En voz alta.) Venid. (Se lleva á Potino y á Rufio, hablando con ellos.) Diles á tus amigos, Potino, que no deben figurarse que yo estoy opuesto á un arreglo razonable de los asuntos del país... (Se alejan y su voz se pierde en la distancia.)

CLEÓP. (Con bisbiseo ahogado.) Ftatatita, Ftatatita.

FTAT. (Corriendo hacia ella desde la mesa y acariciándola) Tranquilízate, hijita mía, no te sofoques.

CLEÓP. (Interrumpiéndola.) ¿Nos pueden oir?

FTAT. No, queridita, no.

CLEÓP. Escúchame. Si sale vivo del palacio, no vuelvas á mirarme á la cara.

FTAT. ¿Quién? Pot...

CLEÓP. (Tapándole la boca con un manotón.) Apaga su vida como apagué su nombre de tus labios con esta mano. Tírale desde lo alto de la muralla. Aplástale contra la piedra. ¡Mátale, mátale, mátale!

FTAT. (Enseñando todos los dientes.) El infame morirá.

CLEÓP. Si no lo logras, no vuelvas á parecer delante de mis ojos.

FTAT. (Resuelta.) Así sea. No volverás á ver mi cara hasta que sus ojos se hayan cerrado para siempre.

(César vuelve con Apolodoro, exquisitamente vestido, y con Rufio.)

CLEÓP. (A Ftatatita.) Vuelve pronto... pronto. (Ftatatita la mira con aire significativo, luego sale pasando por delante de Rufio. Cleópatra corre como una gacela hacia César.) Por fin has vuelto hacia mí, César. (Zalamera.) Creí que estabas enfadado. Bienvenido, Apolodoro. (Le da su mano á Apolodoro, cogiendo con el otro brazo á César por el hombro.)

APOL. Cleópatra cada día más hermosa.

CLEÓP. ¿De veras, Apolodoro?

APOL. Aun falta mucho para decir la verdad. El

amigo Rufio tiró una perla al mar, y César pescó un diamante.

CÉSAR Lo que pescó César, amigo mío, fué un ligero reuma. Vamos á comer, vamos á comer. (Se dirigen hacia la mesa.)

CLEÓP. (Retozando como una cervatilla.) Sí, sí, á comer. Verás qué comida he mandado preparar para tí, César.

CÉSAR Sí, ¿eh? ¿Qué nos darán de comer, pues?

CLEÓP. Sesos de pavo real.

CÉSAR (Como si la boca se le hiciera agua.) ¡Sesos de pavo real! ¿Qué me dices, Apolodoro?

APOL. No me llaman la atención. Prefiero lenguas de ruiseñor. (Va hacia uno de los dos cubiertos que están juntos.)

CLEÓP. Jabalí asado, Rufio.

RUFIO (Glotón.) Magnífico. (Va hacia el cubierto á la izquierda de Apolodoro.)

CÉSAR (Arrimando su asiento á un extremo de la mesa, á mano derecha de Rufio.) ¿Qué se ha hecho de mi almohadón de cuero?

CLEÓP. (Al extremo opuesto.) Mandé hacer almohadones nuevos para tí.

MAY. Estos, César, son de gasa de Malta y están rellenados con hojas de rosas.

CÉSAR ¡Hojas de rosas! ¡Ni que fuese yo una oruga! (Tira los almohadones y se sienta en el de cuero que estaba debajo.)

CLEÓP. ¡Qué desaire! ¡Mis lindos almohadones!

MAY. (Detrás de César.) ¿Qué serviremos para estimular el apetito de César?

CÉSAR ¿Qué hay?

MAY. Erizos de mar, bellotas blancas y negras de mar, ortigas de mar, becafigos, salmonetes...

CÉSAR ¿No hay ostras?

MAY. Sí, por cierto.

CÉSAR ¿Ostras británicas?

MAY. (Meneando afirmativamente la cabeza.) Sí, ostras británicas, César.

CÉSAR Entonces ostras. (El Mayordomo hace señal á un esclavo á cada orden que recibe, y el esclavo sale á ejecutarla.) He estado en Bretaña, aquel fabuloso país occidental, el último extremo de

tierra en orillas del océano que rodea al mundo. Fuí allí en busca de las famosas perlas británicas. Las perlas británicas resultaron una fábula, pero buscándolas encontré las ostras británicas.

APOL. Toda la posteridad te bendecirá por ello. (Al Mayordomo.) Erizos de mar para mí.

RUFIO ¿No hay nada más sólido para empezar?

MAY. Zorzales con espárragos...

CLEÓP. (Interrumpiendo.) Pollos cebados. Toma unos pollos cebados, Rufio.

RUFIO Bien, estoy conforme.

CLEÓP. Para mí zorzales.

MAY. César se dignará elegir vino: hay vinos de Sicilia, de Lesbos, de Chios...

RUFIO (Con desprecio.) Griegos todos.

APOL. Por Júpiter, ¿quién beberá vino romano pudiendo tener griego? Prueba Lesbos, César.

CÉSAR A mí que me traigan mi agua de cebada.

RUFIO (Con asco.) ¡Uf! Tráeme mi buen falerno. (Se lo traen al punto.)

CLEÓP. (Mohina.) Es inútil gastar en obsequiarte con comidas, César. Mis fregonas no se contentarían con tu modo de comer.

CÉSAR (Cediendo.) Bien, bien, probaré el Lesbos. (El Mayordomo llena la copa de César, luego la de Cleópatra y la de Apolodoro.) Pero cuando vuelva á Roma legislaré contra semejantes excesos y procuraré que la ley se cumpla.

CLEÓP. (Cariñosa.) No importa. Hoy tienes que ser como las demás personas: perezoso, sensual amable. (Le tiende la mano por encima de la mesa.)

CÉSAR Bien, por una vez voy á sacrificar mis gustos, (Besa la mano de Cleópatra) mira (Toma un sorbo de vino.) Ahora, ¿estás satisfecha?

CLEÓP. Y tú, ¿ya no crees que estoy deseando tu marcha para Roma?

CÉSAR Ya no creo cosa alguna. Mi cerebro está dormido. Además, ¿quién sabe si yo volveré á Roma?

RUFIO (Alarmado.) ¡Eh! ¡Cómo! ¿Qué es eso?

CÉSAR ¿Qué puedo yo ver en Roma que no haya visto ya? Un año en Roma es como otro, con la diferencia de que me hago cada vez más

viejo, mientras la muchedumbre en la Via Apia siempre conserva la misma edad.

APOL. No es de otro modo en Egipto. Los viejos, cuando están hartos de vivir, dicen: «Lo hemos visto todo, excepto el nacimiento del Nilo»

CÉSAR (Su imaginación se inflama.) ¿Y por qué no ver aquello también? Cleópatra, ¿quieres acompañarme y remontar el río hacia su origen, hasta el corazón de las regiones del misterio? ¿Quieres que dejemos á Roma detrás de nosotros, Roma que sólo se hizo grande para llegar á conocer cómo la grandeza es la pérdida de las naciones que se componen de hombres que no son grandes? ¿Quieres que te cree allí un nuevo reino y te construya una ciudad sagrada allá en aquellos parajes desconocidos?

CLEÓP. (Arrobada.) Sí, sí quiero.

RUFIO Sí, ahora conquistará á Africa con dos legiones antes de que lleguemos al jabalí asado.

APOL. Vamos, no burlarse. Ese es un noble intento; en él César deja de ser el mero soldado conquistador para elevarse al papel del creador poeta-artista. Demos un nombre á la ciudad sagrada y celebrémoslo con vino de Lesbos.

CÉSAR Que sea Cleópatra la que elija el nombre.

CLEÓP. Pues que se llame «Presente de César á su amada.»

APOL. No, no; un nombre más grandioso, algo universal, como el firmamento estrellado.

CÉSAR (Prosaico.) ¿Por qué no, sencillamente: «La Cuna del Nilo?»

CLEÓP. No; el Nilo es mi antepasado y es un dios. Ah, se me ocurre ahora. El Nilo se dará su nombre él mismo. Mandémosle subir. (Al Mayordomo.) Dile que suba. (Los tres hombres se miran estupefactos, pero el Mayordomo sale como si hubiese recibido la orden más natural del mundo.) Vosotros, (A la comitiva) retiraos. (La comitiva, haciendo reverencias, se retira.)

(Entra un sacerdote, trayendo una esfinge en miniatura

con un minúsculo trípode delante de sí. Un trocito de incienso está humeando en el trípode. El sacerdote se acerca á la mesa y coloca la imagen en medio de ella. La luz empieza á cambiar adquiriendo los tonos purpúreos de la puesta del sol egipcia, como si el dios hubiese traído una sombra de extraño matiz. Los tres hombres estan resueltos á no dejarse impresionar, pero á pesar suyo, sienten cierta opresión.)

CÉSAR ¿Qué brujería es esa?

CLEÓP. Ya verás. No es brujería. Para hacerlo propiamente, habría que matar á alguien para complacer al dios, pero tal vez conteste á César sin eso si vertemos un poco de vino para él.

APOL. (Volviendo la cabeza para mirar á Ra por encima del hombro.) ¿Por qué no invocais á ese vuestro amigo de la cabeza de gavilán.

CLEÓP. (Nerviosa.) ¡Chist! Te oirá y se enfadará.

RUFIO (Flemático.) La Cuna del Nilo sin duda no es de su distrito.

CLEÓP. No; quiero que nadie más que mi querida pequeña esfinge dé el nombre á mi ciudad, fué entre sus brazos durmiendo como me encontró César por primera vez. (Lanza á César una mirada lánguida; luego se vuelve sin cumplidos hacia el sacerdote.) Retírate, soy una sacerdotisa y tengo poder para cumplir con la ceremonia en tu lugar. (El sacerdote se inclina y sale.) Ahora llamemos todos juntos al Nilo... á ver si hace hablar á la mesa.

CÉSAR ¡Una mesa parlante! ¡Todavía se cree en semejantes paparruchas en el año 707 de la República!

CLEÓP. No es una paparrucha; por las mesas nuestros sacerdotes se enteran de muchas cosas. ¿No es verdad, Apolodoro?

APOL. Sí, confieso que me he convencido. Cuando Cleópatra hace de sacerdotisa Apolodoro es creyente. Que empiece la invocación.

CLEÓP. Debeis decir conmigo: «Mándanos tu voz, Padre Nilo.»

LOS CUATRO (Poniendo sus copas delante del ídolo.) Mándanos tu voz, Padre Nilo.

(El grito de muerte de un hombre aterrorizado y ago-

nizante les contesta. Espantados, los hombres ponen sus copas en la mesa y escuchan. Silencio. El arrebol se hace más intenso en el cielo. César mirando á Cleó-patra, la ve vertiendo vino delante del ídolo, con ojos centelleantes y mudas demostraciones de gratitud y bendición. Apolodoro se levanta precipitadamente y corre hacia el borde del tejado para mirar hacia abajo y escuchar.)

CÉSAR (Mirando penetrantemente á Cleópatra.) ¿Qué ha sido eso?

CLEÓP. (Petulante.) Nada. Estarán pegando á algún esclavo.

CÉSAR ¿Nada?

RUFIO Uno que tiene un puñal en el cuerpo, lo juraría.

CÉSAR (Levantándose.) ¡Un asesinato!

APOL. (Desde el foro agitando su mano como para imponer silencio.) ¡Chist! Callad. ¿Habeis oido aquello?

CÉSAR ¿Otro grito?

APOL. (Volviendo á la mesa.) No, un tumbo. Algo habrá caido abajo sobre las rocas, se me figura.

RUFIO (Levantándose.) Algo con huesos dentro, me parece.

CÉSAR (Extremeciéndose.) Calla, calla, Rufio. (Se aparta de la mesa yendo hacia la columnata; Rufio le imita quedándose á su izquierda, y Apolodoro sigue por la derecha.)

CLEÓP. (Todavía en su sitio á la mesa.) César, ¿me abandonas? ¿Te vas, Apolodoro?

APOL. La verdad, hermosa reina, se me ha quitado el apetito.

CÉSAR Bájate al patio, Apolodoro, y entérate de lo sucedido.

(Apolodoro menea la cabeza asintiendo y se dirige hacia la escalera por la que subió Rufio.)

CLEÓP. Los soldados tal vez hayan matado á alguien. ¿Qué importa?

(Un rumor como de muchedumbre sube desde la playa. César y Rufio se miran mutuamente.)

CÉSAR Hay que aclararlo. (Está á punto de seguir á Apolodoro cuando Rufio le detiene poniéndole una mano en el brazo. En aquel momento Ftatatitá vuelve desde el extremo apartado del tejado, con pasos rastreros,

con una expresión soñolienta de apetito satisfecho en los ojos y los ángulos de sus labios sanguinarios. Por un momento César cree que está ébria de vino. Rufio no; bien conoce el licor rojo que la embriagó.)

RUFIO (En voz baja.) Esas dos han hecho alguna.

FTAT. La reina puede volver á admitir á su presencia á su servidora.

(Cleópatra la mira un momento con una expresión de feroz alegría. Luego le echa los brazos al cuello, la besa repetidas veces con ímpetu; se arranca sus joyas y las amontona sobre ella. Los dos hombres apartan la vista de este espectáculo para mirarse uno á otro. Ftatatita se arrastra soñolienta hacia el altar, se arrodilla delante de Ra y permanece allí en oración. César va hacia Cleópatra dejando á Rufio junto á la columnata.)

CÉSAR (Con seriedad inquisitorial.) Cleópatra, ¿qué ha sucedido?

CLEÓP. (Con susto atroz, pero con tono sumamente zalamero.) Nada, querido César. (Con dulzura enfermiza y voz desfallecida.) Nada. Yo soy inocente. (Se acerca cariñosa á él.) Querido César, ¿estás enfadado conmigo? ¿Por qué me miras así? He estado aquí en tu compañía todo el rato. ¿Cómo voy á saber lo que ha sucedido?

CÉSAR (Recapitulando.) Es verdad.

CLEÓP. (Muy aliviada, trata de acariciarle.) Claro que sí. (El no responde á la caricia.) Que diga Rufio si es verdad.

(El rumor fuera aumenta de repente y se convierte en griterío para luego disminuir.)

RUFIO Ahora mismo voy á saber lo que pasa. (Se acerca al altar corriendo y toca á Ftatatita en el hombro.) Anda, mujer, que te necesito. (Le manda, con un ademán, ir delante de él.)

FTAT. (Levantándose y mirándole con ojos hostiles.) Mi sitio es al lado de la reina.

CLEÓP. Rufio, ella no ha hecho nada malo.

CÉSAR (A Rufio.) Déjala estar.

RUFIO (Sentándose en el altar.) Muy bien; entonces mi sitio es también aquí, y puedes tú mismo ir á ver lo que pasó. La ciudad esta alborotada, según parece.

CÉSAR (Con gran displicencia.) Rufio, ha llegado el momento de obedecer.

RUFIO — Ha llegado el momento de no hacerte caso. (Se cruza de brazos resueltamente.)

CÉSAR — (A Cleópatra.) Mándala salir.

CLEÓP. — (Con intención de aplacarle.) Sí. Haré cuanto pides, César, siempre, porque te amo. Ftatatita, retírate.

FTAT. — Obedezco á la reina. Estaré á mano por si la reina me llama. (Sale pasando por delante de Ra, por donde entró.)

RUFIO — (Saliendo detrás de ella.) No olvides, César, que tu guardia personal está á mano también. (Sale.)

(Cleópatra, extrañando la sumisión de César delante de Rufio, deja la mesa y se sienta en el banco colocado en la columnata.)

CLEÓP. — ¿Por qué permites á Rufio que tome ese tono contigo? Debieras enseñarle su lugar.

CÉSAR — Eso sería enseñarle á ser mi enemigo y á ocultarme sus pensamientos como ocultas ahora los tuyos.

CLEÓP. — (Volviendo á sentarse.) ¿Por qué dices eso, César? Créeme, créeme, no estoy ocultando nada. Haces mal en tratarme así. (Ahoga un suspiro.) No soy más que una niña y te vuelves duro para conmigo porque te figuras que se ha matado á alguien, como si yo tuviese la culpa. No puedo aguantarlo. (Intencionadamente se deja caer y llora. El la mira con tristeza profunda y perfecta calma. Ella levanta la vista para ver el efecto que produce. Al ver que está sin conmover, se incorpora como luchando con su emoción y tratando de quitársela.) Paciencia, ya sé que aborreces las lágrimas, ¡no te molestaré con ellas! Conozco que no estás enfadado, sino sólo triste. Pero yo soy tan loca, no puedo evitar entristecerme cuando me hablas con frialdad. Naturalmente, tienes mucha razón, es terrible pensar que se ha matado á alguien ó que se le ha herido, aunque sea, y espero que nada grave ha sido... (Su voz se apaga gradualmente al ver que la mira con desprecio.)

CÉSAR — ¿Qué es lo que te asusta de este modo? ¿Qué has hecho? (Abajo en la playa suena una trom-

peta.) ¡Ah! esos sonidos parecen una respuesta.

CLÉÓP. (Cayendo temblorosa en el banco y cubriéndose la cara con las manos.) No te he hecho traición, César, te lo juro.

CÉSAR Lo sé. No me he fiado de ti. (Se aparta de ella y va á salir cuando Apolodoro y Britano entran á empujones á Lucio Septimio. Rufio sigue tras éste. César se estremece.) ¡Otra vez el asesino de Pompeyo!

RUFIO La ciudad se ha vuelto loca, según parece. Están todos como si fueran á tirar abajo el palacio y arrojarnos al mar. Los hemos arrojado del patio y de paso apresamos á este renegado.

CÉSAR Soltadle. (Le sueltan los brazos.) ¿Por qué están alborotados los ciudadanos, Lucio Septimio?

LUCIO Ya podrías suponerlo. Potino era muy querido de ellos.

CÉSAR ¿Qué le ha pasado á Potino? Le puse aquí en libertad no hace media hora. ¿No le dejaron salir de palacio acaso?

LUCIO Ya lo creo que sí, desde el arco de la galería, á sesenta pies de altura, con tres pulgadas de acero en el pecho. Está muerto lo mismo que Pompeyo. Estamos en paz ahora en eso de matar tú y yo.

CÉSAR (Indignado.) ¡Asesinado... nuestro prisionero, nuestro huésped! (Se vuelve iracundo hacia Rufio.) Rufio...

RUFIO (Enfaticamente, anticipándose á la pregunta.) Quien sea quien lo hizo, fué un hombre precavido y amigo tuyo; (Cleópatra siente gran contento.) pero ninguno de nosotros puso en ello la mano. Te excusas, pues, de hacerme cargos á mí. (César se vuelve y mira á Cleópatra.)

CLEÓP. (Con violencia, levantándose.) Murió por orden de la reina de Egipto. No soy yo como Julio César el soñador, que permite á cualquier esclavo insultarlo. Ya dijo Rufio que hice bien, ahora los demás me juzgarán. (Se vuelve hacia los otros presentes.) Aquel Potino trató de hacerme conspirar con él para traicionar

á César y entregarle á Aquilas y Ptolomeo. Me negué á ello, y él me maldijo y vino á verse con César en audiencia particular para acusarme de su propia doblez. Le cogí en el hecho, y me insultó, á mí, la reina, en mi cara. César no quiso vengarme; al contrario, le habló con amabilidad y le puso en libertad. ¿No tuve razón en vengarme yo, dí, Lucio?

LUCIO — No lo puedo negar, pero César poco te lo ha de agradecer.

CLEÓP. — Habla tú, Apolodoro. ¿No tuve razón?

APOL. — Sí, hermosísima reina; pero á mi humilde parecer, debieras haberme encargado el asunto á mí, tu servidor; en un duelo bonito yo hubiese despachado al calumniador.

CLEÓP. — (Acalorada.) Que me juzgue tu propio esclavo, César. Habla, Britano, ¿no tuve razón?

BRIT. — Si la traición, la falsedad y la deslealtad quedasen impunes, la sociedad se trocaría en circo de fieras despedazandose mutuamente. César es quien no tiene razón.

CÉSAR — (Con calmosa amargura.) De modo que el fallo es contra mí.

CLEÓP. — (Vehemente.) Escúchame, César. Si en Alejandría se puede encontrar un solo hombre que diga que no tengo razón, te juro que me dejaré crucificar en la puerta de palacio por mis propios esclavos.

CÉSAR — Si en el mundo entero se puede encontrar un solo hombre, ahora ó en cualquier tiempo, para saber que hiciste mal, ese hombre tendrá que conquistar el mundo como hago yo á ser crucificado por él. (El alboroto en la calle aumenta.) ¿Estás oyendo? Esos que llaman á tu puerta también son de los que creen en que hay que vengarse y matar. Tú mataste á su caudillo, por lo tanto, tienen razón en quererte matar á ti. Si lo dudas, pregunta á estos tus cuatro defensores. Y entonces, en virtud de ese derecho (Acentúa con sorna estas palabras.) ¿no es mi deber matarlos á ellos como asesinos de su reina para

á mi vez ser matado por sus compatriotas como invasor de su patria? ¿Puede entonces Roma dejar de exterminar á esos matadores para demostrar ante el mundo cómo venga á sus hijos y su honor? Y así, hasta el fin de la historia, la matanza engendrará la matanza, siempre en nombre del derecho, del honor y de la paz, hasta que los dioses estén hartos de sangre y creen una raza que tenga juicio. (Tumulto estrepitoso. Cleópatra se pone pálida de terror.) Escucha, tú que no quieres ser insultada, acércate para oir sus palabras; cosas peores te dicen que Potino (Altanero, con aire de impenetrable dignidad) Ahora que la reina de Egipto dé órdenes para la venganza, y tome medidas para defenderse, porque á César renunció. (Se vuelve para salir)

CLEÓP. (Aterrorizada, precipitándose de rodillas á sus pies.) ¡César, no me abandonarás! ¡Defenderás el palacio!

CÉSAR Te abrogaste el poder de vida y muerte. No soy más que un soñador.

CLEOP. ¡Pero me matarán!

CÉSAR ¿Por qué no?

CLEÓP. Ten piedad...

CÉSAR ¡Piedad! ¡A eso hemos llegado tan pronto, que sólo te puede salvar la piedad! ¿La tuviste con Potino?

(Se levanta Cleópatra retorciéndose las manos y desesperada vuelve á dejarse caer en el banco. Apolodoro demuestra su simpatía por ella colocándose silencioso detrás del banco Entre tanto el cielo se ha teñido con los más rojos fulgores y luego empieza á cambiarlos por un color naranja claro incandescente, en el que las columnas y la estatua de Ra parecen cada vez más negras)

RUFIO César, basta de discursos, el enemigo está á las puertas.

CÉSAR (Volviéndose hacia él y dando rienda suelta á su enojo.) Sí. ¿Y qué es lo que le ha detenido todos esos meses delante de las puertas? ¿Fué mi necedad como creeis, ó vuestra sabiduría? En este mar rojo de sangre egipcio ¿qué

mano ha mantenido á flote todas vuestras cabezas? (Volviéndose á Cleópatra.) Y cuando César dice á un hombre: «amigo, vete, estás libre» tú, que temes por tu propia vida y te agarras á mi espada, te atreves á seguirle á escondidas los pasos y á apuñalarle por detrás. Y vosotros, caballeros y militares y leales servidores, podéis aplaudir ese asesinato y decir: César es quien no tiene razón. Por los dioses inmortales, ganas me dan de abrir la mano y dejaros hundiros en las olas.

CLEÓP. (Con un destello de esperanza) Pero César, si así haces, tú también perecerás.

(Los ojos de César echan fuego.)

RUFIO (Muy alarmado.) ¡Por Júpiter, maldita rata egipcia, no hubieses podido decir cosa mejor para hacer que salga sólo de aquí y deje que nos hagan pedazos! (Con desesperación á César.) ¿Nos vas á abandonar porque somos un hato de tontos? Yo no pienso hacer mal cuando mato; lo hago como un perro mata á un gato, por instinto. Todos somos perros bajo tu mando, y fieles como perros te hemos servido.

CÉSAR (Ablandándose.) ¡Ay, Rufio, hijo mío, ahora nos van á matar por las calles como á perros!

APOL. (Detrás del asiento de Cleópatra.) César, lo que dices no tiene vuelta de hoja; tienes razón y está dicho con arte. Pero no obstante, estoy al lado de Cleópatra. Si todos hemos de morir, no le ha de faltar el afecto y la fidelidad de un hombre ni un brazo que la defienda hasta el fin.

CLEÓP. (Jadeante.) Pero si yo no quiero morir.

CÉSAR (Triste.) ¡Qué actitud tan poco noble!

LUCIO (Avanzando entre César y Cleópatra.) Escúchame, César, será todo lo poco noble que quieras, pero yo también pienso vivir mientras se pueda.

CÉSAR Bien, amigo, probablemente sobrevivirás á César. ¿Crees que hay algo de magia en haber tenido en jaque á vuestro ejército y á

toda esta ciudad? ¿Qué motivo había ayer para que arriesgaran su vida en combatirme? Pero les hemos tirado á su héroe asesinado abajo, y ahora todos encendidos en ira, están dispuestos á arrasar este nido de asesinos, porque eso somos y nada más. Anímate, pues, y afila tu espada. Cayó la cabeza de Pompeyo, y la de César está madura.

APOL. ¿Pero es que César desespera?

CÉSAR (Con orgullo infinito.) El que jamás esperó, no puede desesperar. César, sea cual sea su hado, lo mira de frente.

LUCIO Míralo, pues, de frente, y te sonreirá, como siempre sonrió á César.

CÉSAR (Con altanería involuntaria.) ¿Pretendes querer infundirme valor?

LUCIO Sólo quiero ofrecerte mis servicios. Quiero pasarme al otro bando, si me aceptas.

CÉSAR (De repénte bajando de su alto pedestal y mirándole fijamente adivinando que hay algo detrás de esa oferta.) ¡Qué! ¿En esta situación?

LUCIO (Firme.) Si, en esta situación!

RUFIO ¿Te figuras acaso que César está loco para fiarse de tí?

LUCIO No le pido que se fíe de mí hasta después de haber salido victorioso Pido que me perdone la vida y que me conceda un puesto en su ejército. Y como César siempre obra de buena fe en sus tratos, me ofrezco á pagar anticipado.

CÉSAR ¡Pagar! ¿Cómo?

LUCIO Con una buena noticia para tí. (César al punto adivina la noticia.)

RUFIO ¿Qué noticia?

CÉSAR (Con energía animoso y alborozado que le hace á Cleópatra levantar la vista con extrañeza:) ¡Qué noticia! ¿Qué noticia dices, amigo Rufio? Pues que ya llegó el refuerzo, ¿qué otra cosa va á ser? ¿No es eso, Lucio Septimio? Mitrídates de Pérgamo está á las puertas.

LUCIO Y ha tomado á Pelusium.

CÉSAR (Contentísimo.) Lucio Septimio, desde ahora eres oficial en mi ejército. Rufio, escucha: con toda seguridad los egipcios han manda-

do hasta el último soldado al encuentro de Mitrídades para impedirle el paso del Nilo. En las calles ya no hay más que muchedumbre inerme, gentuza.

LUCIO Así es. Mitrídates está viniendo por la carretera hacia Menfis para cruzar más arriba del delta. Allí es donde Aquilas le quiere dar la batalla.

CÉSAR (Todo audacia.) Aquilas dará allí la batalla á César. Mira, Rufio. (Se precipita hacia la mesa, quita de un tirón un mantel y traza en él un plano con un dedo mojado en vino. Rufio y Lucio Septimio, se acercan todo lo posible á él para ver, pues la luz ya es muy escasa.) Aquí está el palacio; (Señalando el punto en su plano.) allí está el teatro. Tú, (A Rufio.) tomas veinte hombres y haces como que vas á pasar por este camino; (Señalando con el dedo.) y mientras te están apedreando, las cohortes salen por aquí y por aquí. Voy bien, me parece, ¿no es así, Lucio?

LUCIO Y tanto. Aquí está el mercado de higos...

CÉSAR (Demasiado excitado para escucharle.) Bien me fijé en todas las calles el día que llegamos. Bueno. (Tira el mantel sobre la mesa y vuelve á bajar por la columna.) Anda, Britano; dile á Petronio que dentro de una hora la mitad de nuestras fuerzas tienen que estar embarcadas para el lago de Poniente. Mira si están listos mi caballo y mis armas. (Britano se precipita afuera.) Con la otra mitad voy á rodear el lago y remontar el Nilo para reunirme con Mitrídates. Anda, Lucio, vete y trasmite la orden. (Lucio se precipita afuera detrás de Britano) Apolodoro, préstame tu espada y tu brazo para esta campaña.

APOL. Ya lo creo, y mi corazón y mi vida de añadidura.

CÉSAR (Cogiéndole la mano.) Lo acepto todo. (Se aprietan enérgicamente las manos.) ¿Estás dispuesto para la acción?

APOL. Dispuesto estoy para el arte... para el arte de la guerra. (Se precipita afuera detrás de Lucio, olvidando por completo á Cleópatra.)

RUFIO ¡Vaya, parece que los asuntos se arreglan!

CÉSAR (Boyante.) Sí, hijo mío. (Da una palmada. Los esclavos acuden presurosos.) Basta ya de banquetes, llevaos todo esto; apartadlo de mi vista y retiraos también. (Los esclavos empiezan á levantar la mesa, y corren las cortinas cerrándolas.) Rufio, tú sabes las calles, ¿verdad?

RUFIO Creo que sí. De todos modos voy á recorrerlas.

(La «bucina» suena repetidamente desde el patio abajo.)

CÉSAR Vámonos entonces, tenemos que hablar á la tropa para animarla. Tú te vas á la playa, yo bajaré al patio. (Se mueve hacia la escalera.)

CLEÓP. (Levantándose de su asiento, donde ha estado todo el tiempo sin que nadie reparara en ella y tendiéndole tímidamente la mano.) César.

CÉSAR (Volviéndose.) ¿Qué?

CLEÓP. ¿Te has olvidado de mí?

CÉSAR (Bondadoso.) Estoy muy ocupado ahora, hija mía, muy ocupado. Cuando vuelva, tus asuntos ya estarán arreglados. Adiós, sé buena y no te impacientes.

(Sale preocupado y del todo indiferente. Ella se queda parada, con los puños apretados, muda de rabia y de humillación.)

RUFIO Este juego ya se perdió, Cleópatra. Las mujeres siempre salen perdiendo, no le des vueltas.

CLEÓP. (Altanera.) Vete, sigue á tu amo.

RUFIO (Al oído de ella, con ruda familiaridad.) Una palabra antes. Dile á tu matón que no lo entiende; si á Potino le hubiese despachado como es debido, con una cuchillada limpia en la garganta, ningún grito se hubiese oído. ¡Vaya con el hombre!

CLEÓP. (Enigmática.) ¿Cómo sabes que fué un hombre?

RUFIO (Quedándose parado y atónito.) Tú no has sido, tú estabas con nosotros cuando sucedió.

(Cleópatra le vuelve despreciativamente la espalda. El menea la cabeza y aparta las cortinas para salir. Magnífica noche de luna. La mesa ha sido levantada. Se ve, al resplandor de la luna, á Ftatatita, arrodillada en oraciones delante del altar de Ra. Rufio retrocede y

vuelve á cerrar las cortinas con precaución y dice en voz baja á Cleópatra.) ¿Ha sido ella? ¿Ella le ha matado?

CLEÓP. (Amenazadora.) Haya sido quien quiera, te digo que mis enemigos se guarden de ella. Ten cuidado tú también, Rufio, tú que te atreviste á ponerme en ridículo delante de César.

RUFIO (Mirándola con ferocidad.) Tendré cuidado, Cleópatra. (Menea la cabeza para confirmar lo dicho y se desliza por entre las cortinas afuera, poniendo la mano en la empuñadura de su espada.)

SOLDS (Abajo en el patio.) ¡Viva César, viva, viva! (Cleópatra escucha. Suena nuevamente la «bucina» y luego se oyen también sonidos de trompetas.)

CLEÓP. (Retorciéndose las manos y gritando:) Ftatatita, Ftatatita. Es de noche y estoy sola. Ven conmigo. (Silencio.) Ftatatita. (Más alto.) Ftatatita. (Silencio. Llena de pánico tira de la cuerda y abre las cortinas. Ftatatita yace muerta en el altar de Ra, con la garganta cortada. Su sangre inunda la piedra blanca.)



ACTO QUINTO

Es mediodía. La explanada delante del palacio está engalanada. En el puerto de Levante la galera de César, decorada tan pomposamente que parece una canastilla de flores, está atracada junto al muelle, junto á la escalera por la que bajó Apolodoro cuando se embarcó con los tapices. Allí se halla un soldado romano de centinela. Desde la escalera hay tendida una alfombra roja por el centro de la explanada hasta el primer término en donde este camino de honor se tuerce bruscamente hacia el Norte enfrente de la puerta central del palacio. Los anchos escalones de dicha puerta, en los que se ven las damas de Cleópatra, todas en trajes de gala, se parecen á un jardín florido. A lo largo de la fachada forman los guardias de la reina, mandados por los mismos oficiales á los que hace seis meses Bel Affris anunció la llegada de César á la frontera de Siria. El lado Norte está ocupado por soldados romanos, y detrás de ellos la muchedumbre de la ciudad se aglomera y alarga el cuello para tratar de ver la explanada, en la que se pasean charlando los oficiales. Entre ellos se halla Belzanor y el Persa, así como el Centurión, con su estaca en la mano, cansado de pelear; lleva calzado grueso y haciendo bastante mal papel al lado de los oficiales egipcios, sin dejar de contribuir al efecto decorativo total.

Apolodoro avanza entre la muchedumbre y llama á los oficiales desde detrás de los soldados romanos.

APOL. ¡Eh! ¿Se puede pasar?

CENT. Dejad pasar á Apolodoro el siciliano. (Los soldados le abren paso.)

BEL. ¿Viene César ya?

APOL. Todavía no. Está ahora en la plaza del mercado. Yo no pude aguantar ya los gritos de los soldados. Después de haber presenciado el entusiasmo del ejército durante media hora, sentí la necesidad de respirar aire del mar.

PERSA Dinos las noticias. ¿Mandó matar á los sacerdotes?

APOL. Nada de eso. Toparon con él en la plaza del mercado con cenizas en sus cabezas y llevando en manos sus dioses. Colocaron los dioses á los pies de César. El único que valía la pena de que se le mirara era Apis, una maravilla de obra de oro y marfil. Por consejo mío ofreció por ella al gran sacerdote dos talentos

BEL. (Horrorizado.) ¡Dos talentos por Apis el omnisciente! ¿Qué dijo el gran sacerdote?

APOL. Imploró el perdón de Apis y pidió cinco talentos.

BEL. Por ello vendrá hambre y tempestad sobre el país.

PERSA ¡Qué! ¿Por qué no hizo Apis que César fuese vencido por Aquilas? ¿Qué más nos cuentas, Apolodoro?

APOL. Que se ha ahogado el pequeño rey Ptolomeo.

BEL. ¡Ahogado! ¿Cómo?

APOL. Con los demás. César los atacó simultáneamente por tres lados y los echó hacia el Nilo. La barca de Ptolomeo se fué á pique.

BEL. ¡Qué hombre más extraordinario ese César! ¿Crees que va á venir pronto?

APOL. Cuando yo le dejé estaba arreglando la cuestión judía.

(Suenan las trompetas por el lado Norte y se conmueve la muchedumbre, indicando que se acerca César.)

PERSA Pronto se arregló. Ya viene. (Se precipita á su sitio al frente de las líneas egipcias.)

BEL ¡Atención, que viene César!

(Los soldados se colocan en formación correcta. Apolodoro va á las líneas egipcias.)

CENT. (Corriendo hacia el Centinela de la escalera.) ¡Cuidado ahí, que viene César!

(César llega con Rufio, en vestiduras de gala; sigue detrás de él Britano. Los soldados le saludan con exclamaciones entusiásticas.)

CÉSAR — Veo que me espera mi bajel. Llegó la hora para César de despedirse de Egipto. Ahora dime, Rufio, ¿qué me queda que hacer antes de marcharme?

RUFIO — (A su izquierda.) Todavía no nombraste gobernador de esta provincia.

CÉSAR — (Mirándole significativamente, sin perder su gravedad.) ¿Qué te parece de Mitrídates de Pérgamo, mi salvador y aliado, el ilustre hijo de Eupator?

RUFIO — ¡Cómo! Me parece que le necesitarás en otra parte. ¿Olvidas que tienes que vencer á tres ó cuatro ejércitos para volver á casa?

CÉSAR — En efecto. Pues bien, ¿qué te parece de tí mismo?

RUFIO — (Incrédulo.) ¡Yo! ¡Yo gobernador! ¿Estás soñando? ¡No sabes que no soy más que el hijo de un liberto!

CÉSAR — (Cariñoso.) ¿No te ha llamado hijo suyo César? (Levantando la voz hacia toda la reunión.) Silencio, escuchadme.

SOLDADOS ROMANOS — Escuchad á César.

CÉSAR — Oid el título, la cualidad y el nombre del gobernador romano de este país. Su título: el escudo de César; su cualidad: el amigo de César; su rango: el de soldado romano. (Los soldados romanos le aclaman alborozados.) Su nombre: Rufio. (Se repiten las aclamaciones.)

RUFIO — (Besando la mano de César.) Sí, soy el escudo de César; pero, ¿para qué serviré si no sigo en el brazo de César? Bien, no importa... (Se emociona y se aparta para recobrar la calma.)

CÉSAR — ¿Dónde está aquel isleño británico mío?

BRIT. — (Avanzando por la derecha de César.) Aquí me tienes, César.

CÉSAR — ¿Quién te mandó, dime, precipitarte en medio de la batalla del delta, lanzando los gritos bárbaros de tu tierra y emprendiéndola con unos cuatro egipcios á la vez, á los que echaste los epitetos más inverosímiles?

BRIT. — César, te ruego me dispenses el lenguaje que se me escapó en el calor de la lucha.

CÉSAR ¿Y cómo te las arreglaste, tú que no sabes nadar, para cruzar el canal con nosotros cuando dimos el asalto al campamento?

BRIT. César, me agarré de la cola de tu caballo.

CÉSAR No son estos los hechos de un esclavo, Britano, sino de un hombre libre.

BRIT. César, yo nací libre.

CÉSAR Pero te llaman esclavo de César.

BRIT. Sólo como esclavo de César hallé la verdadera libertad.

CÉSAR (Conmovido.) Bien dicho. Ingrato como soy, iba á declararte libre, pero ahora no quisiera separarme de tí ni por un millón de talentos. (Le golpea amistosamente en el hombro. Britano, agradecido, pero un poco avergonzado, coge la mano de César y la besa con torpeza.)

BELZ. (Al Persa.) Este romano sabe cómo hay que tratar á la gente para que le sirva.

PERSA Sí, cuando se trata de gente demasiado humilde para que haya que temerla.

BELZ. ¡Siempre mal pensado y cínico!

CÉSAR (Viendo á Apolodoro cerca de los guardias egipcios, le llama.) Apolodoro, dejo á tu cuidado el arte de Egipto. No lo olvides. Roma ama el arte y lo fomentará sin reposo.

APOL. Comprendo, César. Roma no produce por sí misma obras de arte, pero todas las que produzcan las demás naciones, las comprará y las coleccionará.

CÉSAR ¿Qué dices? ¿Que Roma no produce obras de arte? ¿No es obra de arte la paz; no es obra de arte la guerra? Todo eso lo damos en cambio de unos pocos cachivaches. Vosotros salís ganando. (Volviéndose hacia Rufio.) Y ahora, ¿qué más me queda que hacer antes de embarcarme? (Tratando de recapitular.) Hay algo que no recuerdo, ¿qué será? En fin, no hay más remedio, no debemos desperdiciar este viento favorable. Me voy al barco. Adiós, Rufio.

RUFIO César, no me parece bien dejarte ir á Roma sin tu escudo. Hay allí demasiados puñales.

CÉSAR No importa; en mi regreso terminaré la obra de mi vida, y entonces habré vivido bastan-

te. Además, nunca me agradó la idea de morir en la cama; prefiero ser matado. Adiós.

RUFIO (Lanza un suspiro y levanta las manos como indicando que César es incorregible.) ¡Adiós! (Se aprietan las manos.)

CÉSAR (Indicando con la mano á Apolodoro que se acerque.) Adiós, Apolodoro; adiós todos, amigos míos. Voy al buque.

(Ponen la escalerilla desde el muelle al barco. En el momento en que César se adelanta hacia ella, aparece Cleópatra, fría y trágica, vestida elegantemente de negro, sin adorno de ninguna clase, por lo que se destaca más aun de la muchedumbre de damas engalanadas. Sale de Palacio y se queda parada en los escalones. César no la ve hasta que le empieza á hablar.)

CLEÓP. ¿No hay nada para Cleópatra en esta despedida?

CÉSAR (Como acordándose.) ¡Ah! ya decía yo que algo se me olvidaba. (A Rufio.) ¿Pero cómo no me recordaste? (Precipitándose hacia ella.) Si me hubiese marchado sin verte, nunca me lo hubiese perdonado. (Le coge las manos y la lleva al centro de la explanada. Ella se deja llevar rígida.) Ese luto que llevas, ¿es por mí?

CLEÓP. No.

CÉSAR (Creyendo haber cometido una falta.) ¡Oh, dispensa! Ya sé, es por tu hermano.

CLEÓP. Tampoco.

CÉSAR ¿Por quién entonces?

CLEÓP. Pregúntaselo al gobernador que nos dejas aquí.

CÉSAR ¿A Rufio?

CLEÓP. Sí, á Rufio, (Le señala con odio mortal.) á ese que va á gobernar aquí á nombre de César, al modo de César, conforme á las famosas teorías de César acerca de la vida y de la muerte.

CÉSAR (Ambiguo.) Tendrá que gobernar como mejor le salga, Cleópatra. Tomó sobre sí ese trabajo y á su manera lo despachará.

CLEÓP. ¿A tu manera no, entonces?

CÉSAR (Con extrañeza.) A mi manera, ¿qué quieres decir con esto?

CLEÓP. Sin castigar, sin vengarse, sin condenar.

CÉSAR ¡Ah, esa es la única manera, la gran manera, la sola posible al fin! (A Rufio.) Créeme, Rufio, y no te apartes de ello, si puedes.

RUFIO Te creo, César; hace tiempo que me convenciste. Pero, mira, hoy te embarcas para Numidia. Dime; si allí te sale al encuentro un león hambriento que te quiere destrozar, ¿no le castigarás?

CÉSAR (Con curiosidad de ver á dónde quiere llegar.) No.

RUFIO ¿No vengarás en él á los que ya mató?

CÉSAR No.

RUFIO ¿Ni le condenarás por sus fechorías?

CÉSAR No.

RUFIO Entonces, ¿qué harás para salvar tu vida de él?

CÉSAR Hombre, matarle, sin odio ni malicia, lo mismo que él hubiera hecho conmigo. Pero, ¿qué significa esa parábola del león?

RUFIO Pues es que Cleópatra tenía una tigre que mataba hombres cuando ella se lo mandaba. Pensé que algún día le mandara matarte á á tí. Si yo no fuese el discípulo de César te aseguro que buena cuenta le hubiese yo arreglado á esa tigre. La hubiese castigado de veras. Hubiese vengado á Potino.

CÉSAR (Interrumpiéndole.) ¿A Potino?

RUFIO (Prosiguiendo.) La hubiese castigado según su merecido; pero me dejé de tonterías y, sin odio ni malicias, le corté el gaznate. Ahí tienes por qué Cleópatra está de luto.

CLEÓP. (Con vehemencia.) Ha vertido la sangre de mi servidora Ftatatita. Caiga sobre tu cabeza como sobre la suya, César, si por ello no le castigas

CÉSAR (Enérgico.) Pues caiga sobre mi cabeza, porque hizo bien. Rufio, si te hubieses sentado en la silla de un tribunal y con odiosas ceremonias é invocaciones de los dioses hubieses entregado á esa mujer á la así llamada vindicta pública para que fuese ejecutada por un verdugo oficial en nombre de la justicia, no hubiera yo vuelto á tocar tu mano sin estremecerme. Pero esto ha sido una ma-

nera natural de matar, y no te tengo horror.

(Rufio, satisfecho, menea la cabeza hacia Cleópatra, como para indicarle que ya sabe á qué atenerse.)

CLEÓP. (Exasperada é infantil en su impotencia.) Claro, no tienes horror cuando un romano mata á un egipcio. Todo el mundo ve ahora cuán injusto y cruel es César.

CÉSAR (Cogiéndole cariñosamente la mano.) Vamos, no te enfades conmigo. Siento mucho la muerte de la pobre Totatita. (Ella se ríe á pesar suyo.) ¡Ah, te estás riendo! Ya estás reconciliada, ¿no?

CLEÓP. (Enfadada consigo misma por haber reído.) ¡No, no, no! Pero no puedo dejar de reir cuando te oigo decir Totatita.

CÉSAR ¡Vamos, siempre tan niña como antes, Cleópatra! No logré, por lo visto, hacer de tí una mujer.

CLEÓP. ¡Oh, tú sí que eres un niño grande; me quieres hacer tonta á mí, porque nunca puedes hablar con formalidad! Mal me trataste y no te lo perdonaré.

CÉSAR Dime adiós.

CLEÓP. No quiero.

CÉSAR (Cariñoso.) Te mandaré un bonito regalo desde Roma.

CLEÓP. (Orgullosa.) ¡Una cosa bonita de Roma para Egipto! ¿Qué puede haber en Roma que no encuentre yo en Egipto?

APOL. Eso es verdad, César. Si ha de ser un regalo verdaderamente hermoso, tendré que comprarlo yo en Alejandría.

CÉSAR Olvidas los tesoros por los que Roma es famosa, amigo mío. No puedes comprarlos en Alejandría.

APOL. ¿Cuáles son, César?

CÉSAR Sus hijos. Vamos, Cleópatra, perdóname y dime adiós, y te mandaré un hombre, romano de los pies á la cabeza y romano de los más ilustres, no viejo y gastado, ni encanecido en las armas y frío de corazón; ni ocultando un cráneo calvo bajo sus laureles de vencedor; ni encorvado por el peso del

mundo en sus hombros, sino arrogante y ágil, fuerte y joven; un hombre que por la mañana espera, por el día combate y por la noche goza. ¿Quieres tomar á un hombre así en cambio de César?

CLEÓP. (Palpitando.) ¿Cómo se llama, cómo se llama?

CÉSAR ¿No se llamará Marco Antonio?

(Ella se precipita en sus brazos.)

RUFIO Mala mano tienes para los negocios, ¡oh, reina! si cambias á César por Antonio.

CÉSAR ¿De modo que ahora estás satisfecha?

CLEÓP. ¿No lo olvidarás?

CÉSAR No lo olvidaré. Adiós. No creo que nos volvamos á ver. Adiós. (La besa en la frente. Ella está muy conmovida empieza á lloriqucar. César se embarca.)

SOLDADOS ROMANOS (Cuando el César pone el pie en la escalerilla.) ¡Viva César, feliz viaje!

(César entra en el barco y contesta con la mano á los soldados de Rufio.)

APOL. (A Cleópatra.) No llores, hermosa reina, tus lágrimas laceran el corazón de tu servidor. El volverá algún día.

CLEÓP No lo creo. Pero no puedo dejar de llorar. (Agita su pañuelo hacia César y el barco empieza á alejarse.)

SOLDADOS ROMANOS (Desnudando las espadas y levantándolas en alto.) ¡Salud, César!

FIN DE LA OBRA

NOTAS

RECETA DE CLEÓPATRA CONTRA LA CALVICIE

Por motivo de la concisión en una situación apremiante, hago que Cleópatra recomiende, para curar la calvicie, el ron, si no recuerdo mal. Me temo que esto sea un anacronismo, como quien dice. Será seguramente el único que se encuentre en toda la obra. Para compensarlo, indicaré á continuación alguno de los remedios en los que realmente creía. Fueron extractados por Galeno del libro de Cleópatra sobre los cosméticos.

«Contra las manchas calvas, redúzcase á polvo sulfuro rojo de arsénico y mézclese con resina de roble en tanta proporción como admita. Se extiende la untura en un trapo y se aplica, después de haber lavado el sitio calvo con agua de jabón. Añadí al precitado unto espuma de nitro, y probó muy bien.»

Siguen otras recetas más y, por fin, esta: «La siguiente es la mejor de todas, obrando contra la caída del pelo, aplicada con aceite ó pomada; también es eficaz contra la caída de las pestañas ó contra la calvicie total. Es maravillosa. Tómese: de ratones domésticos quemados una parte: de grasa de oso, una parte; de médula de gamo, una parte; de harapo de vid quemado, una parte; de dientes de caballo quemados, una parte; de corteza de junco, una parte. Todo ello se machaca, y mezclado con abundante miel, adquiere la consistencia de la miel; entonces se

le añade la grasa de oso y la médula de gamo derretidas. La medicina se conserva en una vasija de latón. Con ella se untan las manchas calvas hasta que vuelve á crecer el pelo.»

Respecto de estos ingredientes, mi compañero en dramaturgia Gilbert Murray, quien como catedrático de griego aplicó á la antigüedad clásica los métodos de la alta escolástica (mi propio método es pura adivinación), me escribe lo siguiente: «Algunas cosas de ello no las entiendo y puede que á Galeno le pasara lo mismo al reproducir los propios términos de su heroina de usted. Supongo que con espuma de nitro quisiera decir algo así como agua de jabón. Corteza de junco es una expresión extraña; significa tal vez la parte exterior del junco; no sé cómo se podría llamar. En la receta de los ratones quemados supongo que primero se mezclara el polvo sólido con miel y luego se añadiera la grasa. Resumen; que Cleópatra diera la preferencia á esta receta, porque en la mayor parte de las demás recetas había que lacerar la piel, y pincharla ó frotarla hasta que sangrara. No sé lo que es harapo de vid. Traduzco literalmente.»

ANACRONISMOS EVIDENTES

El único medio de escribir una obra que produzca en el público una impresión de antigüedad consiste en hacer hablar á los personajes en verso libre y abstenerse de hacer la más mínima alusión al vapor, el telégrafo y cualquiera de las condiciones materiales de su existencia. Cuanto más ignorantes son los hombres, tanto más persuadidos están de que su pequeña comunidad y su campanario son una cúspide á la que la civilización y la filosofía han venido elevándose con mil trabajos por la piramide del tiempo desde un desierto de salvajismo. En su concepto el salvajismo se convirtió en barbarie, la barbarie en civilización antigua; la civilización antigua en cristianismo Pauli-

no; el cristianismo Paulino se hizo catolicismo romano; el catolicismo romano se obscureció en la Edad Media y, finalmente, la Edad Media se iluminó con los arrestos protestantes de la raza inglesa El proceso total se designa sumariamente con el nombre de Progreso, con P mayúscula. Y cualquier caballero mayor, de ideas progresistas, certificará que los adelantos, de su niñez acá, son enormes.

Pero es el caso que si sacamos la cuenta de las generaciones de caballeros mayores que ha habido digamos de Platón á nuestros días, y sumamos los sucesivos adelantos enormes certificados por cada uno de ellos, echaremos de ver desde luego el hecho inexplicable de que el mundo, en vez de haber adelantado en 67 generaciones hasta hacerse desconocido, presenta en conjunto un aspecto menos digno en el *Enemigo del pueblo* de Ibsen que en la *República de* Platón. Y, en verdad, el período de tiempo en que se desenvuelve la historia universal, es demasiado breve para permitir algún progreso perceptible en el sentido general de evolución de la especie humana. La idea de que haya podido haber progreso alguno desde el tiempo de César (en menos de 20 siglos) es demasiada absurda para ser discutida. Todo el salvajismo, barbarie, edad de obscurantismo y lo demás que po damos recordar haber existido en el pasado, existe todavía en el momento presente. Un carpintero ó al bañil inglés puede afirmar que cobra dos veces más dinero por su trabajo que su padre cobró en el mismo oficio, y que su casa de las afueras, con su cuarto de baño, su piano, su sucesión de salones y su album de fotografías hubiese avergonzado la sencillez de la de su abuela. Pero los descendientes de los barones feudales que viven en casas sucias con un sueldo de quince chelines por semana en vez de vivir en castillos con rentas de príncipes, no felicitan al mundo por el cambio sufrido. Esos cambios, en efecto, no son esenciales. Se sabe, hasta donde alcancen nuestros recuerdos, que un hombre que vive salvaje en los

bosques, es diferente de uno que vive encerrado en un tugurio de la ciudad; que un perro parece entender á un pastor mejor de lo que un leñador ó un aguador entiendan á un astrónomo, y que la educación, el trato suave, el alimento abundante ó sano y la habitación lujosa producirán una clase de hombres con los que los trabajadores ordinarios son socialmente incompatibles. Lo mismo sucede con los caballos y los perros Claro está que el mundo ofrece posibilidades de cambio si el número de los individuos cuidadosamente educados y bien alimentados se aumenta en tales proporciones que forma la mayoría de los hombres y mujeres que han nacido Pero esta posibilidad existió en tiempos de los Hetitas tanto como hoy día. Ello no corrobora en lo más mínimo la presunción vulgar de que los contemporáneos civilizados de los Hetitas no se parecían á sus actuales descendientes civilizados.

Este sería el más triste de los lugares comunes si no fuese el caso que la ignorancia del vulgo respecto del pasado se combina con su idealización del presente para inducirle en error y lisonjearle Nuestro último libro sobre el ferrocarril transasiático describe la imbecilidad del labrador siberiano y el orgullo plutocrático del hombre de negocios de aquel país sin darse cuenta de que toda la serie de ejemplos odiosos hubiese podido excusarse escribiendo sencillamente: «Los labradores y los plutócratas en la Siberia son exactamente iguales á los de Inglaterra.» El último catedrático disertando sobre la civilización del Imperio Occidental en el siglo quinto, se siente obligado á declarar, á fuer de investigador concienzudo, que el cristiano era un ser completamente diferente del pagano. Lo mismo podía afirmarse, como generalmente por inducción se supone, que un asesinato cometido por medio de una flecha envenenada es diferente de uno cometido por medio de un fusil Maüser. Todas esas ideas son ilusiones.

Remontémonos á los primeros albores de la histo-

ria, y toparemos con nuestro cristiano y nuestro pagano; nuestro patán y nuestro poeta: nuestro iloto y nuestro héroe; D. Quijote y Sancho, Tamino y Papageno, Newton y el cafre que no sabe contar hasta once, todos vivos y contemporáneos y todos convencidos de que son los herederos de todas las edades pretéritas y los privilegiados recipientes de *la* verdad (siendo todas las demás verdades herejías condenables), así como se encuentran hoy día florecientes en países de los que cada uno es el más valiente y mejor de cuantos existen bajo la bóveda azul del cielo.

Luego hay la ilusión del «avasallamiento siempre creciente de las fuerzas de la Naturaleza» que significa que el algodón se abarató y que en bicicleta hacemos diez millas de camino en carretera en el mismo tiempo que antes hacíamos cuatro á pie. Pero aun cuando el avasallamiento de las fuerzas naturales por el hombre supusiera en este un mayor dominio sobre sí mismo (el único dominio importante para su evolución hacia el estado de ser superior) quedaría el hecho de que únicamente huyendo del tal avasallamiento de la Naturaleza á sitios campestres en donde todavía la Naturaleza ejerce su primitivo dominio sobre el hombre, es como este puede reponerse de los efectos del humo, de los malos olores, del aire viciado, del hacinamiento; del ruido, de la fealdad, de la suciedad que nos cuesta el algodón barato. Si los adelantos fabriles significan progreso, la ciudad tiene que estar más adelantada que el campo, y los braceros rurales y artesanos de los pueblos tienen que diferir menos que los criados de Job que los proletarios de Londres modernos difieren de los proletarios de la Roma de César. Y, sin embargo, el obrero de la ciudad está en condición tan inferior para con el campo (en Inglaterra) que Londres sólo puede subsistir por la constante inmigración de elementos rurales. Esto no demuestra precisamente que los cambios que se han producido desde los tiempos de Job puedan llamarse progreso en el sentido popular; mas bien lo

contrario. El acervo comun de los descubrimientos físicos se ha aumentado un poco: eso es todo.

Otro ejemplo demostrativo. ¿Hay un inglés dispuesto á confesar que el americano le es superior como ser humano? Hago esta pregunta, porque la escasez del trabajo en los Estados Unidos en relación con la oferta condujo allí á un desarrollo de la maquinaria, con su consiguiente «creciente dominio sobre la Naturaleza» en proporciones que hacen aparecer muchos de nuestros métodos ingleses casi como medioevales al ciudadano modernista de Chicago. Esto sin duda significa que el americano le lleva al inglés una ventaja exactamente parecida á la que el inglés tiene sobre el contemporáneo de Cicerón. ¿Está el inglés dispuesto á sacar la misma consecuencia en ambos casos? Creo que no. Claro está que el americano sí la sacará gozoso, pero entonces le preguntaré si, puesto que un negro moderno posee un mayor «dominio sobre la Naturaleza» del que poseía Washington, hay que admitir también la consecuencia que en ello se encierra, de que la humanidad ha progresado desde Washington hasta el negro «fin de siglo».

Finalmente indicaré que, si los adelantos técnicos é industriales forman la coronación de la vida, debiéramos reverenciar á la hormiga y la abeja (como nos enseñan los moralistas en nuestra niñez) y prosternarnos ante la presunción de los pájaros de Aristófanes.

Mis razones, pues, de prescindir del vulgar concepto del progreso en *César y Cleópatra* son de que no hay motivo para suponer que progreso alguno se haya producido desde aquellos tiempos. Pero aunque yo compartiera el error general, no veo cómo hubiese podido proceder de modo esencialmente distinto en esta mi obra. Solo puedo retratar á la humanidad tal como la conozco. Nadie sabe si Shakespear creyó que los carpinteros, tejedores ó fuelleros de la antigua Atenas eran diferentes de los de su época, pero del todo cierto es que no hubiese podido pintarlos dife-

rentes, á menos que se empeñara en dárselas de literato, no haciendo decir á Quince: «¿Está reunida toda nuestra gente?» sino á Bottom lo siguiente: «¿No es Sócrates aquel con quien topamos en el Pireo en compañía de Polemarco y Glaucón caminando hacia la mansión de Céfalo?» y así sucesivamente.

CLEÓPATRA

Cleópatra sólo tenía dieciséis años cuando César fué á Egipto, pero en Egipto esa edad significaba más madurez que en Inglaterra. La infantilidad que le he atribuído, en cuanto es infantilidad de carácter y no falta de experiencia, no es cosa de los años. Puede observarse bajo nuestro mismo clima en la actualidad en muchas muchachas de quince años. Es un error el creer que la diferencia entre la sabiduría y la necedad es igual que la diferencia entre unos años y otros. Hay mujeres que á los setenta años son más jóvenes que la mayor parte de las mujeres á los diecisiete.

Tampoco hay que olvidar que Cleópatra era reina y, por lo tanto, no correspondía al tipo de señora egipcia de su tiempo, educada y cultivada al modo griego. Sería tan insensato representarla bajo tal tipo como representar á Jorge IV bajo un tipo con los rasgos principales de Isaac Newton. Es cierto que una muchacha de Alejandría de esa época, normalmente instruída, no hubiese creído en las historias de brujería circuladas sobre los romanos, así como la hija de un profesor de Oxford no las creería si se atribuyesen á los alemanes (por más que, dicho sea de paso, puede darse el caso de decir sandeces acerca de los extranjeros cuando estamos en guerra con ellos). Pero no me creo obligado á suponer que Cleópatra era instruída. Su padre, el ilustre tañedor de flauta, no tenía la más mínima parentela con el tipo del catedrático de Oxford. Y Cleópatra era una astilla del palo viejo.

BRITANO

Entre los que leyeron esta obra en el manuscrito, encontré la firme convicción de que un inglés de la antigüedad no puede en modo alguno haberse parecido á un inglés moderno. No veo la razón que pudiese haber para aceptar esta curiosa opinión. Es indudable que las conquistas de los normanos y los romanos han debido de trastornar durante algún tiempo el tipo británico normal producido por el clima. Pero Britano, nacido antes de aquellas conquistas, representa al bretón sin adulterar que peleó contra César y en los observadores romanos produjo la misma impresión que según todas las probabilidades producirían los antepasados de Mr. Podsnap en los italianos cultos de su época.

Se me dice que no es científico considerar el carácter nacional como un producto del clima. Eso sólo demuestra la gran diferencia que existe entre los conocimientos comunes y el juego intelectual que se llama ciencia. Tenemos á hombres del mismísimo origen y hablando el mismo idioma que se crían en la Gran Bretaña, en Irlandia y la América del Norte. El resultado es la existencia de tres nacionalidades completamente diferentes. Los carácteres de raza son una cosa muy distinta, la diferencia entre un judío y un gentil no tiene nada que ver con la diferencia entre un inglés y un alemán. Los rasgos característicos de Britano son rasgos locales, no rasgos de raza. En un antiguo bretón estarían, como supongo, exagerados, mientras el británico moderno desbastado, educado, urbanizado y, por lo tanto, cosmopolizado, es de suponer tiene menos acentuadas las cualidades británicas características que el bretón de César.

Y vuelvo á preguntar: ¿Puede alguien que á la luz de un conocimiento regular de su propia época ha estudiado la historia en documentos auténticos creer

que 67 generaciones de casamientos promiscuos hayan producido una diferencia apreciable en la fauna humana de estas islas? Yo, por mi parte, no lo creo.

Julio César

En cuanto á César mismo, con intento he prescindido del anacronismo usual consistente en consultar los libros de Cesar y creer que el estilo es el hombre. Esto solo es el caso en autores que tienen el genio literario específico y han practicado por bastante tiempo, para alcanzar en sus escritos una expresión de sí mismos completa, pero aun en estas condiciones no sucede tampoco en una época en que la literatura es considerada como juego estilístico, y no como un medio de expresarse á sí mismo el autor. César no era sino un aficionado estilista escribiendo libros de viajes y relatos de campañas en un estilo tan impersonal que se pone en duda la autenticidad de sus últimos volúmenes. Revelan algunas de sus cualidades lo mismo que el *Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo*, revelan algunas cualidades de Darwin, sin expresar su personalidad íntima. Un inglés, leyéndolos diría que César fué un hombre de mucho sentido común y buen gusto, significando eso, un hombre sin originalidad ni valentía moral. Al exhibir á César como persona mucho más compleja que el historiador de la guerra gálica se nos demuestra, espero no haberme dejado engañar demasiado por la ilusión dramática, á la que todos los grandes hombres deben una parte de su gloria, y algunos su gloria entera. Admito que la gloria ganada por la guerra es especialmente cuestionable. Hombres civiles de talento que, como César y Cromwel se dedicaron á la profesión de las armas á una edad media y quitaron todos sus laureles á los caudillos enemigos que en ella se habían criado, porque, por lo visto, los militares profesionales de talento escaseasen tanto, que la existen-

cia de dos de ellos al mismo tiempo, en el mismo hemisferio, muy pocas veces es observada. Las dotes de la mayor parte de los caudillos victoriosos son, por lo tanto, el resultado de la ilusión producida por la incapacidad de sus adversarios.

De todos modos, César hubiese podido ganar sus batallas sin saber más que Carlos XII ó Nelson ó Juana de Arco, que fueron, como la mayor parte de los modernos millonarios venidos de la nada, espíritus de poco fuste, y gozaron la veneración concedida por todas las razas á ciertas formas de locura. Mas las victorias de César, sólo pregonaron una grandeza que sin ellas nunca hubiese llegado al conocimiento general. César es más grande fuera del campo de batalla que en él. Nelson, fuera de su puesto, en la toldilla, era tan insignificante que, después de recibir una herida en la cabeza, en la batalla del Nilo, y su conducta durante algunos años hacerse abiertamente escandalosa, la diferencia no fué bastante importante para que fuese notada.

Sin embargo, hay que decir que la paz tiene su g oria ficticia tanto como la guerra. Y es indudable que también en la vida civil, la mera capacidad del trabajo—el poder de matar á una docena de empleados como un correo que lleva una noticia de importancia extraordinaria revienta caballos—pone á algunos hombres vulgares y mediocres en condiciones de desbancar á sus competidores en la lucha de los intereses y las ambiciones. Ese poder del trabajo fué lo que entre las facultades de César asombró á Cicerón como la más prodigiosa, como más tarde asombró á muchos la actividad de Napoleón, hasta que esta misma actividad le desgastó por completo.

¿Y si César no hubiese sido más que un Nelson y un Gladstone, combinados; un prodigio de vitalidad sin cualidades intelectuales extraordinarias, hasta con ideas anticuadas ya antes de nacer él, como eran las de Nelson y Gladstone? También reflexioné sobre esta posibilidad y la deseché. No puedo citar todas las

historias relativas á César que me parecen demostrar que fué un hombre verdaderamente original, pero al menos se me permitirá apuntar que me he cuidado mucho de no atribuirle nada más que originalidad.

La originalidad da al hombre un aire de franqueza, generosidad y magnanimidad al hacerle apto para conocer el valor de la verdad, del dinero y del éxito en cada caso particular, independientemente de la convención y de la generalización moral. No dirá, pues, como suele hacerse desde el banco ministerial, una mentira que todo el mundo sabe ser tal mentira (y por consiguiente considera de buen gusto repetirla). Sus mentiras no son afectadas y pueden pasar por candidez. Entiende la paradoja del dinero y lo gasta sin reparo cuando de ello puede sacar mucho más, en otras palabras, cuando su valor está muy bajo, que es justamente cuando un hombre vulgar trata con más ahínco de adquirirlo. Sabe que el verdadero momento del éxito no es cuando es evidente para la muchedumbre. De ahí que, para producir una impresión de completo desinterés y magnanimidad, no tiene más que obrar con entero egoísmo, y éste es tal vez el único sentido en que á un hombre se le puede considerar como naturalmente grande. En este sentido, pues, he representado á César como grande. Teniendo poder no necesita bondad. No es ni indulgente ni franco, ni generoso, porque un hombre que es demasiado grande para enojarse, no tiene nada que perdonar; un hombre que dice cosas que los demás se asustan de decir no necesita ser más franco de lo que fuera Bismark; y no hay generosidad á dar cosas que no le hacen falta, á gentes á quienes utiliza.

Esa distinción entre el poder y la bondad no se comprende en Inglaterra, y de ahí nuestra escasez de héroes en nuestros dramas. Nuestros intentos para crearlos, dentro de este orden de ideas, son mera pastaflora. La bondad, en el sentido vulgar británico de abnegación, implica que el hombre es vicioso por naturaleza y que la suprema bondad es el supremo

martirio. Como no comparto esa piadosa opinión, no le he dado acogida en ninguna de mis obras. En esto sigo el precedente de los antiguos mitos. que representan al héroe venciendo á sus enemigos, no en combate regular, sino empuñando espada encantada, montado en un caballo alado y dotado de invulnerabilidad, cuya posesión, desde el punto de vista de la moral corriente, quita á sus hazañás todo mérito propio.

En cuanto al espíritu festivo de César, no hay más razón para suponerle desprovisto del mismo que para admitir que fuera sordo ó ciego. Refíerese que cuando fué asesinado por una conspiración de moralistas (siempre es algún moralista que impone como deber el asesinato, sea en el cadalso ó de otro modo), se defendió hasta que el bueno de Bruto le hirió, y entonces exclamó: ¡Qué, tú también, Bruto! y renunció á luchar más. Si esto es verdad, debió de ser un comediante incorregible. Pero aunque hagamos caso omiso de esa historia, ó si aceptamos su tradicional interpretación sentimental, existen otras muchas pruebas de su serenidad, arrojo y buen humor. De toda su historia se deduce que lo que se ha llamado su ambición, no era más que su afán de aprender y descubrir. Tenía más de Colón y Franklin en sí, que de Enrique V.

Sea de ello lo que que quiera, nadie le negará á César por lo menos una parte de las cualidades que le he atribuído. Todos los hombres y mucho más Julio César, poseen hasta cierto grado todas las cualidades. La cuestión verdaderamente interesante es saber si tengo razón en afirmar qne la manera de producir una impresión de grandeza, está en exhibir á un hombre, no como mortificando su naturaleza por cumplir con su deber, según el sistema de colocar á pequeños hombres en situaciones grandes (no habiendo bastantes grandes hombres en nuestras familias influyentes para echar mano de ellos), sino como haciendo sencillamente lo que naturalmente

quiere hacer. De ahí nace la duda de si nuestro mundo no ha estado equivocado en su teoría moral en los últimos 2.500 años ó así. Para muchos es difícil de explicar cómo la era cristiana, tan excelente en sus intenciones, en la práctica haya resultado un episodio tan poco honroso en la historia de la humanidad. Me pregunto si ello no sea quizás debido en su totalidad al sensualismo vulgar y sanguinario de nuestras leyendas religiosas, substituyendo las pasiones humanas por groseros tormentos físicos y ejecuciones públicas. El islamismo, substituyendo el tormento por la voluptuosidad (una diferencia meramente superficial, en verdad), no hizo cosa mejor. La falta del cristianismo de haberse emancipado de las espiativas teorías de la responsabilidad moral, culpa, inocencia, recompensa, castigo y lo demás, fuera tal vez la que desbarató su intención de cambiar el mundo. Pero estas teorías están íntimamente relacionadas con todas las filosofías creacionistas, en oposición á las cosmogénicas. Pueden, por lo tanto, considerarse como el precio que pagamos por tener una religión popular.

Precio: DOS pesetas